

# Revista

15 DE FEBRERO

1904

# Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

**D. JOSÉ DE CARDENAS**

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

**D. JUAN ORTEGA RUBIO**

Catedrático de la Universidad Central.

## SUMARIO

Páginas.

Urbano González Serrano, por <b>J. O. R.</b> .....	129
La superstición anarquista, por <b>Edmundo González-Blanco.</b> .....	133
Estudios filosóficos: La libertad, por <b>Enrique Pacheco de Leyva.</b> .....	145
Albarracín, por <b>Pedro Gascón de Gotor.</b> .....	155
Misión de Roma en la antigüedad, por <b>Juan Ortega Rubio.</b> .....	167
Literatura rusa, por <b>Antonio Morillo.</b> .....	173
Noticia del hallazgo del sepulcro de Doña Brianda de Mendoza y Luna, hija del segundo Duque del Infantado, por <b>Gabriel M.<sup>a</sup> Vergara.</b> .....	187
Algunas contestaciones para el <i>Averiguador popular</i> de <i>El Liberal</i> , por <b>El Curioso Barcelonés.</b> .....	193
La enseñanza de la geografía (continuación), por <b>R. Alvarez Sereix</b> y por <b>Leopoldo Pedreira Taibo.</b>	199
Revista de revistas, por <b>Pedro G.-Blanco.</b> .....	213
La criminalidad, por <b>Manuel Gil Maestre.</b> .....	227
Creúsa, por <b>J. L. Estelrich.</b> .....	237
La niña guapa (continuación), por <b>Leandro Mariscal.</b> .....	239
Política interior y exterior, por <b>Pedro Ansúrez.</b> .....	247
Boletín bibliográfico, por <b>Pedro Ansúrez</b> , por <b>E.</b> , por <b>J. D. P.</b> y por <b>Miguel A. Ródenas.</b> .....	251

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

M A D R I D



# PIANOS 200 PIANOS

**Siempre existentes en los Salones  
para elegir de diferentes modelos y sistemas tanto  
NACIONALES como EXTRANJEROS**

— VENTAS AL CONTADO Y Á PLAZOS —

**PIANOS DE ALQUILER**

**Pianos á louer**

**Pianos for hire**

**Pianos zu vermieten**

**Pianorfoli da affittare**

**R. MARISTANY—Barcelona, Plaza de Cataluña, 18.—Teléfono 1.390.**

## PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE **HOLLOWAY.**

**JUSTAMENTE RENOMBRADOS.**

**LAS  
PÍLDORAS**

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



**EL  
UNGÜENTO**

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curación de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, reumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

**Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.**

Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.



# URBANO GONZALEZ SERRANO

---

D. Urbano González Serrano nació en Navalmoral de la Mata (Cáceres) el 25 de Mayo de 1848 y murió en la noche del 13 de Enero de 1904.

Alumno de la Universidad Central, desde el año 1864 al 1870, logró pronto fama de estudiante aplicadísimo y de talento. Condiscípulo suyo el que esto escribe, recuerda sus hermosas conferencias en la asignatura de *Geografía histórica*, distinguiéndose ya entre todos, como se distinguió en las brillantes oposiciones, en las cuales obtuvo la cátedra de *Psicología, Lógica y Ética* del Instituto de San Isidro. De ella tomó posesión el 25 de Julio de 1873.

Físicamente considerado, era alto, fuerte, moreno y un tanto cetrina la color de su rostro, ancha frente, grandes ojos, labios gruesos y muy negro el cabello. Parecía un hijo de Africa. Desde el punto de vista intelectual, su poderoso pensamiento se había consagrado á estudiar las doctrinas de los filósofos alemanes, en particular las obras de Krause, en las cuales encontró la fórmula para llegar al conocimiento de la verdad, al sentimiento del bien y al amor de la justicia. González Serrano era un espíritu alemán encerrado en el cuerpo de un árabe. Más tarde, él, que siempre había seguido las huellas del Sr. Salmerón, su *padre espiritual*, como siempre le llamaba, también, del mismo modo que el maestro, sin abandonar el krausismo, estudió las escuelas positivistas y ensanchó sus conocimientos.

En el viejo Ateneo de la calle de la Montera, entre aquella juventud donde se destacaban Revilla, Canalejas, Cortezo, Calderón y tantos otros, González Serrano, dotado de clarísima inteligencia, de cultura general y sólida y de palabra elocuente, contendía con los sabios maestros, gloria de la tribuna, de la cátedra y de la prensa, tales como el P. Sánchez, Fernández y González, Cánovas, Moreno Nieto, Valera, Moret, Castelar, Azcárate, y algunos más.

Conocedor de toda la historia de la Filosofía, lo mismo admi-



raba á Platón que á Aristóteles, á Bacon que á Descartes, á Leibnitz que á Espinosa, á Kant que á Hegel y á Schopenhäuer que á Spencer. Diariamente se le veía en la biblioteca del Ateneo, donde pasaba tres ó cuatro horas estudiando, tomando notas y escribiendo artículos para revistas y periódicos, no sólo de filosofía, sino de literatura, de crítica y de sociología. Las columnas de la REVISTA CONTEMPORÁNEA han sido honradas muchas veces con artículos del insigne catedrático del Instituto de San Isidro.

Immortalizarán su nombre los libros intitulados *Cuestiones contemporáneas*, *La sabiduría popular*, *Estudios críticos*, *Psicología del amor*, *Preocupaciones sociales*, *Siluetas*, *Goethe* (ensayos críticos) y otros. González Serrano rendía culto ferviente á dos genios literarios, en cuyo espíritu había penetrado con excepcional clarividencia: Goethe y Campoamor. Nadie como él había estudiado el *Fausto* del primero y las *Doloras* del segundo.

Como catedrático, pregonan su laboriosidad y vocación compañeros y discípulos. El Instituto de San Isidro está de luto. El profesorado ha perdido á uno de sus grandes maestros.

Como político, fué diputado á Cortes en 1881 por su pueblo natal; pero se cansó pronto de las luchas parlamentarias y de las discusiones bizantinas. A semejanza de los ilustres pensadores don Federico de Castro y D. Francisco Giner de los Ríos, se retiró de la política activa, y tranquilo en el hogar de su familia, sólo pensó en su librería, en la copiosa biblioteca del Ateneo y en su cátedra. El filósofo—pues la figura venerable del Sr. Salmerón y las de otros pocos son una excepción de la regla—no se encuentra bien en los escaños del Congreso en estos tiempos de decadencia, en que tanto abundan los abogados pleitistas y retóricos. El amor de González Serrano á la idea republicana era inmenso; pero nunca fué decidido y entusiasta propagandista. Prefería el sosiego y la tranquilidad de la ciencia al fragor de las contiendas políticas.

Ha muerto en la flor de la vida, y cuando todavía las ciencias, las letras y la política esperaban de él grandes cosas. Conformes ó no conformes con sus ideas, amigos ó adversarios—pues enemigos no tenía—reconocerán en Urbano González Serrano las cualidades más hermosas: un carácter dulce, un corazón generoso y una modestia encantadora. Si disentía no sólo en filosofía, sino en religión, de muchos, y si se quiere de la generalidad, todos confesarán que era un excelente amigo, un hombre de bien y un cerebro privilegiado.



Al dirigir á su apreciable familia la expresión de nuestro profundo dolor, sea un lenitivo para tantas penas el recuerdo de que deja un hijo, Urbano González de la Calle, heredero de su talento y de sus virtudes. España ha perdido un hombre ilustre; pero éste deja un sucesor digno de tal padre.

J. O. R.

---







# LA SUPERSTICIÓN ANARQUISTA

---

El mejor modo de apreciar la insensatez del anarquismo en todas sus formas sería determinar las relaciones de ese sistema con los sistemas socialistas que le han precedido, por vagas que sean todavía estas relaciones verdaderas. Sin esta previa determinación no es dable examinar bien la concepción anárquica en sí misma. Como quiera, el esquema de proposiciones que la compendian puede hallarse, á falta de otro mejor, en el notable trabajo de Desjardins (1), que me sirve de guía para estudiar cuestiones tan complejas y delicadas.

Primera proposición: *La felicidad es un derecho para el hombre y el objeto mismo de la vida.* Esta proposición puede tomarse en dos sentidos: como referente á la felicidad individual; como referente á la felicidad común. Ha quedado, pues, completamente olvidada en ella una distinción tan importante.

Por otro lado, aquí se habla sin duda únicamente de la felicidad *moral*, por lo cual viene ésta á ser colocada en el puesto y lugar de todas las demás (felicidad doméstica, económica, intelectual, estética, política, religiosa, etc.), es decir, que se llega por este camino á la más lamentable confusión.

Como consecuencia de esto, ocurre advertir á los anarquistas si semejante variedad de felicidades no hace muy dudosa la felicidad general y vaga que preconizan. La felicidad verdadera, la subjetiva, la vivida es esencialmente contingente y movable; no fué ayer lo que es hoy; sigue la ley del tiempo y del medio ambiente. Los negros dicen que el hombre

---

(1) *Revue Bleue* de 23 de Diciembre de 1893.



blanco, con su ceño pensativo, trabajando siempre, guardándose del calor y del frío y encerrado en su casa, no tiene ventaja alguna sobre ellos. He aquí la felicidad ajustada á la temperatura. ¡Encantadora felicidad la que se agita y pasea á través de los tiempos y de los corazones! Para la mujer madre consiste la felicidad en aproximar á los labios de su pequeñuelo el pezón fecundo; la felicidad consiste para el avaro en amontonar en su caja monedas de oro sin pensar en utilizarlas jamás; la felicidad consiste para el artista en contentar los sentidos con las hermosas formas, los hermosos colores, los melodiosos sonidos; la felicidad consiste para el sabio en escudriñar los dilatados espacios por donde giran los astros para descubrir las leyes que ordenaron sus acompasados movimientos; la felicidad consiste para el disoluto en andar con la mortaja arrollada al carro de sus placeres; la felicidad consiste para el juez en enviar cada año más condenados al patíbulo; la felicidad consiste para el prior en oír el chasquido de las sangrientas disciplinas que salen del silencio del claustro. ¿Son capaces los anarquistas de destruir esta rica variedad de felicidades y formar una felicidad universal, estática, uniforme? ¿Han creado en sus talleres el precioso instrumento que destruirá el ideal de dicha del prior, del juez, del disoluto, del sabio, del artista, del avaro, de la madre? Si algo han por lo menos descubierto que nos acerque á tan maravillosa invención, que hablen, que instruyan la tierra. ¿Por qué ocultar en el fondo de sus fábricas de felicidad el nuevo aparato necesario del mundo?

Segunda proposición: *El hombre es naturalmente bueno y capaz de felicidad.* He aquí ciertamente una magnífica y bella frase de una indudable verdad subjetiva en boca de quien durante su vida toda muestre un gran corazón, pero sin fuerza objetiva que la pruebe. El hombre es naturalmente malo, no alcanzando el menor grado de bondad sino por la educación doméstica ó por la acción lenta é incesante de la educación social (civilización); y creer lo contrario es el origen de una multitud de errores que sólo á fuerza de repetirse se miran como verdades establecidas. Todo criterio de ese género es un impedimento absoluto para un estudio profundo de la sociedad.



Tercera proposición: *La libertad individual completa ó el poder de hacer sin reservas lo que se quiere es la condición de la felicidad.* La respuesta es fácil. Yo supongo, entiéndase bien, que la libertad concierne solamente al individuo y no al grupo ni á la colectividad. Pero guardémonos de inferir de la libertad individual la felicidad individual, pues lejos de venir la una en auxilio de la otra, tienen entre sí, por el contrario, una incompatibilidad natural: la una vive de la conciencia de su autonomía; la otra corre tras las fugitivas mariposas del placer. Aparte de esto, la idea que los anarquistas se forman de la libertad es falsa, pues ven en ella una «expansión del individuo», un derecho y un goce, es decir, que la convierten en un recurso de sociabilidad. Nada menos verdadero. La libertad bien entendida es, por el contrario, un deber y la condición de todo progreso (1). Si hay bajo la capa del cielo una cosa desagradable para todo el mundo, y especialmente para los espíritus juveniles, es la libertad política y civil. Esta libertad no da á los hombres derecho para hacer cuanto quieran, como creen las gentes vulgares; lejos de ello, arroja á la voluntad individual que se reputa soberana al movimiento fatal de la colectividad, con sus deberes, tristezas, sacrificios. De aquí el origen de un elemento característico de la evolución humana, y que crece junto con el desarrollo de la individualidad, del cual es complemento natural: el elemento altruista ó sociable, que sirve para dar la fuerza necesaria en las condiciones más gregarias de la vida colectiva.

Este ideal del altruismo y de la sociabilidad ¿es quimérico? No, puesto que es evolutivo. Paralelamente á la persona individual va desarrollándose y adquiriendo mayor perfección la persona social. Boccardo (2) es quien ha impreso su sello en este individualismo. La marcha de sus ideas es como sigue: «A medida que el espíritu de individualidad se va paulatinamente acentuando, y á medida que se hace más vivo y más

---

(1) Véase á Fouillée, *La science sociale contemporaine*, introducción Secretan, *Discours laiques*; Desjardins, *Revue Bleue* de 23 de Diciembre de 1893.

(2) Prefacio al volumen IX de la *Biblioteca dell'economista*.



enérgico, nace y crece con él el espíritu de colectividad y de comunidad solidaria. La suprema ley biológica, en virtud de la cual, en la escala de los organismos, el progreso de la división del trabajo y de la diferenciación funcional corre parejas con el progreso de la correlación recíproca de los centros vitales, tiene plena é incondicional aplicación á la evolución del más perfecto y complicado de los organismos, que es la sociedad humana. Aquellas mismas instituciones, aquellas mismas costumbres que con el progreso de la civilización fomentan y acrecientan el respeto á la persona, que afianzan el sentimiento del derecho que consagran y protegen la libertad, son al mismo tiempo las ocasiones que dan origen á un vínculo cada vez más estrecho de universal solidaridad y de recíproca dependencia, primero entre las personas que constituyen el Estado y después entre los diferentes Estados que componen la humanidad entera.»

Esta noción fundamental es poco comprendida y muy discutida todavía; pero, sin embargo, no es nueva. La encontramos muy bien expresada (en medio de sombras y contradicciones) en algunos filósofos especulativos de los tiempos modernos. «Schopenhauer, dice Guyau (1), al ensayar el dar á la persona más realidad que Platón, ha opuesto *el principio de individuación* á la individualidad natural en que toma forma. Puede preguntarse, en efecto, si la verdadera conciencia, el verdadero pensamiento, la verdadera voluntad no salen en algún modo de los límites de la individualidad, aun conservando lo que hay de esencial en la personalidad nueva. La individualidad es siempre más ó menos física, pero quizá lo que constituye la individualidad limitada no constituye la verdadera personalidad, el verdadero fondo luminoso y activo de la conciencia; quizá el más elevado pensamiento ó voluntad, sin dejar de ser universal, queda todavía personal en un sentido superior, como el Noos de Anaxágoras.»

Antes de Guyau había dicho su maestro Fouillée (2): «En el seno mismo de la persona la universalidad aumenta con

---

(1) *L'irreligion de l'avenir*, 453.

(2) *La philosophie de Platón*, II, 714.



la individualidad, es decir, que un ser, cuanto más existencia tiene por sí mismo, más la hace participable á otro. La inco-municabilidad y la impenetrabilidad es el ínfimo grado de la existencia natural, la existencia de las fuerzas ciegas y fatales mantenidas por su lucha mutua y su mutuo equilibrio en la lóbreguez y en la inercia... Cuanto más se posee un ser á sí mismo por medio de la inteligencia, más es capaz de poseer á los otros seres por el pensamiento; el ser que se conoce mejor, ¿no es también el que mejor conoce á los otros seres?... El espíritu, en cuanto inteligente, debe ser abierto, penetrable, participable y participante. Dos espíritus sin confundirse pueden, á medida que son más perfectos, penetrarse más perfectamente uno á otro por el pensamiento».

«Debe distinguirse, escribe Janet (1) en el mismo sentido, la personalidad y la individualidad. La individualidad se compone de todas las circunstancias exteriores que distinguen á un hombre de otro hombre, circunstancias de tiempo, lugar, organización, etc.. La personalidad tiene sus raíces en la individualidad, pero tiende incesantemente á desprenderse de ella. El individuo se concentra en sí mismo; la personalidad, por el contrario, aspira á salir de sí misma. El ideal de la individualidad es el egoísmo, el todo reducido á sí mismo; el ideal de la personalidad es la abnegación, el yo identificándose con el todo. La personalidad, en el sentido propio, es *la conciencia de lo impersonal.*»

Volviendo, pues, á nuestro propósito, resulta que está muy en su lugar el anarquismo al creer que la verdadera libertad consiste en no necesitar de nadie y en vivir por el propio esfuerzo; pero se equivoca al suponer que esto trae al hombre la felicidad. Lejos de ello, cuanto más libre es un ser, menos feliz hay que considerarlo en todas las manifestaciones de su vida. El cristal cuyas luces se descomponen sólo para desfallecer y morir, es la organización menos libre y seguramente la que menos sufre. La planta sufre más porque está organizada para relaciones más libres. El animal muere de pena porque posee una libertad relativa en sus instintos. El hombre

---

(1) *Morale*, 573.



está dotado de libertad mayor que los demás seres, y sus sufrimientos son como la expiación de las ventajas inmensas que á semejante facultad debe. Por otra parte, libertad significa amor, y no se puede amar sin sufrir. ¿No es ésta, por ventura, la venganza ordinaria del destino que prohíbe la dicha como una impiedad? «Si la ley cristiana perdona á los que han amado mucho, dice Murger (1), es porque han sufrido mucho también, y el amor terrestre no llega á ser una pasión divina sino cuando se ha purificado por las lágrimas.»

Cuarta proposición: *Todos los frenos exteriores ó sociales, interiores ó morales, son ficticios y deben ser considerados como la causa de la desgracia y de la maldad.* Acaba de verse que la libertad no es más que un vano permiso para los que no saben servirse de ella. Y como hasta ahora y en mucho tiempo han sido y seguirán siendo muy pocos los que han poseído esa ciencia, no sé por qué extrañar esos «frenos» que nuestra misma naturaleza ha creado. Pero estos frenos no son la causa de la desgracia y de la maldad. La maldad y la desgracia tienen su fuente en las ideas fijas, individuales. No se es desgraciado sino respecto á la idea fija, individual de una felicidad absoluta. No se es malo sino en cuanto se hace de la sociedad y de sus ideales algo sagrado, fijo para el individuo. Dentro del puro individualismo no podría haber hombres malos, pues lo serían con relación á una idea social de carácter genérico, sino hombres que luchan con otros que son sus enemigos. Por donde se echa de ver que el anarquismo se contradice al no admitir coacción alguna impuesta en nombre de principios sociales, y hablar al mismo tiempo de derecho á la dicha y al bien. Tan candorosa y directa es esta contradicción, que á su lado deben avergonzarse todas las contradicciones débiles ú ocultas.

Quinta proposición: *El sistema de frenos, opuesto á la naturaleza, ha sido organizado por una clase de hombres con objeto de contener y explotar á los demás.* No es posible llevar á más alto punto el error en las apreciaciones sociales. Semejante principio es la negación de toda experiencia, de toda ciencia,

---

(1) *Escenas de la vida bohemia*, XX.



de toda historia. El espíritu menos acostumbrado á estas disciplinas se encogerá de hombros ante él ó se indignará con indignación naturalísima. No hay actualmente rama de la sociología que admita en el menor concepto ese modo de ver, sólo concebible en los inmundos filosofastros del siglo XVIII, pero incomprendible á estas alturas aun para el más superficial investigador.

Pongamos un ejemplo. ¿Qué contestará un sociólogo de las religiones á quien, después de los progresos realizados por la mitología y ciencias congéneres, le espetase, como único criterio definitivo para el caso, la explicación popular que hace de los cultos un descubrimiento humano, hijo de las hábiles imposturas de sacerdotes y legisladores? Estoy seguro de que se limitaría á sonreír con lástima ó á preguntarle en qué época vive; pero si por un acaso tuviera la dignación de ilustrarle, empezaría por decirle que lo que por tanto tiempo, y en países que han alcanzado un alto grado de civilización, se mantiene en práctica á pesar de los duros sacrificios que exige, no puede ser una fantasía puramente inventada, sino que debe tener su razón de ser en la esencia misma de la humanidad. Con este punto de partida y admitiendo la buena fe de su interlocutor, tardaría poco en convencerle de cuán equivocada idea tienen de la religión los que la miran como el cumplimiento de ceremonias pueriles y la enseñanza de mentiras soporíferas que retienen á las muchedumbres en el trabajo mientras los clérigos se divierten.

Otro ejemplo. El lenguaje es un elemento social como la religión, el arte ó la moral. ¿Qué diría un lingüista á quien un reformador de la sociedad se empeñase en convencer de que el lenguaje es una invención convencional formada para hacer al hombre mentiroso y darle un medio de ocultar su pensamiento, que en su creación no ha intervenido para nada la iniciativa individual ni el genio de los pueblos y que no tenemos necesidad de él para ser buenos y felices? ¿Qué diría, repito, el lingüista al reformador? Le diría, á no dudarlo, que era un ignorante ó un loco imbécil. Pues bien, eso pienso yo de los anarquistas cuando afirman que el sistema de instituciones sociales es un estado de cosas facticio y malo, creado por la



clase más sabia ó más poderosa de hombres con el designio y propósito de engañar á los demás.

En verdad, el lenguaje es en las ciencias sociales lo que el número y la extensión en las ciencias abstractas, quiero decir, un elemento puramente teórico. Por eso no se discuten las teorías recientes que establecen para él una forma de evolución idéntica á la familia, las riquezas, la inteligencia, la estética, la ética, las leyes, los dogmas religiosos. La lingüística es inofensiva como las matemáticas: ¿á qué discutir sus principios? Pero la sociología doméstica, económica, estética, intelectual, moral, jurídica, política y religiosa, no es inofensiva en todas estas manifestaciones: luego sus descubrimientos no lo son si no apoyan determinadas aspiraciones de reforma social. El anarquismo los niega según regla que aprenden los niños tudescos respecto de los substantivos indeclinables. Los nombres que no se puedan declinar, como neutros se deben considerar, regla que aplicada al caso de los anarquistas diría: No son verdades científicas las que no se ajusten á nuestros deseos y á la utilidad común de los hombres. ¡Con cuánta exactitud se ha hecho notar que hasta los fundamentos de la geometría se negarían ó falsearían si estuvieren en oposición con nuestros intereses!

La verdad ha triunfado, sin embargo. El nuevo espíritu científico ha dado al traste con esa manera infantil de explicar el origen de los elementos sociales por la iniciativa intencional de unos pocos constituídos en clase dominadora. Ya lo haré ver con más detalles al ocuparme del anarquismo intelectual y fijar el papel de los grandes hombres en la historia. Las ciencias sociales marchan todas de consuno y paralelamente á sustituir el concepto pobre y convencional de la invención tradicionalmente aceptado por el concepto maduro y naturalista de la evolución. Ante la ciencia social en conjunto las instituciones humanas no son una erección, sino un producto natural del carácter de los pueblos. He aquí la razón por la cual yo no puedo ser anarquista.

Sexta proposición: *Es posible y necesario traer inmediatamente, rompiendo con todo el pasado, un estado de cosas perfectamente bueno y dichoso, no sólo expropiando á los explotado-*



*res, como quieren los socialistas, sino aniquilando definitivamente los frenos tanto sociales como morales.* Con esta proposición anuncian los anarquistas una de las preocupaciones que han producido su separación de la democracia colectivista y en general de los sistemas socialistas: la insuficiencia de estos sistemas en la práctica. Concretándonos al terreno económico, vemos que los socialistas habían augurado un futuro orden de cosas en que todos los obreros, apropiándose los medios de producción, disfrutarían las ventajas que ahora envidian á las clases elevadas. Mas á esto responden los anarquistas sistemáticos, partidarios de un retroceso al estado natural, que en primer lugar, la producción no podría satisfacer las enormes proporciones de la demanda. Como todos desearían la posesión de los productos más insignificantes, haríase imposible satisfacer todas esas necesidades cada día más absorbentes é insaciables. Además, sería temerario aventurar que los hombres, una vez hechos dueños de los medios de producción, se resignasen á fabricar productos que estimarían útiles ó superfluos según su carácter. ¿Cómo supondremos, por ejemplo, que hubiese muchos hombres que quisiesen producir artículos de perfumería, el día en que se viesen libres para subvenir á sus necesidades más imperiosas, cuando hoy sólo se consigue hacer consumo y producción de estos artículos gracias á la acertada división del trabajo? Por consiguiente, no podemos afirmar que, una vez puestos los hombres en posesión de todos los productos, conviniesen en producir tales ó cuales artículos útiles para unos, y para otros nocivos ó simplemente superfluos. Otro de los falsos supuestos del socialismo es la división del trabajo. En la hipótesis de la socialización de los productos y de los medios de producción, sería un problema difícil de resolver la repartición entre los hombres de las diversas funciones sociales. Nadie se resignaría á ejercer los oficios más bajos y peligrosos como minero y albañil. Las soluciones meramente teóricas del socialismo colectivista no llenan este vacío: la división y distribución del trabajo no podría tener buen éxito el día en que los hombres se apoderasen de los medios de producción. Nadie se sometería á la esclavitud de un trabajo de bruto como es el de la.



brador, por ejemplo. Todos desearían ejercer oficios poco pesados é inteligentes. Correríamos el peligro de que cada jornalero quisiese ser funcionario público ó escritor.

Relacionese ahora con esta insuficiencia del socialismo el descontento de una raza como la eslava ó la latina, conocidas por la fuerza de su imaginación y el ardor de sus pasiones, y tendréis todo un nihilismo anarquista con blasfemias, ateísmo y bombas. El descontento traerá las diversas formas violentas inherentes á las revoluciones, la aglomeración en tropel de los intereses nuevos, de las ideas nuevas, de las necesidades nuevas. Todos querrán entrar á un tiempo en todos los goces sociales. Pero estos goces ¿quién los niega al individuo? ¿El amor? ¿La razón? ¿La justicia? No, la *sociedad*, el monstruo de cien cabezas que los cándidos socialistas quieren conservar. Ésta es la esencia del sistema anarquista, que no debe confundirse con los demás sistemas revolucionarios, para quienes, arruinado todo, queda siempre la sociedad como algo superior al individuo.

Aquí comienza la segunda parte de mi tarea y será mucho más corta, porque merced á la experiencia diaria los resultados criminales de la filosofía del anarquismo son de una notoriedad aterradora. Hace muchos años que se nos viene haciendo admitir como enemiga del hombre la sociedad, nuevo espectro de Brocken para los anarquistas, sombra vana proyectada por su espíritu sobre la opinión popular, como un gran fantasmón impalpable que se desvanece, instalado detrás de brumas y de nubes. Para los anarquistas el criminal es el crimen de la sociedad misma. Ésta es mirada por ellos como la madre de todo, *Iside*, la divinidad inmanente—una, madrastra sin entrañas, *Meter dusmeter*. Contra ella es contra quien se excitan y á ella es á quien hieren como á causa de todo mal, á semejanza de Jerjes que azotaba al mar en castigo de haber acabado con sus naves. Sus atentados parecen plausibles á los ojos de un público crédulo que llega en su *animismo* á la locura de Jerjes de imputar responsabilidad á un ser sin conciencia. Cuanto más exaltado viene á ser el odio del anarquista respecto á la sociedad, mas debe aparecerle ésta como una persona, pues que las relaciones de odio y ataque



no son posibles sino entre seres personales ó al menos considerados como tales. No sin razón se ha afirmado, por tal motivo, que el *atentado contra la sociedad*, en el tiempo de democracia, corresponde á lo que era el *regicidio* bajo la monarquía. El anarquismo ataca á la gran reina prostituta que, según él, estruja á los hombres entre sus prepotentes muslos de acero.

Pero todo esto no es más que una capa engañosa para cubrir la incertidumbre y la ignorancia. Podría hablarse, en todo caso, de ataques al Estado, al orden jurídico y político constituido; pero nunca de ataques á la sociedad, que ni es afectada por ellos ni ha cometido delito alguno como tal sociedad. Á propósito de lo cual no debo omitir que es de todo punto imposible, no sólo destruir el Estado, sino las miserias sociales que explican y justifican su existencia. Como Bernaldo de Quirós (1) nota, con verdad, «la ley y la autoridad no acabarán jamás su misión de imponer el deber en las conciencias, ni aun cuando se verificase la asimilación interior que las haría inútiles. ¿Por qué? Sin duda porque el refinamiento de las conciencias traería nuevas exigencias inagotables. Si la sensibilidad moral aumentase, las cosas que hoy son simplemente antipáticas, serían odiosas en lo porvenir». Lo propio, aunque en otros términos, viene á expresar Durkheim (2). «Imaginaos una sociedad de santos, un claustro ejemplar y perfecto. Los crímenes acaso serán desconocidos; pero las faltas que al mundo parecen veniales, levantarán allí el mismo escándalo que un delito ordinario en las conciencias generales... ¿No es por esto, quizá, por lo que ellos, los santos y los justos, se creen, con toda sinceridad, no hipócritamente, grandes y desgraciados pecadores?»

Y, pues viene al caso, no dejaré de señalar las relaciones del anarquismo con la moral. La moral comprende todas las relaciones, reglas, actos, tendencias y doctrinas que tienen por objeto la felicidad del individuo y de la especie. El deber mismo, ese círculo de hierro que se nos representa contra-

---

(1) *La España Moderna*, Diciembre, 1903.

(2) *De la división du travail social*.



riando casi todas nuestras expansiones é imponiendo límites á todo el mundo, no es en puridad más que el signo representativo, la unidad social que sirve para justificar y apoyar los sentimientos verdaderamente humanos de desinterés y de altruismo en que se funda la concepción del soberano bien.

Desde muy antiguo los filósofos han tratado de conciliar esta concepción con los bajos y verdaderamente animales instintos que no podemos negar á nuestra antinómica naturaleza. Los griegos, según la observación de Kant (1), comprendieron que el soberano bien debe encerrar á la vez la virtud y la dicha, y establecieron entre estos dos términos la relación inmediata del principio á la consecuencia y hasta una relación de identidad. Según los estoicos, teniendo la virtud se tiene inmediatamente, y por el mero hecho de tenerla, la felicidad que forma parte integrante de ella; según los epicúreos, si se tiene la felicidad se tiene inmediatamente, y por esto mismo, la virtud. El anarquismo es epicúreo, porque no cree que un hombre sin sentirse feliz pueda ser virtuoso. Y es claro que con su concepción de la felicidad, estrecha y errónea por fundada en necesidades puramente físicas, olvida la verdad más triste, pero más cierta también, de la historia humana: la eternidad del dolor y su necesidad para el progreso y mejora de nuestra especie. El dolor no es, en efecto, un sentimiento individual, sino una institución social. Parecerá osada la palabra; mas no la retiro. Todo lo grande, todo lo sublime, todo lo santo que la humanidad ha venerado en el templo y cantado en el arte y propuesto por modelo á la posteridad, es la primera y más solemne aplicación de esta doctrina. Los intereses de todas las generaciones se han humanizado como dolor, como sacrificio, como muerte.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

---

(1) Véase á Fouillée, *Histoire générale de la philosophie*, II, 9, 2.



# ESTUDIOS FILOSÓFICOS

## LA LIBERTAD

Es completamente exacto que la facultad de elección no puede ser estudiada de una manera abstracta, independiente y libre de toda condición corporal; así como también es imposible, señalar á todo fenómeno una sola causa, negar la existencia del libre albedrío y probar que la sensibilidad, por total, íntima é inexplicable que sea, anule la reactividad del sujeto sobre la acción del objeto.

Igualmente es indemostrable la realidad del estado de indiferencia que oponen teólogos y filósofos; que Dios no intervenga en todos los actos; como que no acompaña las determinaciones del hombre sin desnaturalizarlas y respetando su soberanía.

Al estudio de lo subjetivo debe acompañar el de las causas que modifican, alteran, influyen y desvirtúan los actos voluntarios, porque la observación y experiencia científica han demostrado la existencia de las mismas; lo que han negado todos los que ciñéndose voluntariamente en torpe exclusivismo estudian la libertad como mera idealización espiritual, manteniendo de este modo, dentro de la ciencia, un espíritu á todas luces reaccionario. De aquí la necesidad de prescindir en esta clase de investigaciones de todo prejuicio filosófico ó de toda preocupación dogmática.

Analizar la facultad electiva en su más independiente estado será el objeto de este artículo, prescindiendo, por ahora, del examen de aquellas otras cuestiones que, como la antigüedad del hombre, el hombre fósil, su procedencia adámica, su pre-



historia cronológica, están con la que nos ocupa tan íntimamente relacionadas.

No combatiremos la libertad proclamada por la escuela clásica, pero tampoco regatearemos aplauso, importancia y respeto á lo averiguado y difundido por la positivista.

Abandonando de propósito la tesis sobre la sensibilidad y el conocimiento, que son con la facultad de querer actividades y propiedades anímicas, pasaremos á tratar de la libertad.

Á ésta solemos darle muchos sentidos, pero según conviene al nuestro, «Ser libre es querer una cosa con facultad de no quererla» (1) hecho cuya existencia es la más comprobada después del *yo*.

De esa existencia tenemos experiencia inmediata, universal y constante, como probaremos, á pesar de que para Ferri sea una ilusión de la observación psicológica subjetiva, porque según dice, no conocemos los precedentes inmediatos fisiológicos y psicológicos de la deliberación voluntaria.

La afirmación del ilustre penalista sería cierta si en vez de tratarse de una *percepción* inmediata y directa, en la que para nada sirve el conocimiento de los citados antecedentes, tratáramos de una *deducción*.

Pero es el caso que, sin ser preciso ese conocimiento, lo tenemos en la *percepción* de todos los actos que realizamos, puesto que conocemos la causa productora de los mismos, que es nuestro *yo*, la razón por que los ejecutamos, el fin que perseguimos al convertirlos en hechos, y todo ello independientemente del desconocimiento que podemos tener de las fuerzas fisiológicas que se desarrollen en el *acto* deseado y ejecutado.

Mas tampoco ignoramos los antecedentes ó fuerzas físicas y químicas que se desenvuelven, toda vez que en algunos casos la voluntad se determina en contra de aquéllas, si se lo ha dictado la conciencia ó la razón. Probado que no existe tal desconocimiento y que en casos obramos en disconformidad con las fuerzas exteriores, justo será confesar que la *ilusión* es de Ferri.

---

(1) Ans. de lib. arb. cons. p. p.



Con éste han dicho algunos que «la actividad del hombre no es más que la forma última y más completa de la actividad animal y que por ella nos diferenciamos de los demás seres».

Es evidente que las operaciones animales que se observan en el hombre son idénticas á las de muchos seres zoológicos, pero es innegable que no sucede lo mismo con la parte psíquica, cuya actividad no se diferencia sólo por ese grado de mayor complicación.

Y esto es cierto, porque el hombre es esencialmente distinto de aquellos seres cuya actividad tiene su origen en el instinto, inferior siempre á la inteligencia como se prueba.

Todo el proceso fisiológico de nuestras acciones lo han fundado los deterministas en las leyes de transformación de fuerzas y de causalidad, con el intento de demostrar que el hombre no puede crear fuerzas ni contrarrestar las que son causas de sus acciones, que éstas se reducen á una fatal transformación de las que hemos recibido y disponemos, y en su consecuencia que no tenemos facultad de elegir.

El funcionamiento de nuestras facultades superiores demuestra que podemos crear fuerzas y que las creamos, sin que (como sucede con las ideas) hayamos para esta creación recibido del exterior fuerza alguna que transformar, porque para crear ideas tenemos *a se* la fuerza creadora.

El solo hecho de poder combinar y disponer las que hemos recibido confirma nuestra libertad, y la inaplicación de esa ley que llaman de las transformaciones.

Los criminalistas modernos aseguran que todo acto se produce por una *sensación física*, pero los orígenes del amor, del remordimiento y en ocasiones los de la alegría, que raras veces obedecen á una sensación, nos afirman todo lo contrario.

No estará de más añadir que, aun en los casos en que los actos se producen por una sensación física, una misma é idéntica, se observan efectos distintos y contrarios á los que esas sensaciones debieron producir, contradicción que se patentiza en el acto final si es opuesto á la causa.

De todo esto se deduce que entre la causa productora y el acto final hay una voluntad que puede deliberar y elegir,



y una razón que después de juicio hace que la voluntad, ya motivada, opte por aquello que sea de su agrado ó interprete y estime como más útil.

No he pretendido negar, con lo anteriormente expuesto, que no existan en nosotros voliciones á las cuales se impone la necesidad; como sucede cuando queremos la armónica correspondencia de los objetos exteriores con nuestros sentidos; cuando queremos, sobre todo, la felicidad y la perseguimos á pesar de las mayores decepciones, en la creencia de obtenerla algún día (1); pero de esta libertad no es de la que hablamos.

Pero sí de aquella otra que al querer tal acción ó tener aquel pensamiento sentimos dentro de nosotros, que podíamos abstenernos ó elegir á placer otro pensamiento ó acción.

Y de esta facultad, propiedad y actividad anímica, nos ocupamos porque por ella podemos elegir entre dos cosas y determinarnos por una de ellas, y esto después de deliberación.

Esta no es para algunos causa del movimiento, sino conciencia del mismo, efectuado por la transformación de las *fuerzas* á que hemos aludido: el acto mismo de la deliberación se opone terminantemente á esta creencia porque, por ser causa, es anterior al movimiento deliberado, sin que queramos decir que la voluntad deje de ser la causa propiamente dicha del movimiento.

Si la deliberación, por ser causa, no puede ser conciencia del acto deliberado, tampoco puede serlo, ni es, del acto final, que es posterior.

Ni lo es de la transformación recíproca de fuerzas, porque jamás la tenemos ni de ellas ni de los movimientos voluntarios internos.

Lo que únicamente nos dice la conciencia de la deliberación es que ésta tiene por objeto los motivos y razones del acto que deseamos realizar y del cómo hemos de ejecutarlo. Por esto llamamos á esta facultad «libre albedrío», porque á

---

(1) D. Thm. Quæst Dispt. Ver. 23.



ella pertenece la elección. «*Proprium liberi arbitrii est electio*». (1)

Y Aristóteles, «espontaneidad», en la que distinguía dos partes, la voluntad propiamente dicha y la elección; ésta la definía: «*Est eorum quæ in nostra potestate sita sunt ex deliberatione constantem appetitionem*» (2). Según el Doctor Angélico, nos diferenciamos de los demás seres por esta facultad: «*Differ homo ab aliis irrationalibus, in hoc, quod eius suorum actum dominus*» (3), y decía de ella «facultad de la razón y de la voluntad por la que se elige el bien y el mal» (4) definición en todo conforme con la del sabio penalista Alfonso de Castro, «virtud por la que el hombre cuando obra puede no hacer y por la que cuando nada hace puede obrar» (5).

En esto se funda que la razón, en las cosas contingentes y prácticas, delibere y forme juicios diferentes, porque el juicio de la razón no está determinado por una cosa más que por otra, ni á una acción con preferencia á otra distinta, porque de estarlo ocurriría que todos juzgaríamos en iguales circunstancias del mismo modo, como sucede á los animales, por estar su juicio determinado por el instinto. «*Pro tanto necesse est, quod homo sit liberi arbitrii ex hoc ipso quod rationalis*» (6).

En el acto de mover la mano comprobaremos la existencia de esta facultad porque sentimos que podíamos moverla en distintas y opuestas direcciones y esto porque la naturaleza ha dispuesto de tal manera los órganos del movimiento que no tenemos en uno más pena ni placer que en otro, de suerte que cuanto más reflexiono lo que me mueve á elegir éste ó aquél, tanto más claramente experimento que no es sino mi voluntad la que me determina y que ésta es solamente la razón que encuentro para obrar así (7). Esto que sucede

(1) D. Thm. primera parte, qq. 83, art. 3.<sup>o</sup>

(2) Summa, segunda part. qq. 1, art. 1.<sup>o</sup>

(3) Sap., cap. XII, v. 18.

(4) Summa, primera part. qq. 19, art. 10.

(5) Alfonso de Castro, por Eloy Bullón.

(6) Summa, primera part., qq. 83, art. 1.<sup>o</sup>

(7) Traité du libre arbitre, cap. III, Bossuet.



en este acto se da en cuantos proceden de la voluntad.

Se determina por hábito, por reflexión, por inspiración de momento, por motivos y razones que no son jamás causas eficientes porque tendrían que sujetarse á la necesidad.

La independencia de nuestra voluntad se confirma una vez más en el proceso de nuestra elección, en el que conferimos los motivos, comparamos, apreciamos, pronunciamos y definimos.

El testimonio de nuestra conciencia también nos facilita una prueba clara en pro de la facultad de elegir.

Si no experimentásemos interiormente el sentimiento de nuestra responsabilidad no seguiría á nuestras malas acciones el remordimiento ni tampoco el peso de las iniquidades.

Esta responsabilidad nace con el hombre, la encontramos en todos, sean de la raza y parte del mundo que se quiera; por limitada inteligencia que tenga, siempre encontraremos en las profundidades de su pensamiento estas dos ideas de bien y mal, y á ellas, unida é inseparablemente, como la afinidad une los átomos, ésta de hacer el bien y no ejecutar el mal; en una palabra, la idea del deber.

De ahí que tan pronto el hombre viola el deber conozca inmediatamente la responsabilidad en que ha incurrido, y además, porque sabe que su única misión es la de ejercitarse en el deber, á cuyo conocimiento y adquisición debe someter todas sus energías, así como su voluntad libre.

Cuando la pasión nos humilla, no podemos excusarnos ante el deber cuya derrota hemos querido, pues ni el ambiente ni la pasión son irresistibles aunque lo sostengan los positivistas.

El remordimiento nos dice que, si sucumbimos á la pasión, lo quisimos, toda vez que por no estar sujetos á su servidumbre podemos deshacerla y querer eficazmente contra ella.

La conciencia lo confirma: cuando hemos obrado mal, por el remordimiento; cuando el bien, por la gloria de nuestra tranquilidad. «Gloria nostra testimonium constientiæ nostræ» (1).

De lo dicho se infiere que ni estas glorias ni aquellas afflic-

---

(1) Secunda lor., cap. I, v. 12.



ciones nos asaltarían si no existiera la responsabilidad; que no seríamos responsables, ni en el orden moral ni social, si no tuviéramos el innato conocimiento de las ideas primordiales de bien y mal; como conciencia del uso ó abuso que hemos hecho de nuestro libre albedrío.

Kant lo hacía consistir «en esa independencia de todo impulso sensible en cuanto á su determinación» (1).

Entre las cosas ridículas que existirían, si no tuviéramos facultad de resolvernos, figuraría en primer término la petición del consejo, que bueno ó malo no podríamos poner en práctica; el culto que todos los pueblos han tenido á esta experiencia, que ha merecido traducción en todas las lenguas y que la humanidad no se crea víctima de una ilusión; el derecho, que supone libertad; la autoridad, que no puede darse si no manda en nombre del deber y con la subordinación de la voluntad libre que quiere el *bien*; el orden, porque gobernado el hombre por fuerzas físico-químicas ineludiblemente exteriorizaría sus feroces instintos, perturbaría fatalmente la paz social, originaría luchas sangrientas, no obraría con inteligencia, deliberación, plan, ni elegiría libremente los medios, ni gozaría de independencia ni contra las coacciones impulsoras.

Si la doctrina que vamos impugnando fuera admisible en algo fundamental, nada más injusto que la administración de justicia, su pompa, sus restricciones, las de la ley, la ley, como el título por el que se exige é imputa responsabilidad al autor de la violación de derechos.

Lo mismo podemos decir del «juicio»; subordinado el sujeto á las fuerzas impulsoras y distinguiéndose solamente de los demás animales por el grado de mayor complicación de su actividad, repugnaría á la naturaleza de aquél, como repugna á la de éstos, y sus efectos serían la resultante de un vicio de organización que en modo alguno podía corregir una voluntad que no existe.

Para los positivistas todo son idiosincrasias.

Afirma la escuela criminalógica que la causa de la libertad

---

(1) Principios metafísicos del Derecho.



pierde adeptos por no poderse ésta armonizar con la prescien-  
cia divina. El inconsecuente método del ilustre penalista y so-  
ciólogo Ferri me obliga á aportar algunos argumentos por  
los que llegaremos al conocimiento de la estrecha armonía  
que existe entre el hecho probado experimentalmente de  
nuestra libertad y el dogma católico; pero es de notar que  
los positivistas en la exposición de su doctrina rechazan la  
existencia y potencia creadora de Dios. Si para ellos no exis-  
te, ¿á qué se ocupan de que su prescien-  
cia pueda ó no com-  
paginarse con la libertad?

Respecto al modo de verificarse la acción directa de Dios  
en la libertad, diremos con los insignes teólogos Suárez y  
Molina que el acto producido por determinación de mi vo-  
luntad libre es el acto de Dios y al mismo tiempo mi propio  
acto. De donde resulta que el concurso de la virtud divina se  
verifica no excitando mi voluntad al acto, sino sólo acompa-  
ñándolo, á fin de no desnaturalizarlo. La libertad toma su  
parte de concurso divino, se lo apropia y se determina. Por  
lo que ese concurso se reduce á que Dios quiere, desde la  
eternidad, poner con la voluntad el acto, que ésta querrá rea-  
lizar en el tiempo á su albedrío (1).

Estas afirmaciones las robustecen los textos bíblicos, al de-  
cir «que en el principio, cuando Dios crió la naturaleza, nos  
dejó en manos de nuestro consejo». «Vos semper Spiritu san-  
cto resistitis.» «Ne dixeris, quia ipse me induxit; non enim  
opus habet viro peccatore. Si volueris, conservabis mandata,  
et fidem bonam placiti» (2). «Ne tonum tuum velut ex neces-  
sitate esset, sed ex voluntate» (3).

Los anteriores versículos nos dicen que aún en el orden de  
la gracia podemos contrariar cuanto para el buen concierto  
dispuso Dios y que no carecemos ni se nos regatea la facul-  
tad de desobedecer á la ley.

Todo ello nos pone de manifiesto la responsabilidad que  
tenemos por el uso ó abuso que hacemos de nuestra elección.

(1) Suárez, lib. 3.<sup>o</sup>, cap. 35, et, seg., Molina Disp. 25, lib. arb. cum  
gratiæ... etc.

(2) Eccl., cap. 15, v. 11.

(3) Tim., v. 14.



San Agustín lo confirma: «Ipsa divina præcepta homini non prodessent, nisi haberet liberum voluntatis arbitrium, quo ea faciens ad præmia perveniret» (1).

Si no existiera esa responsabilidad de nuestros actos, ¿se nos podrían imponer preceptos divinos y leyes humanas? Así decía Tertuliano: «No se puede imponer una ley al que no tiene la facultad de someterse libremente á ella» (2), y San Jerónimo: «Donde reina la necesidad no tiene lugar ni el castigo ni la recompensa» (3).

Todo lo expuesto hasta aquí se opone á la teoría positivista que pretende haber encontrado la molécula madre del organismo humano, de la que hacen depender nuestros apetitos, hábitos, instintos y acciones, sustituyendo con ella á la «causa causarum» en que nosotros fundamos nuestra escuela.

Por última vez y en contra de Fiorretti, que con Espinoza mantiene que «la libertad de que se glorían los hombres no consiste sino en la conciencia de su voluntad y en la ignorancia de las causas que la determinan», afirmamos que no solamente tenemos conciencia de nuestra voluntad, sino que experimentamos en nosotros mismos cómo se origina la volición en todas sus fases, la deliberación, la lucha, la elección y la determinación.

Finalmente: la vida de los pueblos, el odio á los déspotas, la repugnancia al absolutismo, el amor á la democracia, el libre examen, la libertad de conciencia, la noble altivez con que nos declaramos independientes, la historia, ora ensalzando á los héroes como condenando á los arbitrarios, bien perpetuando el recuerdo de los sabios é inmortalizando la memoria de los virtuosos, nos demuestran la verdad de nuestro aserto.

Querer lo que puede no quererse, no querer lo que puede quererse, en esto consiste la gloria, porque en ello está la libertad. Si los actos realizados por los héroes, los sabios, los déspotas y los virtuosos no tuvieran por razón de ser el do-

(1) De gratia, cap. II, núm. 2.

(2) Tert., lib. III, cont. Mar., cap. 4.

(3) Hier., lib. 2.<sup>o</sup>



minio ó abandono de los mismos en uso de su libertad, era cosa de arrasarlo y destruirlo todo, porque los que así obraron no merecían ni honor ni vituperio, toda vez que no pudieron obrar de distinta suerte de la que obraron.

Damos por terminado nuestro trabajo en pro del libre albedrío, proponiéndonos, más adelante, la exposición de cuanto pueda dar mayor solidez á la escuela dualista y terminar con un estudio sobre la última escuela penal.

ENRIQUE PACHECO DE LEYVA.

8 de Diciembre de 1903.

---



# ALBARRACÍN

---

## APUNTES HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS

---

### **Historia civil.**

Entre cardos y romeros y florecillas silvestres, montes coronados de pinos, drúidicas rocas, enormes masas de piedra y sobre aislada muela en cuya cima se destaca el ábside y la aguda torre catedralicia; bajo un hermoso cielo de limpias nubes, rodeado de agreste campiña, yérguese al Sudoeste de una montaña, que forma parte de la cordillera de Iduveda (Teruel), el ibérico Albarracín según unos, romano según otros, árabe según los testimonios de anticuarios y autorizados investigadores, que mereció en principio el nombre de castillo, más tarde el de ciudad, y ahora parece pobre aldea en cuyas dormidas almenas sigue tremolando la cruz episcopal. Un foso es su río; su pedestal escarpada roca; su independencia fué muy grande, dicenlo las murallas que le defienden de toda invasión enemiga, aun cuando su pequeño recinto suscite dudas al historiador acerca de la importancia de esta modesta ciudad, comparada por crítico distinguido á un nido de águilas acechando la llanura.

Albarracín, ni cuando la media luna regía los destinos de la Nación y el lábaro Santo, nunca humillado, preparaba sus huestes para aniquilar al terrible enemigo del Redentor de la Humanidad; ni cuando pisoteado el turbante musulmán brillaba la cruz salvadora en las antes mezquitas y después templos católicos, lugares sagrados de votos y plegarias; ni cuando la







túmulos ibéricos tan característicos como el *hemidolmen*, el *ringleras*, las *piedras bomboneables*, etc., etc.

Más fundamento tienen los defensores de Albarracín como romano, por cuanto se basan en el hallazgo de tres lápidas sepulcrales que están incrustadas en los sillares de la torre de la catedral (1), hallazgo que movió á algunos á contar por ascendiente de esta población á *Segóbriga*, á *Ercariva* ó á *Lobetum*, ciudades que, si las dos primeras durante la dominación goda fueron cabeza de obispado, quedan reducidas, según opinión probable, á dos despoblados en el territorio de Castilla la Nueva, á saber: Segóbriga al cerco de Cabeza del Griego, más bien que á Segorbe, la de Valencia; Ercáviva al cerro de Santaver, no lejos de Sacedón. Lobetum se hallaba fuera de la Celtiberia y su situación parece coincidir bastante con la de Teruel (2).

Los defensores de Albarracín como romano solamente manifiestan que los lusones habitaban aquellos contornos inmediatos á las fuentes del Tajo, antes de obligarles á huir la ingratitud del suelo. Aparte de tales suposiciones y de que las piedras halladas nada dicen en pró ni en contra de lo defendido por los citados historiadores, hay que advertir que en ningún lugar de la geografía se encuentra el menor vestigio del origen de esta ciudad, quedando relegado al árabe.

Con el nombre de Santa María de Oriente vino al mundo

---

(1) Inscripciones de las tres lápidas:

1.<sup>a</sup> Es un homenaje al Emperador Claudio II:

M. An. Claudio Go-  
Hrico Aug. Germ.

Max. Pont., Max-Tri-  
C. Potest. Imp. II<sup>s</sup>.

2.<sup>a</sup>

Oflia Fusca an. LX.  
H. S. E. (hic sita est).

3.<sup>a</sup> Es un voto á Diana por la salud de una esposa querida:

Dianæ D. Sac. L.

Bidisacus

pro salute ux.

Viriæ Honorinæ

Ex voto.

(2) Cuadrado.



histórico, la ciudad de Albarracín. Según Schant Maryya, el Scharkeya, Ebn Hudzail I Ben Razin, año 402 de la Hégira—1011,—señor de algunos castillos en Alcartan, dió su nombre á Santa María viniendo á terminar en Albarracín: sus raíces se trocaron, por corrupción, en otras del país, cambiando completamente de significado las voces *alba*—latina—blanca, y *ragin*—celta,—la uva (1).

Aben-Razin, aliado con el rey de Toledo, defendió sus tierras y su independencia contra el califa de Córdoba y obtuvo parte del botín en la desmembración del imperio de los Omeyyadas. Noticioso el Saheb de Albarracín de que se hallaba cerca de sus estados D. Rodrigo Díaz de Vivar, le visitó, ofreciéndole su amistad y afecto: el Cid, tan hábil rejoneador de toros como buen diplomático, correspondió á la atención y aun desde Peñacastel le prestó ayuda en repetidas ocasiones. Sucesor de Hudzail I, fué su hermano Abu Merwan Abde-l-Mélic I ben Jalaf; auxilió al toledano en abatir la pujanza del de Sevilla, y al de Zaragoza en la célebre jornada de Huesca, tan deplorable para los musulmanes. Comprometió á los emires de Murviedro, de Schatebah y de Duria en una nueva liga contra Jucef realizada con los jeques comarcanos; por caudillo nombró al Cid Campeador y bajo su bandera acudió el Melek al sitio de Valencia, pero sus alianzas no le impidieron sufrir en 1092 el yugo de los almoravides y de rendir vasallaje al emir Jucef. En 1095 se encontró entre los auxiliares de Ahmed Abu Djafar (2) estrechado por el rcy de Aragón.

(1) Albarracín, según la etimología árabe, significa los apartados del trato y del comercio de los demás.—Antillón.

(2) Acerca de este príncipe refieren las crónicas árabes el siguiente dramático suceso: «En el año 493 (1099) acaeció que Obeidala, señor de Adcun, con un hijo suyo y algunos de su gente, entró á visitar á su suegro Abu Mervan, al cual hizo tan extrañas peticiones y demandas de que nombrase sucesor de su Estado, y que le sirviese de presente con tropas y dinero, que Abu Mervan, muy enfadado de su atrevimiento, le reprendió con aspereza; se acalararon en sus razones y sacaron las espadas hijo y padre contra Abu Mervan. Defendíase de ellos, y á las voces entró en la sala una hija de Mervan, prometida esposa de Obeidala que, viendo cómo se herían, dió grandes voces; acudió la familia y gentes de Mervan, que al ver á su señor acometido de aquellos, los atropellaron á cuchilladas, y los hubieran acabado si Mervan



Á Abu Merwan, Abu-Mohammad, Hubzail II, Izzo-ele-Daulah ben Abde-l-Mélik, Abu Merwan, Abde-l-Mélik II y Jahya (1).

Cuadrado y otros autores colocan á este rey como sucesor de Abu-Merwan. Garibay y Mariana refieren que á fines del siglo XII, Jahya, (según el testimonio de varios historiadores disconformes con los estudios del insigne arabista, aragonés Sr. Codera,—Abu Abdala Muhamad-ben Sad-ben Mardenis que no se menciona en la numismática del citado numis orientalista)—hizo donación de la fuerza que defendía á Albarracín, después de maltrecho y derrotado en Murcia y desconfiando de los suyos, á un rico hombre navarro, Pedro Ruiz de Azagra (2), hijo de Rodrigo, señor de Estella. Ortiz y Sanz

---

no los hubiera contenido. Mandólos prender, y habiendo retirado de allí á su hija, mandó cortar pies y manos á Obeidala y sacarle los ojos y después ponerlo clavado en un palo, y á su hijo cortarle los pies y encerrarle; y todo se obedeció al punto como lo mandaba. Era este Abu Mervan muy amado de sus gentes; el fuego de la hospitalidad ardía en su casa de día y de noche; trataba al pueblo con mucha afabilidad, y era el amparo de sus necesidades: manteníase con la amistad y alianza del rey de Zaragoza, y con el Cambitor, caudillo de los cristianos, y en especial por su política y buen gobierno».

(1) El gobierno de éstos monarcas árabes, independientes, duró desde 1011 á 1013.

(2) Poseedores del Estado de Albarracín.—Emires moros: Dualah Abu Mohamed 1010.—Abu Mewan Abd-el-Melek I, 1039.—Daulah Abu Mohamed Hod hayl II, 1065.—Daudlah Abu Merwan Abd-el-Melek II, 1070.—Ab-el-Melek III, 1102.—Jahya, hermano del anterior.—(De las dinastías de Beni y Razin.)

Señores cristianos:—1170.—Pedro Ruiz de Azagra, hijo de Rodrigo de Azagra, señor de Estella, fundó el Estado ganándolo de moros. Villanueva dice que Lobo ó Lobum (?), rey de Valencia, cedió Albarracín á este señor. Ya de edad, dejó de heredero á su hermano—1196—Fernando Ruiz de Azagra, quizá por no tener sucesión. Otorgó testamento, según el cual tuvo dos hijos: uno legítimo con D.<sup>a</sup> Teresa Ibáñez, heredero del Estado; otro bastardo, comendador de Santiago; los dos se llamaron Pedro Fernández—1200.—Pedro Fernández de Azagra testó en 2 de Abril de 1241. Sus hijos legítimos fueron Pedro Fernández, García Fernández, Teresa y el primogénito y sucesor—1254,—D. Alvar Pérez de Azagra: le heredó su única hija D.<sup>a</sup> Teresa, que casó con D. Juan Nuñez de Lara; en dote llevó el Estado de Albarracín: tuvo dos hijos, D. Alvar y D. Juan. Fué desposeído del Estado en 1284 por el rey de Aragón. Los Azagras disfrutaron del señorío 127 años.



afirma que la tomó á fuerza de armas, echó de ella á los musulmanes y la pobló de cristianos; esta opinión es bastante probable, porque desde luego D. Pedro pudo constituir un estado independiente sin rendir homenaje en lo temporal, declarando en Enero de 1170 no reconocer más potestad sobre él que la del cielo: tomó el título de «Vasallo de Santa María de Albarracín».

Azagra fué el objetivo de los Reyes D. Alonso II de Aragón y D. Alonso VIII de Castilla, y coligados en 1173—alegando el primero que Albarracín pertenecía á su conquista y el segundo que se le había apoderado de varias fortalezas—trataron de que les rindiera homenaje á lo que no accedió Azagra. A su muerte sucedióle su hermano D. Fernando. En lo más fuerte del estío de 1220, D. Jaime I, enemistado con D. Pedro Fernández, hijo de D. Fernando, por haber dado asilo al rebelde D. Rodrigo de Lizana, sitió á Albarracín. Precisa advertir que Lizana renunció por escrito la naturaleza de aragonés é hizo correrías en las tierras comarcanas á este reino, y que Azagra mereció gran valimiento de *El Conquistador* en premio á servicios anteriormente prestados, según lo confirma el título que le otorgó de mayordomo de la casa real.

No era ocasión muy propicia para el feliz resultado del cerco, por ponerse en circunstancias muy graves. Dividido el reino en bandos y facciones, no podía esperárselas muy buenas D. Jaime, debiendo además tenerse en cuenta sus pocos años y su escasa gente que, en gran parte, fraternizaba con los sitiados. En tales circunstancias hicieron una salida nocturna los de Albarracín, con tal fortuna que incendiaron las máquinas de guerra, dieron muerte á los valientes caballeros Guillén de Pueyo y Pelegrín de Ahonés, y el joven monarca, vendido por sus soldados, tuvo que retirarse, admitiendo en su gracia al magnate Azagra, que más tarde, en el sitio de Valencia, le prestó vasallaje, como lo afirma un documento de primeros de Agosto de 1231.

Igual fortuna cupo á Albarracín en la salida que verificaron sus moradores, acosados por el hambre, en el sitio que le puso el rey moro de Valencia. Albarracín, siempre valiente



hasta el heroísmo, resistió el ataque y acometió con pujanza al enemigo. Mas falta de recursos, el hambre enseñoreándose de la hermosa ciudad y con la muerte casi en los labios, atacó con denuedo y desesperación al moro, sobre el que obtuvo completa victoria, dando por resultado el levantamiento del cerco y la vergonzosa huída del sitiador, que agrandó más la inminencia de la caída de su imperio en esta deplorable acción que intentó para salvarse.

Albarracín, como Teruel, disfrutó de los privilegios de los fueros concedidos á Sepúlveda por los antiguos Condes de Castilla.

En 1283, D. Juan Núñez de Lara, señor de Albarracín por haber casado con D.<sup>a</sup> Teresa Alvarez de Azagra, fué instado por D. Sancho, Infante de Castilla, á que se retirara de la fortaleza, donde guardaba el botín apresado en sus correrías por Calahorra, Osma y Sigüenza. Pedro III de Aragón, contra quien Lara se rebeló en medio de las agitaciones del reino y las amenazas de Francia, lo atacó en sus posesiones. Su gente mostró el valor de siempre en esta nueva empresa; ruda fué la lucha; pero esto sería lo de menos, aun siendo tan importante, si, dada la duración del sitio, no principiara á sentirse la carencia de víveres. Lara abandonó la ciudad con pretexto de ir en busca de socorro á Navarra, quedando encargado de dirigir la defensa un sobrino suyo, que murió en una de las salidas que verificó; no por estos contratiempos desfallecieron los combatientes, hasta que, transcurridos seis meses, agotadas las fuerzas y desesperanzados de recibir auxilios, se rindieron al monarca en 29 de Septiembre, día de San Miguel, del año de gracia 1284. Fueron expulsados de la ciudad los franceses y navarros que la guarnecían, y en su lugar la habitaron sus antiguos moradores. Rendida Albarracín, el Rey le otorgó carta de población.

A D. Fernando, hijo natural de D. Pedro y de D.<sup>a</sup> Inés Zapata, dió en patrimonio su conquista el vencedor, así como otras poblaciones; pero pronto fueron desposeídos. Preso con su madre por sus hermanos D. Alfonso III y D. Jaime II, despojáronle de su posesión á cambio de otras tierras; mas en 1298 D. Jaime la restituyó á su antiguo poseedor Núñez



de Lara en desagravio á lo injustamente con que la había sido arrebatada, medio sagacísimo de que se valió para atraer á su favor tan poderoso señor cuando maquinaba la atrevida idea de declarar la guerra á los reinos de Castilla y de Sicilia. Dos años escasos disfrutaría Lara del baluarte de Albarracín, pasando después á la Corona. En 1300 D. Jaime recibió en Albarracín y en su iglesia de San Salvador pleito homenaje de manos de varios caballeros, concejo y cabildo catedral, como señor natural de ellos, concediendo en agradecimiento el título de ciudad (1) (2).

Alfonso IV donó la ciudad, en 1334, á los hijos de su segundo enlace y á su muerte sirvió de retiro Albarracín á la reina viuda D.<sup>a</sup> Leonor y de patrimonio á D. Fernando (3), quien con la posesión de tan disputada fortaleza se hizo temer de su hermano Pedro IV; pero su astucia consiguió, después de varias conferencias, atraer á aquél, y á sus antiguos recelos y agravios fué inmolado Albarracín, siendo el despojo máspreciado de su víctima, como lo demuestra el juramento que en 1357 prestó é hizo que prestaran sus sucesores, de no enajenar joya que tanto había costado de adquirir y de defender.

Los moros y judíos, acogidos á la sombra de los barones, ocupaban una gran parte de la ciudad hasta que excitados los celos de los cristianos, tuvieron reñidos bandos en 1394, siendo sus jefes, según documentos fidedignos é inéditos, Pedro Sánchez de Monterde, Hernán Pérez de Toyuela y Tomás Fernández; y de los judíos, Bonacha y Torres, Brahim de Palencia, Jucel Abutai, David Barabó y otros.

Arnaldo de Eril puso término á las sangrientas colisiones

(1) *Diario Turolense*. Bol. Acad. Hist.

(2) Señores principales de Albarracín en 1300: Pedro Jiménez de Iranzo, Fernando y Sancho Ibáñez de Santa María, Alvaro Ruiz Espejo, Fernando López de Heredia, Fernán Pérez, Abdid, Main Adaled, Iñigo López de Heredia, Sancho López de Osuño, Martín López de Heredia, Juan Fernández de Abdid. En 1315 Albarracín tuvo Aljama considerable. (De «Los mudéjares de Castilla».)

(3) En 1351 llamábase marqués de Tortosa y señor de Albarracín.—Zurita.



de uno y otro bando y eximió á los moros del trabajo de replantar las viñas arrasadas por los castellanos, por no obligarles á contravenir las leyes del *angélico* zancarrón, Mahoma. En 1411, D. Juan Ruiz de Moros se apoderó del castillo de Albarracín; en 1462 se publicaron los actos comunes de la Diputación.

Dos empresas grandiosas llevaron á éxito en España los católicos monarcas D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, empresas que asombraron al mundo, y al cristianismo llenó de santo regocijo: *la rendición de Granada y la expulsión de los judíos*.

Hecho grandioso el primero, que dió el golpe de muerte al musulismo; resolución atrevida el segundo, que quizá de emanar de otros reyes hubiera bastado para hacerles temblar en su trono y llevar la intranquilidad á sus Estados.

En el mismo Alcázar, donde poco ha era morada y mansión del moro, firmóse el decreto de expatriación de los judíos de España, de no convertirse al cristianismo en el tiempo de cuatro meses á contar desde su publicación.

El número de familias, según cálculos de historiadores, ascendía á 170 000, y sólo de Albarracín salieron más de cien, á quienes el señor de Santa Crocha (1), D. Juan López de Heredia, ofreció asilo en las cercanías de su castillo; mas, ante la prohibición del teniente de baile, bajo pena de confiscación de bienes, hubo de dejar á los judíos que siguieran el camino del destierro.

En Julio de 1514, el Rey Católico recibió los oficios de la ciudad. En 1526, el Emperador Carlos I dió un mandamiento ordenando á los moros de Aragón y Valencia su conversión al cristianismo bajo pena de expulsión: los de Aragón saldrían por el puerto de la Coruña en Galicia y los de Valencia por el de Fuenterrabía en Vizcaya; pero felizmente no fueron necesarias tales medidas: todos recibieron las Purificadoras aguas, consagrando en templos católicos las sinagogas de los judíos.

---

(1) Casó con D.<sup>a</sup> Leonor Sánchez, hija de D. Juan Ram, converso, condenado, que huyó á Venecia.



Igual conducta siguieron los moros de Albarracín á instancia de D. Juan Fernández de Heredia, hijo mayor del segundo conde de Fuentes.

Dominado Albarracín de un espíritu aristocrático en contraposición del monárquico y popular de las comunidades de Daroca, Calatayud y Teruel—resultado de sus contiendas, contra la Corona y de su apoyo al feuda'ismo,—halló eco en su escarpada sierra el funesto deseo del joven justicia de Aragón, D. Juan de Lanuza.

En 1689, las aldeas de Albarracín obtuvieron permiso para constituir municipios independientes de su matriz.

Pelipe V otorgó en 1708 el título de Comunidad á Albarracín, siendo sus pueblos: Bezas, Bronchales, Calomarde, Frías, Guadalaviar, Griegos, Tabaloyas, Mategoso, Monterde, Moscardón, Noguera, Orihuela, Pozondán, Ródenas, Saldon Teniente, Torres, Toriz, Valdecuenca, Vallecillo y Villar del Ebro.

Hechos varios cuenta la historia de Albarracín, así en la famosa epopeya de la Independencia, en la que demostró su patriotismo, como en la infausta guerra civil.

Hasta aquí mis apuntes sobre la historia civil de Albarracín, que mereció de D. Jaime II el título de ciudad, que gozó de la preeminencia de ser la quinta ciudad en el asiento de las Cortes y de los fueros de Sepúlveda, y que tuvo entre sus hijos varones ilustres. Sus armas son: la imagen de Santa María sentada en el trono, teniendo al Niño Dios en brazos, y los *palos* de Aragón.

### **Historia eclesiástica.**

Á los siete años de la Reconquista, creyendo Ruiz de Azagra que se seguiría gran provecho en lo espiritual y sería medio eficacísimo para evitar las continuas entradas y correrías de los moros la elevación de la villa de Albarracín á Sede episcopal, solicitó y obtuvo esta prerrogativa del Arzobispo de Toledo, Celebruno (1172), que la confirmó poco después el Cardenal Ignacio, luego Papa con el nombre de Celestino III.



El primer prelado consagrado por Celebruno fué D. Martín, bajo el título de *Arcabricense*, por estimar ser Albarracín de la antigua diócesis de Arcábrica: conocido su error, cambió por el de *Segobricense*, dada su proximidad á Segorbe, según escritura de Celebruno de 1.º de Marzo de la era MCCXIV, conservada en el archivo de la Santa Iglesia Primada. «Diligentiose autem inquisitione postea facta invenimus prædictam terram non esse Arcabricensi Diœcesi.»

Al Obispo Martín, fallecido en 1213, sucedieron: Hispano, maestro del Rey D. Jaime; Juan Gil (dudoso) 1222; Domingo, 1234; Guillermo, 1237; Gimeno, y Fr. Pedro Garcés, cisterciense. En 1245 D. Jaime *el Conquistador* entró en Segorbe, y Fr. Pedro, que le acompañaba, tomó posesión de la Silla, celebrando en uno de los arrabales de la ciudad el Santo Sacrificio de la Misa (1). Los de Segorbe reclamaron la independencia de su Sede, y si bien al principio les fué negada la petición por bula de Alejandro IV, firmada en Agnani á 18 de Marzo del quinto año de su pontificado, más tarde, en 1577, gobernando los Estados Felipe II, tomadas en consideración las reclamaciones de los de Segorbe, se le reconocieron sus privilegios y quedaron divididas ambas sedes por Gregorio XIII;

---

(1) En 7 de Septiembre de 1298, el concejo de Albarracín hace un acto, en el cual reconoce ser libres de toda pecha é imposición el Obispo y eclesiásticos.

En 14 de Julio de 1318, por bula de Juan XXII, se declara al obispado de Albarracín sufragáneo del arzobispado de Zaragoza.

El Obispo de Albarracín y Segorbe pretende en 1327 que su diócesis llega hasta Puzol, á tres horas de Valencia, comprendiendo 36 iglesias de este reino — *Zurita*.

«... lunes, á 16 de Mayo de 1519 don Gilabert Martí de Valencia Obispo de Segorbe y de Albarrazin entró en Teruel con muy solepne procecion que se traya el Corpus Xpi. de Albarrazin, y dexo entre dicha la ciudat por quanto en vna brega que se volvio entre los de la ciudat y los del Obispo mataron al costado del Obispo hun sobrino suyo llamado mosen Marradas capiscol de Segorbe in sacris y entendieron en matar al dicho Obispo: fueron los principales por quienes se volvio el ruydo Gil Perez Teyuela y sus hermanos, hijos de Fernan Perez Toyuela de Albarrazin y truxieron á enterrar al dicho capiscol a sant Francisco de Teruel.» — *Diario Turolense*. — *Gabriel Llabrés*. — Bol. R. A. de la Hist., t. XXVII.



desde esta época Albarracín tuvo preladados propios, siendo el primero Juan Trullo, que murió electo.

La diócesis de Albarracín tenía por límites al N. la de Zaragoza, al E. la de Teruel, al S. la de Segorbe y al O. las de Sigüenza y Cuenca. En el Concordato de 1851 fué suprimida la diócesis de Albarracín, quedando agregada á la de Teruel, cuyo prelado es su administrador apostólico.

### Sus monumentos.

Pocos son los restos de la perla conquistada por los Azagras y codiciada por reyes y emperadores, así moros como cristianos. Sus calles las forma, en parte, la dura peña sobre que se asienta la población. En la casa municipal está el escudo de la ciudad, ya descrito, y varios blasones se hallan desparramados por las casas, como en la solariega de Navarro que con ornamentación ojival ostenta su luna: *gloria vobis de decus pravis*. El Guadalaviar corre por el fondo de los barrancos que aparecen, salvadas que son dos macizas torres que sustentan una de las puertas de Albarracín. Los cimientos de las casas y de la catedral son de granito.

La catedral, dedicada al Salvador, es de una sola nave, de orden compuesto, con cuatro capillas á sus lados. En el claustro está la antiquísima parroquia de Santa María.

Muros y torreones en ruinas, como los de la célebre torre del *Andador*, recuerdan la importancia de esta ciudad como fortaleza y baluarte que llegó á considerarse inexpugnable.

Hoy Albarracín, para enseñanza de sus glorias, para memoria de su poderío, para testimonio de su independencia, para prueba de su valor y de su lealtad en edades pasadas, debía levantar colosal estatua á la tradición, figurada por venerable anciano, de rostro curtido y facciones nobles, que mostrase á un pequeñuelo áureo libro con la historia de sus abuelos, sus hazañas y sus heroísmos.

PEDRO GASCÓN DE GOTÓR.

C. de la Real Academia de la Historia.

Madrid.



## MISIÓN DE ROMA EN LA ANTIGÜEDAD <sup>(1)</sup>

---

Antes de Roma el mundo antiguo podía dividirse en dos partes: el Oriente y la Grecia. En el Oriente gobernaban las teocracias ó los guerreros, y en Grecia las democracias ó los tribunales. Alejandro, sin embargo de fundar á Alejandría, que guardaba en su seno elementos orientales y helenos, no consiguió sintetizarlos completamente.

Roma cumplió esta misión. Ella tenía el monte Palatino, símbolo de la aristocracia, y el Aventino, símbolo de la democracia; la raza etrusca, oriental, y la latina, occidental; Rómulo, que representaba el gobierno de las clases privilegiadas, y Servio Tulio, que fué el defensor del pueblo; Lucrecia, que era el orgullo de los patricios, y Virginia la gloria de los plebeyos.

En los primeros tiempos de Roma el patricio era como el sacerdote oriental, su casa parecía un templo, su mujer y sus hijos sirvientes, y sus esclavos, no hombres, sino cosas. Cuando se pensaba que el mundo oriental se había trasladado á Roma y que la idea de las castas bullía en la mente de algunos patricios, luchó el pueblo con la aristocracia, y de esta lucha salió la libertad y el progreso, porque tanto la libertad como el progreso necesitan, para vivir, del combate de elementos encontrados y opuestos.—¿Cómo el pueblo romano, sometido y sin derechos, entró á tomar parte en la vida pública?—Por el medio económico. Los patricios tenían necesidad de luchar para que Roma continuara su vida y realizara su destino; pero como ellos entendían más de lo político que de lo militar, confiaban á los plebeyos los asuntos de la guerra y les prestaban dinero con la condición de cobrarlo

---

(1) Este artículo se publicó en el periódico *La Libertad*, de Valladolid, correspondiente al 28 de Junio de 1886.



luego del botín. Estas deudas se fueron acumulando, y el pueblo, después de sentir la cadena en sus manos y el grillete en sus pies, para levantarse á la noción del derecho y de la justicia, protestó enérgicamente y se retiró al Aventino. Aunque el ciego Agrippa se presentó á los plebeyos y les contó el conocido apólogo, sólo descendieron por medio de un pacto solemne: el perdón de las deudas y la creación de los *tribunos* y *ediles*. Más tarde consiguieron la cuestura, la pretura y el consulado, y modificaron el *connubium*.

La revolución romana, como ya hemos dicho, debía ser social. Y con efecto, en el seno de aquella sociedad había una protesta latente contra la organización económica, protesta que tuvo su representante en Spurio Casio, primer mártir de aquella gran idea. Vencido Anníbal en los campos de Cannas y destruída Cartago, Tiberio Graco, hijo de Cornelia (1), hombre de un natural excelente y de buen corazón, se presentó candidato en las elecciones tribunicias. Su pensamiento era justo, pues intentaba hacer partícipe al pueblo de las tierras del dominio público, *ager publicus*. Tiberio hizo lo que todos los reformadores, cuando no tienen conciencia de su fuerza: extremó su idea y llegó hasta declarar la guerra á los grandes propietarios. Imprudencia tan grande fué la causa de su desgracia, porque los pueblos en su instinto maravilloso, así como entre la anarquía y la dictadura optan por ésta, del mismo modo entre la negación de la libertad y de la propiedad prefieren la primera. Además, Tiberio hizo que Marco Octavio, el otro colega, fuese arrojado del banco de los tribunos porque se oponía á sus proyectos, y entonces la ley agraria se votó por aclamación y fué saludada con gran entusiasmo. En las nuevas elecciones de tribunos, Tiberio tuvo fuerte oposición y apeló en su ira á todos los medios lícitos é ilícitos; pero fué atacado, vencido y cayó al bajar la rampa del Capitolio, quedando tendido en medio de sus partidarios, al lado del templo de la «Fidelidad» y á los pies de las estatuas de los siete reyes de Roma. Los cadáveres fueron arrojados al Tíber. Cayo Graco tenía más talento, más inteligencia política y más carácter que su her-

(1) Cornelia era hija de Escipión, el vencedor de Zama.



mano. Era el orador más elocuente que había levantado su voz en el «Forum» romano, y las masas se sentían arrastradas por el huracán de su oratoria. «Creo como tú, le escribía su madre, que nada hay más dulce ni más grande que la venganza; pero á condición de que la república no sufra por ello el más leve daño. No siendo así, que vivan nuestros enemigos por muchos años; que continúen siendo lo que son, antes que hacer que la patria se derrumbe y perezca» (1). Cayo Graco se precipitó con más rapidez en defensa de las mismas ideas enunciadas por su hermano, y además presentó otros proyectos que formaban una nueva constitución. El Senado, que vió en él un enemigo terrible, determinó perderlo, y lo hizo exagerando el pensamiento del tribuno, medio muy usado en las revoluciones y cuyas consecuencias han sido favorables á sus autores. El tribuno Marco Livio, apoyado por el Senado y la aristocracia, superó á Cayo Graco en el camino de otorgar larguezas á la muchedumbre y las leyes *Livias* fueron ratificadas con gran contentamiento y alegría. En las nuevas elecciones de Graco para un tercer tribunado, el pueblo inconstante no le prestó sus sufragios. Salió de su cargo el 10 de Diciembre del año 632, y Lucio Opimio, enemigo mortal de la democracia, tomó posesión del consulado el 1.º de Enero del año 633. Lucio Opimio, el Senado y la aristocracia atacaron el Aventino, donde permanecía la democracia capitaneada por Cayo Graco y Marco Flacco, asaltaron con bravura la colina y dispersaron las masas. Flacco fué asesinado mientras Graco logró ganar la orilla derecha del río Tíber, siendo muerto en el bosque sagrado de las Furias. El cónsul publicó que el que presentase la cabeza de Flacco ó de Graco recibiría igual peso de oro de la Hacienda pública. Á los asesinos del primero no se les dió ninguna cantidad; pero Lucio Septimuleyo, que llevó la del segundo, obtuvo la recompensa prometida. «Así perecía, dice Mirabeau, el último Graco á mano de los patricios; pero dando el golpe mortal, lanzó polvo al cielo, y de aquel polvo nació Mario; Mario, no tan grande por haber ex-

---

(1) Corn. Nep. *Fragm.*, pág. 305.



terminado á los cimbros, cuanto por haber abatido en Roma la aristocracia de la nobleza.»

Es un error pensar que las ideas mueren con los hombres que las representan, y estudiando la historia de las revoluciones se aprende que el hombre es lo accidental y que la idea es lo esencial y lo que nunca muere. Las ideas de los Gracos las representará el general Mario, hombre que no tenía el talento de aquéllos, pero sí más prestigio. Él venció á los númidas en Africa é hizo su entrada en Roma llevando delante de su carro triunfal, cargados de cadenas, á Yugurta y á sus dos hijos; él triunfó de esas razas del Norte, de los teutones y cimbrios, de los teutones que se dejaban exterminar antes de ser vencidos, y cuyas mujeres se hacían matar en los carros después de lucha desesperada, ó ya cautivas, cuando habían suplicado en vano al vencedor que las consagrara al culto de los dioses y de las vírgenes sagradas de Vesta, se suicidaban (1); de los cimbrios, que fueron casi aniquilados en el campo Rudico. Estas victorias hicieron á Mario el primer hombre de Roma. ¡Quién había de creer que militar tan ilustre iba á verse pronto perseguido, desterrado, recluso en Africa y paseándose como un tigre sobre las ruinas de Cartago! Es verdad que Mario no era político, que tenía el instinto pero no las ideas del pueblo y que en épocas decisivas se cruzó de brazos y vió impasible la persecución de sus partidarios. Fué vencido por Silla, su lugarteniente en las guerras pasadas, por Silla que, si conquistó á Grecia, fué siguiendo la ley del destino que puso la espada en sus manos, porque este pueblo era como un enfermo devorado por continua fiebre; por Silla, que penetró en el Asia más bien como triunfador que como guerrero, y que engañó, más bien que venció, á Mitrídates.

Era Silla más político; intrigaba y dividía; vencedor, mandaba con imperio; vencido, se arrastraba miserablemente bajo los vencedores, y criminal, se retiraba de Roma como si no tuviera participación en las horribles proscripciones ejecutadas por sus sicarios. Cuéntase que hallándose un día en el Senado oyó el clamoreo de ocho mil marianistas que había mandado

---

(1) Mommsen, *Hist. de Roma*, tomo V, pág. 286.



degollar, y como se sobrecogiesen los senadores dijo: «Tranquilizaos, no es nada.» Murió víctima de asquerosa enfermedad, exhalando su cadáver mefíticos olores, como si fuera el de la podrida aristocracia romana que tanto tiempo habían monopolizado el poder y el gobierno del mundo.

A los aristócratas sucedieron los caballeros con gran influencia y prestigio, á la clase elevada la clase media representada por un hombre que ha llenado la historia, ecléctico en filosofía, gran orador, transigente en política y de vida dudosa en el hogar de la familia. ¿Por qué Marco Tulio Cicerón, el adulador de Silla, de Pompeyo y de César, el amigo de los demócratas, de los caballeros y de los aristócratas, el que, como dice Mommsen, era bien conocido por nadar siempre entre dos aguas, consiguió ser elegido cónsul en contra de Catilina, que era el continuador de los Gracos y de Mario y el representante de la idea social? Es verdad que Catilina en su vida privada sintetizaba todos los vicios, pero el grandilocuente Cicerón y el historiador Salustio no tenían derecho á llenar de lodo su nombre. Si es cierto que el revolucionario se convirtió en demagogo, supo morir por su idea en los campos de Pistoia que él ha inmortalizado, con la cara al enemigo, con los ojos relampagueantes, con los labios agitados y como desafiando á la lucha á toda Roma.

La idea social vivirá todavía en Roma, siendo César su gran personificación. ¡Qué genio tan extraordinario! César es un hombre único en la historia. Escribía versos y mostraba gran interés por las ciencias astronómicas y naturales. Era un hombre de Estado en toda la extensión de la palabra. Como historiador superaba á Tito Livio, como político á los Gracos, y como orador era más natural que Cicerón. Como guerrero no tiene rival en la antigüedad, ni en los tiempos medios, ni en la edad moderna. Después de haber dado paz á Roma, después de haber abierto las puertas de la patria á los desterrados y las del Senado á muchos proscriptos, después que las provincias entraron á participar de las franquicias municipales de las ciudades italianas, y después de la sabia organización del Imperio, los aristócratas, en nombre de la república, se arrojaron sobre él en el Senado y le dieron 23 puñaladas. César cu-



brió su rostro con la toga y cayó al pie de la estatua de Pompeyo. «La cosa, exclama Cicerón, ha sido valerosamente ejecutada, pero es un verdadero propósito de niños. ¿A quién puede ocultarse que deja un heredero de su monarquía?»

Su herencia fué recogida por su sobrino Augusto y por su teniente Antonio. El primero se quedó en Occidente y el segundo marchó al Oriente, donde una hermosa y seductora mujer llamada Cleopatra ató en las redes de su amor al antiguo soldado de César. Cleopatra intentó volver á Antonio contra Roma, pero la egipcia y el romano fueron vencidos por Augusto en el memorable combate naval de *Actium*. Verificada ya la unión del Occidente y del Oriente, el mundo se hallaba preparado para recibir la doctrina de Jesucristo.

JUAN ORTEGA RUBIO.



# LITERATURA RUSA

---

## ANTÓN TCHEKHOFF

En este momento, de todos los escritores rusos el que está más en boga hoy es Antón Tchekhoff. Ha conseguido elevarse por cima del público ruso, por cima de Korolenko, y ni la nueva fama de Gorky ha sido parte á medrarle un ápice de su gloria. Korolenko, Tchekhoff, Gorky, cada uno de los nombres de esta trilogía constituye un símbolo de los diferentes estados del alma por los que ha pasado la sociedad rusa de veinte años á esta parte, esto es, desde la reacción imaginada por el Czar Alejandro III, bajo la influencia de Pobedomosteff.

Korolenko representa la confianza en el porvenir donde se realizarán sus ideales intactos, á pesar de todas las violencias. Tchekhoff es, por el contrario, el hombre contemporáneo y desencantado, que no tiene ideal, que se ríe de los sueños, que se compadece de los idealistas, á quienes confunde con los necios ó con los locos.

Gorky representa, por el contrario, el ardor de las fuerzas nuevas, surgiendo impacientes por el combate, que esperan, que evocan... después de la larga postración que ha precedido á su nacimiento y que había hallado su expresión literaria en la obra de Antón Tchekhoff.

### I

Es un hombre muy feliz Antón Tchekhoff, puesto que no tiene historia ó al menos se cuenta en pocas palabras. Nacido en 1860, hizo sus estudios en el colegio de Taganrog, des-



pués pasó á la Universidad de Moscou, en la que fué recibido de doctor en medicina. Estudiante, subvenía á las necesidades de su juventud miserable colaborando en periódicos humorísticos. Ejerció después de médico, hasta que, fatigado de curar hombres, para librar á su mortal envoltura del pase á otro mundo mejor, se lanzó á las letras. Su primera obra fué un cuento intitulado *Estepa*. Era la descripción perfecta, la pintura exacta de un paisaje ruso: una tierra cubierta de hierba, arriba, un cielo oscuro, en medio de la inmensa planicie, hombres; en fin, *una estepa*. El cuento fué bien acogido porque era en efecto notable, merced á las personalísimas cualidades de la descripción. Siguiéronle otras novelas y muchos sainetes, los cuales, con su alegría diabólica y franca, contribuyeron quizá, mejor que los cuentos, á hacer conocido del público el nombre de Tchekhoff. Pero en 1889 se pasó al drama é hizo representar en San Petersburgo uno titulado *Ivanov*, que tuvo bien pronto, si no éxito, al menos una considerable resonancia. Esta composición fué vivamente discutida, no sólo por los críticos, sino también por los publicistas, y, desde este momento, Tchekhoff ocupa un lugar preeminente en la literatura rusa. Ivanov es el nombre de un miembro del *zemstvo*— uno de los consejos generales—investidos por Alejandro II con prerrogativas de *self-government*, que servía al principio de contrapeso al absolutismo del poder central. Los hombres más eminentes de cada provincia entraron en estos consejos para estudiar *de visu* las necesidades del pueblo y para organizar en lo posible la vida en conformidad con las necesidades. La juventud universitaria—médicos, maestros de escuela, ingenieros agrónomos—se consagró a la ruda tarea de elevar el nivel intelectual del pueblo y mejorar las condiciones materiales de su existencia. Bien pronto se advirtió en las esferas gubernamentales que los consejos no eran, en resumen, otra cosa que planteles de sentimientos opositoristas de los jardines del radicalismo, por decirlo así. Esta oposición no se manifestaba abiertamente, pero se aprovechaba en todas las circunstancias. Por ejemplo, las estadísticas de *zemstvos*, basadas en rigurosos métodos científicos y formadas por hombres instruídos, constituían un



*mentis* perpetuo á los relatos de los prefectos que atestiguan invariablemente la más perfecta felicidad en sus departamentos y que lo probaban con cifras fantásticas. Los *zemstvos* se pusieron pronto en antagonismo con los agentes del poder, y, finalmente, bajo el dominio de Alejandro III se vieron privados de la mayor parte de sus prerrogativas y casi subordinados á los prefectos. Esta pequeña excursión al derecho administrativo ruso es necesaria para hacer comprender al lector la personalidad de Ivanov y la sensación que causó el drama de este nombre. Ivanov era un liberal, un enemigo del gobierno, un miembro del *zemstvo*, en una palabra, un hombre político. Se había casado con una judía, que le amaba por la nobleza de su alma y que había visto en él un luchador, un paladín de la justicia, un hombre superior. Antes que escribiese el drama Tchekhoff, Sarah (éste es el nombre de la mujer de Ivanov) era feliz con su esposo, Ivanov era feliz con Sara: estaba contento de su vida, amante de su trabajo al que se dedicaba «acostándose al alba». Bruscamente, toda esta armonía se rompe. ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Misterio! Hallamos, al correrse el telón, un Ivanov violentamente desencantado, neurasténico, débil, incapaz del menor esfuerzo. Su trabajo le es odioso, la presencia de su esposa, con quien se había casado no tanto por amor como por vanidad de liberal, le es pesada: la hace víctima de la ira que lo devora sin cesar, sordamente, y descarga sobre ella sus cóleras. Un día le arroja al rostro un ¡*perra judía!* y le declara que está corroída por la tisis y que morirá bien pronto: ¡el médico se lo había dicho! En una palabra, es un hombre que, de amable y generoso que había sido, se hace grosero y cruel. En torno de Ivanov y su mujer se agitan *provincianos* repugnantes: la acción pasa en una provincia apartada. Gentes estúpidas, malas, de cerebros vacíos, de un egoísmo primitivo, pasan por la escena como sombras de una pesadilla. Hay, sin embargo, una joven que parece feliz, excepción en este barullo. Aun cuando vive su mujer, Ivanov, que sentía ya la influencia de esta joven, que colabora con él en una novela, quiere al fin unirse á ella en matrimonio; mas en la noche de novios, desconcertado por completo, se salta la tapa de los sesos. Este



drama, que es solamente una curiosa y excelente pintura de la vida provinciana en Rusia y nada más, provocó vivas discusiones. *Ivanov* se captó las simpatías del público. Se le pusieron por defectos sus desilusiones, su pereza, su apatía por el trabajo, su falta de resistencia, su poca energía: se le echó en cara, sobre todo, el haber desertado de su puesto de combate en la más popular de las circunstancias políticas, en el momento mismo en que la reacción se cernía sobre ella, y el haber desconocido por su desastrosa retirada la generación entusiasta y fuerte del pasado: en una palabra, se le reprocharon un cúmulo de cosas. Hubo, sin embargo, discursos amargos y duros á la destreza del autor, que tal personaje había creado. En una palabra, *Ivanov* fué una obra sensacional. Estas imprecaciones y estos gritos, verdaderos gritos de dolor, probaban que Tchekhoff había tocado un punto doloroso de la conciencia social rusa. Lo que sobre todo hirió á los que eran afectados por la mina de su ideal, que este drama representaba, lo que ha hecho sufrir muchísimo, es que esta ruina había sido descrita por el autor sin sombra alguna de sentimiento personal, como hombre que no tiene ni respeto ni enemistad á un ideal, á que es completamente extraño: como hombre frío, ó más bien, indiferente á todo. Pero es cierto también que este ruido y estas discusiones no se hubieran producido si la composición no llevase en sí las huellas de un gran talento. En efecto, *Ivanov* está escrito con arte y es, hasta cierto punto, *desconsolador* de puro realismo. La pintura es tan exacta en su sencillez, que en seguida se persuade uno de que aquello es un rincón de la vida real, de la vida diaria, tal como la vivimos. Generalmente, los novelistas ó dramaturgos, para hacer los caracteres de sus personajes más comprensibles al público, condensan su pintura, concentran la expresión de las imágenes, hacen como los pintores que rodean las figuras de sus cuadros con una profunda línea sombría, á fin de que resalten en el marco de un modo brillante. En Tchekhoff no hay ninguno de estos artificios: el método es sobrio en extremo. Muy frecuentemente, bosqueja más que pinta é insinúa más que explica. Pero si su dibujo es sumario, es, en cambio, casi siempre exacto, hasta



el último grado posible. Cada detalle atrae, cada línea es segura, cada rasgo arrastra con tal fuerza que parece obra del cálculo. Dotado del sentido extraordinario de la realidad, Tchekhoff, cuando no falsea, á ciencia cierta, las cosas reales, da un cuadro de la vida de impecable verdad, y que podría ser desconsolador si se supiese que inspiró al autor inquietud ó emoción. Pero esto no sucede, no sucede jamás. Y si, *servatis servandis*, Tchekhoff llega á tener, como quieren algunos escritores rusos que no se paran en analogías, alguna semejanza con Tolstoi y con Maupassant, habrá siempre entre estos escritores y Tchekhoff una diferencia fundamental, un abismo infranqueable para este último: que Tchekhoff no tiene por la humanidad la ardiente pasión de Tolstoi, ni la secreta desesperación refugiada en el fondo del alma de que está formada la energía y belleza del talento trágico Maupassant.

## II

La vida no dice á Tchekhoff nada de nuevo. No es que sea pesimista. Se diría que escribe con la sonrisa en los labios. Pero el espectáculo de los necios, de los perversos, de los canallas de toda especie, que contempla en torno suyo, no tiene nada de *confortante* y hay en Tchekhoff precisamente una propensión muy marcada á la pintura de los rasgos ruines del hombre. Más valia que fuese pesimista. Á pesar de lo verídicos que sean los autores, á pesar de nuestra propia experiencia, nos inclinamos á ver en el hombre, bajo un exterior de los más repugnantes, una ciencia ideal. Y cuando un escritor pesimista nos lo representa completamente privado de esta ciencia, hallamos y deseamos hallar en el mismo pesimismo del autor un mentís á su tesis, que es á no dudar demasiado incondicional. Es un sentimiento ilógico que nace en nosotros, sentimiento invencible por ser *humano*. ¡Es tan humillante vivir entre las bestias! Pues bien, con Tchekhoff esta ilusión, quizá la más rebelde de todas, la más profundamente arraigada en nosotros, se disipa como el humo del cigarro. Ni el velo



del sentimiento, ni el soplo del lirismo, atenúan en él la implacable nitidez del cuadro que le presenta la humanidad, como una aglomeración ruidosa de criaturas estúpidas, incapaces, ridículas, perezosas, indolentes, mezquinamente egoístas. ¡Infelices, despreciablemente infelices, porque, desprovistas de inteligencia, de voluntad, de fuertes deseos, de imaginación, de toda tendencia algo elevada, son ineptas para crearse la felicidad! Son tan insignificantes estas bestias y malas hembras, que comúnmente se llaman hombres y mujeres, que no sirve que se les atienda ó que se les desprecie, que se les compadezca ó que se les sufra: sus idilios son estúpidos, sus dramas repugnantes. Y Tchekhoff, indiferente, se limita á trasladar á su lienzo lo que ve, excepto para perfeccionar su personaje, cuando el corazón se lo dicta, con un rasgo de ironía tranquila, pero atroz. Ahí va un ejemplo sacado de otra de sus obras. Un radical de provincia, casado, pero disgustado con su mujer, ha hallado el medio de hacerse amar, á pesar de sus cuarenta y tres años, de una joven de veinte abriles, hermosa, inteligente y buena. Élla abandona la casa paterna y va á habitar una casa vecina á la de su amante. El hermano de la joven, que es al mismo tiempo el amigo del seductor, hace ensillar su caballo y parte, con terroríficos proyectos de venganza, en persecución de su buen compañero. Los encuentra á los dos en el camino. Bien pronto el amigo le toma por su cuenta, le hace bajar del caballo, le pronuncia discursos afectuosos, le acoge casi en estos términos: «Tú venías á desearnos felicidad, ¿no es eso? Sí; sé que tú eres con nosotros en corazón y en espíritu, etc.» El otro comprende que ni lo puede matar, ni aun abofetearlo, como era su primera intención. Ante este fárrago tan insípido, como propio de un amigo, pierde todas las energías y se pone en marcha al lado de la pareja feliz, en tanto que su amigo continúa: «Tú sabes que ayer hemos pasado una tarde deliciosa leyendo revistas: un artículo sobre los campesinos que no tienen fincas nos ha gustado mucho. No pude menos de escribir al autor estas dos palabras: «gracias por vuestro artículo». ¿Qué es esto sino un cúmulo de tonterías y en el que no puede admirarse otra cosa que la flojedad del hermano y la estu-



pidez inenarrable del amigo? Pues la mayor parte de los héroes de Tchekhoff son por el mismo estilo, y esta descripción en que el alma humana se ofrece á nuestros ojos en completa desnudez, es más cruel mil veces que la sátira envenenada, porque nada hay — ni cólera, ni desprecio, ni vergüenza, — nada que haciéndonos sufrir con nuestros defectos y debilidades nos reconcilie, sin embaago, con nosotros mismos.

## III

Sin embargo, la humanidad no está compuesta solo de necios y ruines. Hay en el Océano inconmensurable de la necedad y banalidad como islas de hombres de otras cualidades. Tchekhoff lo sabe, pero parece no creer en ello. En efecto, según él, un hombre que se educa es solamente uno que está por encima del vulgo. Ya le hemos visto en *Ivanov*, lo vemos en otro drama, *La medida*, así como en muchas de sus novelas, las más notables las cuales me será permitido analizar aquí. Un profesor de medicina, cargado de condecoraciones y de fama, antiguo amigo ó amigo de muchos eminentes personajes, miembro de mil y una academias y sociedades científicas, en fin, una gran celebridad, comprende un día que no le quedan apenas seis meses de vida. Para distraerse en los momentos de ocio, escribe una especie de diario íntimo. Este gran sabio, este ser excepcional, este hombre glorioso para los otros, pero muy inepto para sí mismo, advierte al borde de la tumba que su vida tan trabajosa y reflexiva es una vida inútil. ¿Por qué? No lo sabemos fijamente. El sabio, cuando está muy enfermo, divide su tiempo entre sus visitas, las recepciones de colegas y estudiantes, sus libros y su familia, que casi no ve más que en la mesa. En suma, su vida es una *historia fastidiosa*: éste es el título de la maravillosa novela. La mujer del sabio, y su hija son unos seres cualesquiera. El viejo profesor se siente mal en el descanso de su propia casa, y cuando la familia se halla sentada á la mesa, se muestra nervioso, ceñudo, susceptible. El futuro de su hija toma en todas las discusiones la defensa del sabio;



pero lo hace con un aire de indulgencia y de superioridad tales, que parece decir que no hay que contrariar nunca á un hombre célebre en camino de ser *gaga*. El sabio entonces le mira con desprecio. «Sucede á veces, piensa, que un águila cae más abajo de donde están las gallinas; pero nunca sucederá que una gallina suba hasta las nubes.» Sólo la presencia de Catalina, joven educada por el profesor, al que su padre la había confiado en víspera de muerte, da un poco de alegría á la existencia del viejo. Catalina advirtió un día que había nacido para actriz. Como tenía fortuna y su tutor no se opuso á sus deseos, partió á provincias para ensayarse en el teatro. Sus primeras cartas estaban llenas de entusiasmo: el arte, los *debuts* con buen éxito, etc. Después tomaron otro aspecto: ha encontrado un actor tan bello, tan bueno, de dotes tan extraordinarias, etc. Luego, cambiaron: Catalina habla del arte con mucho menos entusiasmo que antes, casi con desprecio: además ellos, los actores, son gentes mal educadas, la han explotado, le han hecho traición. En fin, de repente cesan las cartas. Cuando vuelve después de una larga ausencia, ya no es la misma. Catalina tenía antes ilusiones que ahora ha perdido, tenía también un hijo que ha muerto. Otro desengaño: creía en su vocación para el teatro y carecía de talento. He aquí ahora *El relato de un desconocido* que algunos consideran como la obra maestra de Tchekhoff, y que en todo caso es el estudio más conmovedor de este hombre ordinariamente impasible y frío. Un cierto Orlov, hijo de un hombre de Estado, célebre, alto funcionario él, á pesar de su juventud relativa tiene un ayuda de cámara el cual nos dice que es un revolucionario encubierto que entró al servicio de Orlov con la esperanza de hallar quizá en el escritorio de su amo cartas, palabras del padre de éste, alguna indicación útil para la «causa» de la que el padre de Orlov es á la vez el enemigo más diestro y avisado. Jamás encontró nada. Un día Orlov padre, el hombre de Estado que acaba de ver á su hijo para negocios, llega en su ausencia. Se sienta en su escritorio y le escribe una carta volviendo la espalda al ayuda de cámara. Éste se da cuenta de que hay una ocasión inesperada, única, de suprimir el terrible é implacable enemigo de su causa



que sería muy fácil introducirle en la nuca una bala de revólver, ó hundirle la hoja de una navaja. ¿Por qué duda el ayuda de cámara? ¿Qué es lo que le impide realizar su deseo? ¿Por qué siente que algo que él creía vivo está muerto en él? El viejo ha terminado su carta: «Darás esto á mi hijo cuando venga», dice al ayuda de cámara y después se va tranquilamente. El ayuda no tiene nada que hacer en la casa: acababa de convencerse de que era impotente, débil, porque ya no tenía fe en su «causa». Necesita, pues, marcharse: su oficio ha terminado lastimosamente, pero ha terminado. He ahí tres hombres de distintas cualidades: todos son débiles; á su lado vemos mujeres jóvenes, bellas, simpáticas; también hacen una vida *arrastrada*. ¿Por qué? Para las mujeres la respuesta no es difícil: porque un amor mal entendido es el que las ha hecho irreparablemente desgraciadas. Pero ¿y los hombres? Tchekhoff parece insinuar que es el contacto con la banalidad reinante que, á la larga, ha agotado sus energías y viciado su fe. Serían, pues, las águilas que caían más abajo de donde están las gallinas. Pero no se puede admitir esta explicación si se examinan más de cerca los caracteres de los héroes de Tchekhoff. Si, en efecto, analizamos al anciano profesor por ejemplo, vémosle pasar su vida ó parte de su vida entre la vulgaridad y la estupidez. Es cierto, por una parte, él mismo lo dice, que en el transcurso de sesenta y dos años se ha considerado perfectamente dichoso, amado de sus discípulos, estimado de sus colegas, admirado por todo el mundo. Es que los sentimientos en la última época de su vida, han cambiado, no se sabe por qué, bruscamente. Si, pues, la banalidad y necedad ocupaban lugar en su inteligencia y en su corazón, lo hubieran ocupado después. Tchekhoff nos presenta luego á un revolucionario que ha perdido la fe. Pero ¿esto significa que entre los revolucionarios rusos no hay más que luchadores impotentes para el esfuerzo, como este *incógnito* que, hoy desencantado, mañana arrepentido, acabará por ser un renegado? Se comprende bien que si Tchekhoff hubiese querido describir un gladiador sucumbiendo en pleno combate, no contra la banalidad, sino contra la barbarie de la vida política en Rusia, encontrara grandes obstáculos. Pero existen otros luchadores



que, vencidos, no pierden sus esperanzas y sus sueños venturosos del porvenir. Si Tchekhoff no ha representado un revolucionario, de esta clase, no sólo es porque la censura lo impide, sino sobre todo porque él no podía. Con esto llegamos á un rasgo extremadamente curioso del temperamento artístico de Tchekhoff. No sabe pintar las cosas bellas y fuertes. Está dotado de una especie de *daltonismo* moral que no le deja observar en el mundo más que los aspectos malos: es verdad que los distingue con prontitud extraordinaria. ¿Habéis visto alguna vez un eclipse de sol? Sí; pues habréis notado que en cuanto el astro se oculta, torna la tierra á su excelente aspecto. La atmósfera, hecha ya muy trasparente, deja ver en un crepúsculo extraño los contornos de los objetos mucho más claramente que con la luz del sol. Sólo que todo está del mismo color sombrío y gris y la claridad misma os desconcierta y os causa alguna inquietud. Es que estamos habituados al sol, á la luz, á las *ofuscaciones* de la vista, á las ilusiones que producen, y que en el fondo constituyen una parte integral de nuestra realidad. Cuando se pone el sol tras el horizonte, hace largo tiempo, se nos dice que ha desaparecido. ¿Qué nos importa? Para nosotros siempre está allí, aún nos alumbra. No podríamos vivir en un cuadro cinematográfico, en que todo es real y verdadero, figuras, objetos, movimientos, y en que, sin embargo, todo es falso, puesto que le falta el calor del sol, de este padre de las ilusiones, que son nuestra realidad. Pues bien, Tchekhoff no tiene el sentido de esa luz, de esas ilusiones. Vé demasiado claras las cosas, y es porque siempre las vé grises. No hallaréis en Tchekhoff la pintura de un amor feliz, de un amor compuesto de ilusiones. Sin embargo, este amor y esta felicidad existen. Sólo que, cuando se pierden las ilusiones, cuando se ha extraviado de ellas la cruda y gris realidad, aparece Tchekhoff. Nos presenta el amor, primero interrumpido, después despreciado, y parece decir con desdeñoso encogimiento de espaldas, que si sus heroínas no hubiesen tenido ilusiones inexcusables, hubiesen sido más felices. No hallaréis, además, en Tchekhoff la pintura de sentimientos fuertes y enérgicos, de aspiraciones generosas, de pasiones atractivas, de acciones insignes. Estas cosas son productos de ilusiones, esto es, *algo*,



para Tchekhoff, que revela un estado anormal del alma y que, por consiguiente, debe más tarde ó más temprano degenerar, ya en neurastenia, ya en locura declarada. Cuando se verifica esta transformación, llega el autor y nos dice su resultado. He aquí la silueta de un revolucionario que, queriendo servir á la humanidad (lo cual no es un sentimiento natural, normal), ha gastado sus fuerzas: he aquí el paradero de toda una teoría de locos, que *han sido* hombres generosos, y que, por consiguiente, han llegado á la demencia. (*Sala núm. 6. El fraile Negro, etc.*) Y siempre sucede así, en vano se buscaría en la obra de Tchekhoff la imagen de un hombre de alma enérgica, de una mujer radiante de felicidad. Gentes de banalidad aterradora, todos arrastran una existencia de indecible estupidez ó de desesperante monotonía.

## IV

Hay en Tchekhoff de todo un poco, manera de agradar á todo el mundo. Los unos aprecian sus sainetes y *Cuentos mezclados* que, llenos de alegría, han debido, por consiguiente, hallar una acogida del público tanto más favorable cuanto que el alma rusa es en el fondo melancólica. Otros saludan en el nuevo autor á un enterrador de la severa ética de los grandes escritores del siglo pasado, de los Tchernycherski, Pimsescki Dolvoluvov y Miklaitowski, que han imitado en su imagen sublime generaciones enteras dedicadas á la causa del pueblo ruso, generaciones de *visionarios* que afrontaban sin temor la cárcel y el patíbulo y que jamás han arrastrado por el fango y el polvo en que viven las gallinas sus orgullosas alas de águila. Largo tiempo hacía ya que esta ética molestaba á algunos. Tchekhoff les ha dado la seguridad de que los sentimientos llamados nobles y desinteresados provienen únicamente de un estado mórbido del alma que determina la locura, que los esfuerzos, por poderosos que sean, intentados para destruir lo que se llama injusticia, para colocar en su lugar la libertad, no destruyen más que al insensato que los pone en práctica. En fin, muchos han visto en Tchekhoff un artista



notable que hace sus trabajos con un realismo fuera de lugar. Creo que en medio de esta gloria, de estas aclamaciones que de todas partes le tributan, Tchekhoff debe estar más de una vez dominado por la tristeza. Porque, al fin, si su vida defectuosa no le deja ver más que el aspecto sombrío, no ignora que la existencia posee un aspecto más digno de observación: si no le gusta otra descripción que la de la estulticia, no por eso deja de saber que hay hombres que están muchos codos por cima de ella. Si entre estos últimos nunca ha querido escoger como modelos sino los que han caído miserablemente, sabe muy bien que éstos no son, ni con mucho, la regla general. Tampoco ignora que nuestras ilusiones son las que más amamos, y su pérdida la que más amargamente lloremos. El que jamás las ha tenido, el que nunca ha soñado, el que de muy pobre asciende á los cuarenta años á poseedor de una buena fortuna, ha debido afirmar en realidad que, á pesar de su éxito y de su rápida gloria, tuvo una de las existencias más pésimas. No ha estado agitada por pasión alguna, animada por ninguna sonrisa, acariciada por rayo alguno de luz. Sin el talento que el Destino le prodigara, su existencia hubiera sido tan banal, si no más aún, que las que él describe con verdadera maestría á veces. Sea de ello lo que quiera, el caso es que desde hace tres ó cuatro años parece notarse en los cuentos y dramas de Tchekhoff algún acento de melancolía. Esta nueva tendencia se ha manifestado por primera vez en *Los moujiks*, ese cuento original que tanto éxito tuvo en Rusia y afianzó definitivamente el renombre del autor. Pinta en él Tchekhoff la miseria del campesino con su calma y justicia acostumbradas. Es una descripción que da miedo, porque no se trata en esta novela de la estupidez, sino de la miseria. No es inútil decir que otro artista había hecho una descripción análoga, pero más terrible, de la vida del labrador: Rechetnikoff, el autor olvidado de *Podliportzy*. Aunque Tchekhoff se ha impregnado sensiblemente en sus *Moujiks* del realismo crudo y como *decarnado* de Rechetnikoff, hay entre los dos escritores una gran diferencia. Rechetnikoff había escrito su novela bajo la influencia de un sentimiento de compasión hacia el pueblo, en tanto que Tchekhoff lo hace



con el espanto y horror que denuncian á un aristócrata de nuevo cuño que había olvidado su humilde origen. Sin embargo (y éste es un mérito respetable y habitual en los escritores rusos), ha demostrado, de un modo sorprendente, la expoliación tranquila y feroz que ejerce el Gobierno ruso por medio de sus agentes en los campesinos ya del todo miserabilísimos. «Un trabajo extenuante que, aun durante la noche, en el reposo, tortura el cuerpo, inviernos crueles, cosechas malogradas», y por encima de todo esto el agente del Gobierno, «el más ínfimo de los cuales se permite tratar al *moujik* como un malhechor»; he aquí la vida del campesino. «¡Qué dechado, qué ejemplo para las gentes admiradas, rapaces, depravadas, perezosas, que en la ciudad no hacen más que insultar, explotar al campesino!» Tchekhoff escribió después, inspirándose visiblemente en Tolstoï, una novela intitulada *Mi vida*, que, á pesar de este título, no es su biografía, sino la de un joven provinciano que abandona las ocupaciones estúpidas de empleado de administración por el trabajo manual de la pintura de edificios. Tiene ocasión de observar las costumbres y vida de los labradores y toda la ignorancia y miseria que padecen. No duda en colocar al *moujik*, desde el punto de vista moral, por encima de la sociedad civilizada, poco civilizada, es verdad, de las ciudades. Tchekhoff pareció entrar con esto en una nueva vida, en que su talento, coloreado, emocionado, fecundado por la tristeza, hubiérase podido ennoblecer. Pero no persistió en esta orientación. Después de *Los moujiks* y de *Mi vida*, tornó á la pintura sempiterna é inmutable de la banalidad y estupidez. Quizá tendría, en el fondo, razones para no mantenerse en las descripciones á semejanza de *Los moujiks* y *Mi vida*, y de no imponer á su talento excelente, pero limitado, una tarea que hubiese podido exceder á sus fuerzas. Seres de buenas dotes, satisfechos, poco banales: he ahí la tarea encomendada al talento de Tchekhoff. Aún hay que decir que su arte de representar las vidas defectuosas está lejos de ser tan impecable y cruelmente imperfecto como el de pintar las gentes fátuas y necias. Tchekhoff es, en resumen, el pintor inimitable, así como el verdugo de la banalidad y vulgaridad, lo cual todo es uno.



Sin embargo, debemos decir que, á pesar de *las palizas* que Tchekhoff les ha propinado, la vulgaridad y banalidad avanzan que es un gusto. Esto no es por defecto de Tchekhoff: los dos monstruos tienen un cutis tan duro que no penetran en él lanzas ni flechas. Siempre ha sucedido así y sucederá por mucho tiempo: el mérito de los que los combaten no es por eso menor. Al contrario.

En resumen, Tchek'hoff ha reflejado, en sus cuentos y novelas, el estado de alma de una parte considerable de la sociedad rusa, después de la retirada del partido progresista que ha seguido al advenimiento de Alejandro III. Bajo el peso de una reacción terrible se han agotado sus escasas energías. En una palabra, en tanto que los hombres de voluntad, de valor, de corazón, iban desterrados á la Siberia, en Rusia se domiciliaba la indecencia y la vulgaridad, *el cerdo triunfante que ha devorado á la justicia*, como dijo en una de sus terribles sátiras el inmortal Saltykoff. Tchekhoff (1) no ha sido otra cosa que un producto de esta época de ambiente enervador y cobarde.

ANTONIO MORILLO.

---

(1) En *La España Moderna* se han traducido ya bastantes novelas de Tchekhoff. Miguel A. Ródenas tradujo un cuento de una intensidad extraordinaria. No sé dónde se publicó.

---



# NOTICIA

DEL HALLAZGO DEL SEPULCRO DE DOÑA BRIANDA DE MENDOZA Y LUNA, HIJA DEL SEGUNDO DUQUE DEL INFANTADO.

---

*2 de Agosto de 1902.*

Cuando en 1842 se trasladó el Instituto provincial de segunda enseñanza de Guadalajara al suntuoso convento que había construído en 1524 D.<sup>a</sup> Brianda de Mendoza y Luna, salvaron los encargados de su instalación, en la parte del citado edificio que se cedió para aquel efecto, algunas riquezas artísticas de las muchas que atesoraba la monumental fundación de la piadosa hija del segundo Duque del Infantado. Desgraciadamente, la iglesia del convento con otras de sus dependencias las dedicó la Diputación provincial á cárcel, y en el lugar en que antes se elevaron preces al Altísimo, se escucharon frecuentemente las palabras soeces y las blasfemias de los presidiarios que dormían en el suelo del templo, y acaso sobre las lápidas que recordaban el sueño eterno de ilustres próceres é insignes caballeros, entre los que se puede citar á don Bernardino de Zúñiga y Mendoza, Gran Prior de San Juan en Castilla, y D. Diego López de Zúñiga, del hábito de Santiago, Comendador mayor mayor de Aragón y General de las costas del reino de Granada.

El lamentable estado de abandono á que semejante destino redujo la bella iglesia del aristocrático convento amenazaba convertirlo en informe montón de ruinas, sin que bastaran para impedirlo las reparaciones que constantemente hacía el Instituto en la parte que se le adjudicó para sus servicios, y en tal situación se halló, que hacia el año 1880, el Ayuntamiento de



la capital se vió obligado á mutilar la parte del edificio ocupado por la cárcel, y con gran prisa, para evitar desgracias personales si ocurría un hundimiento, se derribó la parte ruinosas, quedando bajo los escombros las sepulturas que había en la iglesia, sin que se cuidase de recoger de ellas los restos que encerraban ni conservar las que tuvieran gran interés artístico ó histórico.

La iglesia del convento de la *Piedad*, á la que su fundadora, según el cronista D. Francisco Torres, dió este título *por la poca que se tuvo con su abuelo el Maestro de Santiago, D. Alvaro de Luna*, quedó desmantelada, los escombros de la pared correspondiente á la capilla mayor y los de la bóveda amontonados en el suelo del templo, que se cerró sin que fuese posible utilizarle por el deplorable estado de gran parte de su fábrica, y así continuó hasta que, empezadas en el mes de Julio de 1902, las obras de reparación y ampliación del Instituto general y técnico de Guadalajara, instalado como se ha dicho en el ex convento de que tratamos, al hacer el desmonte de los escombros que había en la iglesia, que, según los planos del arquitecto del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, el insigne Sr. Velázquez, había de utilizarse para gimnasio, el Sr. Rodríguez Juan, director accidental que era entonces del Instituto, teniendo noticia de que estaba sepultada la fundadora del monasterio en la capilla mayor de su templo, dispuso, de acuerdo con el que esto escribe, que se retiraran con cuidado los escombros de aquella parte, por si se encontraba entre ellos la sepultura de la ilustre D.<sup>a</sup> Brianda de Mendoza, y habiéndose tenido la satisfacción de hallarla, para que en todo tiempo se pruebe su autenticidad, se mandó extender el documento que se inserta á continuación:

«*Acta notarial* sobre el hallazgo de los restos mortales de la señora D.<sup>a</sup> Brianda de Mendoza y Luna, otorgada por el señor Director accidental y catedráticos del Instituto general y técnico de esta ciudad. En Guadalajara á 2 de Agosto de 1902, ante D. José Esteban Zuazagoitia. Notaría del Ilustre Colegio de Madrid con residencia en Guadalajara.

Número noventa y cuatro.

*En la ciudad de Guadalajara* á las diez y ocho horas del



día dos de Agosto de mil novecientos dos, yo Don José Esteban Zuazagoitia, Notario del Ilustre Colegio territorial de Madrid, subdelegado de su Junta directiva con vecindad y residencia fija en la misma, calle Mayor alta, número cuarenta y cuatro, cuarto principal derecha, hago constar:

Que requerido por el Señor Don Miguel Rodríguez Juan, Catedrático y Director accidental del Instituto general y técnico de esta Ciudad y su provincia, que no exhibe cédula personal por eximirle de ello la Real orden de veintitrés de Marzo de mil ochocientos setenta y cinco, me personé en dicho Establecimiento á la hora consignada á la cabeza, en el que se están haciendo por disposición del Excelentísimo Señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes las obras de reparación y ampliación del mismo, y sabiendo dicho Señor por datos consignados en la historia de esta Ciudad que escribió Don Francisco Torres, que en la Iglesia del Convento de la Piedad, parte integrante de este Instituto, estaba sepultada su fundadora Doña Brianda de Mendoza y Luna, hija de los segundos Duques del Infantado y nieta del Condestable Don Álvaro de Luna, al hacer el desmonte de los escombros de dicha Iglesia dispuso que se tuviera especial cuidado para ver si se hallaba el sepulcro de dicha señora que según el citado historiador se encontraba «enterrada en la Capilla mayor en un sepulcro suntuoso y elevado, curiosamente labrado de alabastro, cubierto todo con una hermosa piedra de jaspe con primor acabada», en su virtud al llegar los trabajadores á la parte señalada y después de separar los escombros que impedían el acceso á ella, se encontró una gran piedra de jaspe de forma artística, de dos metros diez centímetros de larga, ochenta y cuatro centímetros de ancha y cuarenta y dos centímetros también en la parte central más alta, y levantada que fué, se halló un nicho cimbrado y dentro de él una caja de madera ya deshecha que contuvo los restos de la expresada señora, de los que pueden conocerse perfectamente los fémures, las tibias, el coxis, el ilíaco y otros muchos más pequeños, á los que el transcurso de tantos años pasados ha quitado su forma primitiva, los que fueron extraídos por la parte donde se encontraban los pies, contenido todo ello en una sepul-



tura de alabastro, artísticamente trabajado, en cuyos lados se ven las armas de las casas de Mendoza y Luna; y entendiéndose que procedía la conservación de dichos restos y la sepultura que los contenía, como recuerdo de tan ilustre señora, se dispuso el levantamiento de la presente acta para dar cuenta del hallazgo á los descendientes de la casa del Infantado, por si querían conservar en su panteón familiar los restos de dicha señora, la que extendí yo el Notario de que doy fe á presencia del Señor Director accidental requirente y los Señores Don Gabriel María Vergara y Martín, Catedrático de Geografía é Historia; Don Mariano Martín Rodríguez, Catedrático auxiliar numerario de la sección de Letras y Secretario accidental del Establecimiento; Aniceto Fernández, Conserje; Valentín Recio, Bedel, y Antonio Bartolomé Mozo, Portero, todos los que suscriben la presente conmigo el Notario que lo signo, firmo y rubrico.—Miguel Rodríguez Juan.—Gabriel María Vergara.—Mariano Martín.—Aniceto Fernández.—Valentín Recio.—Antonio Bartolomé.—Hay un signo. José Esteban Zuazagoitia.»

Los restos mortales á que se refiere el documento que se ha reproducido se encerraron en una caja de madera, hecha con ese objeto, y en ella se dejaron dos copias del acta, recogiéndose las piezas que formaban el sepulcro, que es una obra delicada, casi en un todo igual al que de D.<sup>a</sup> Aldonza de Mendoza se guarda en el Museo Arqueológico Nacional (1), con la diferencia de que el de esta señora tiene su estatua yacente, y el de D.<sup>a</sup> Brianda es su cubierta «una hermosa piedra de jaspe con primor acabada», según frase del cronista Torres.

Este sepulcro y algunos otros objetos hallados durante las obras de reparación del ex convento de la Piedad los guardará el Instituto en el gabinete de Historia que empecé á formar el año 1898, y en él se recogerán cuantos objetos de valor artístico ó histórico se puedan reunir de los que están expuestos á desaparecer por no haber afición á su conservación entre aquellos que están obligados á ello.

(1) De él dan noticia los autores del *Museo español de Antigüedades*, en esta obra monumental.



Puede decirse que no hay en la región Museo provincial de pinturas ni de antigüedades, por no merecer bajo el punto de vista artístico este nombre los cuadros que procedentes de los extinguidos conventos de la provincia se hallan colgados en los pasillos y galerías del edificio de la Diputación, sin orden ni concierto; en dicha casa tienen también varios objetos antiguos sin que su existencia signifique que tienen colección arqueológica, puesto que ni ésta ni aquél se aumentan ni mejoran, aunque no faltan ocasiones para ello, si la Diputación, el Ayuntamiento ó la Comisión provincial de Monumentos se cuidaran de este particular.

Desgraciadamente, los que forman las citadas entidades no se distinguen por su entusiasmo para la conservación de todo aquello que pueda servir para el conocimiento de la historia ó de las Artes, y la Comisión provincial de Monumentos, á la que particularmente corresponde esta misión, compuesta de individuos algunos de ellos ausentes de la capital y otros que no se preocupan de que se cumplan sus funciones, apenas se reúne sino de tarde en tarde, y sus gestiones no son lo activas que fueran de desear.

En prueba de este aserto, se pueden citar el estado deplorable en que se halla el que fué panteón de los Duques del Infantado, que está en el ex convento de San Francisco, de esta ciudad, hoy maestranza de Ingenieros; la rica capilla de San Miguel del Monte, que fundó en el siglo XVI el célebre Luis de Lucena, que, cerrada al culto y convertida en almacén de paja y leña, está llamada á desaparecer por su estado ruinoso; la capilla que hay en San Gil, en la que existen restos de labor mudéjar, destrozados y mutilados; la iglesia de Santiago, derribada por ruinoso y de la que se han recogido algunas losas sepulcrales con inscripciones y escudos de personajes emparentados ó relacionados con la casa del Infantado, merced á la excitación que con ese objeto dirigí al Sr. Gobernador de la provincia; y podría citar otros hechos, si el temor de que este escrito sea demasiado largo no me hiciera terminar la enumeración de datos que serían otras tantas pruebas de la necesidad de que la



Comisión de Monumentos vele por la conservación de aquello que al desaparecer no reporta utilidad alguna, y que recogiendo, puede tener interés, si no para la historia y el arte en general, por lo menos para su estudio en relación con la provincia.

GABRIEL M.<sup>a</sup> VERGARA.

Guadalajara 30 XII, 1903.

---



# ALGUNAS CONTESTACIONES

PARA

## EL AVERIGUADOR POPULAR DE «EL LIBERAL»

---

X

### 193.—Nimiedad.

En los albores del siglo XX en que nos hallamos, cuantos lean esta palabra les sugerirá, en el acto, la idea de « poquedad, insignificancia, menudencia, fruslería », etc, porque es únicamente en este sentido como la empleamos en nuestros días. Pero cuán sorprendidos van á quedar al decirles que la Academia Española, en su *Diccionario*, da á dicha voz estos equivalentes:

NIMIEDAD. f. Excesivo ó demasía. || Proligidad. || .....

NIMIO, MIA. adj. Demasiado, excesivo. || Prolijo.

Es cierto que los antiguos autores castellanos habían empleado la referida palabra en el sentido que la Academia nos dice, y así lo demuestran las siguientes citas:

« Si el temor es tan *nimio* (excesivo) que olvida la seguridad, cae en desconfianza y se puede precipitar en una lastimosa desesperación. »

« Se seguirá también en el vestir la compostura, no la composición tan *nimia* (excesiva) y afectadamente aliñada para venirse á confesar. »

(*Luz de verdades católicas.*)

EL P. JUAN MARTÍNEZ DE LA PARRA.



« Hoy vemos que vuestra piedad cristiana y generosa, pasa  
» á ser *nimia* (demasiada.) »

« Las virtudes, Señor, tienen su medio, y se vician con las  
» *nimiedades* (los excesos), tocando en los extremos.»

(*Crónica de San Francisco.*)

FRAY DAMIÁN CORNEJO.

« .... no hay leyes que puedan sujetar el *nimio* (excesivo)  
» dolor á los términos de la prudencia.»

ANTONIO SOLÍS.

Y aun más modernamente:

« Que para no fastidiar la *nimia* (excesiva) delicadeza de los  
» que se cansan hasta de lo bueno, no seguiré el orden de  
» materias, sino el de la Escritura. »

(*Colección de algunos Proverbios de Salomón*, edición de Valencia, 1794.)

« ..... ya el lujo de unos, ya la *nimia* (demasiada) confianza  
» de otros. »

G. M. DE JOVELLANOS.

Como así corrobora dicho uso el extenso y minucioso *Diccionario castellano* del P. Terreros, publicado en Madrid, el año 1787:

NIMIEDAD. Demasia, exceso, prolijo.

Mas, empleándose también la citada palabra en el sentido de « prolijo » (minucioso, detallado, diluído), lo que da más bien idea de pequeñez que de magnitud,—porque todo lo que se detalla, se divide, y lo que se divide y subdivide, empequeñece,—se advierte fácilmente que el uso se ha penetrado de esta idea y ha ido cambiando poco á poco el primitivo



sentido de la voz que nos ocupa, empequeñeciéndola desde luego, y el « exceso y demasía » se ha convertido en « menudencia », cosa « exigua, reducida é insignificante ». Por ejemplo:

« ..... hasta las cosas más *nimias* (insignificantes) han fijado la atención de nuestros más grandes hombres. »

ANTONIO FLORES.

« Las gentes, que no sabiendo explicarse los fenómenos, pretenden sencillamente suprimirlos, claman contra esta *nimiedad* (insignificancia). »

« Y otros, ¿por qué no confesarlo? no adquirimos esos ju-  
guetes porque nuestra vida está llena de asuntos *nimios*  
(triviales), porque hemos entrevisto la pequeñez de muchas  
cosas que un tiempo nos parecieron sublimes. »

(*Fruslerías.*)

ANTONIO ZOZAYA.

« Une á la valentía de pensamiento y á la sabia moderación del estilo, el más *nimio* (minucioso) escrúpulo de la exactitud y el desinterés científico más absoluto, que en modo alguno ha de confundirse, etc. »

(*Contestación al Discurso de don R. Menéndez Pidal.*)

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

Este cambio de significado que el uso ha ido dando á la palabra *nimiedad*, lo conocía ya la Academia Española al escribir, en el año 1726, la primera edición de su famoso *Diccionario*, llamado de « Autoridades », puesto que en él dijo:

NIMIEDAD. s. f. Exceso ú demasía. En el estilo familiar se usa por poquedad ó cortedad, y se debe corregir, pues significa esta voz totalmente lo contrario.



Esta misma advertencia, que demuestra claramente la costumbre é inclinación que había ya en aquella época de emplear la voz *nimiedad* en sentido diverso al que se prescribía, ha continuado insertándola la docta Corporación en las sucesivas ediciones de su *Diccionario*, corrigiéndola á veces.

En la mejor de sus ediciones modernas, que es sin disputa la décima (impresa en 1852), dice la Academia Española:

NIMIEDAD. f. Exceso ó demasía. || fam. Poquedad ó cortedad, prolijidad: así lo autoriza el uso, aunque según su origen significa esta voz totalmente lo contrario».

Esto es: que la Academia, en dicha fecha, reconoció que el uso empleaba la voz *nimiedad* en sentido « totalmente contrario » al que ella estampa en sus *Diccionarios*, pero sin embargo pretendía aún que continuáramos dando el mismo significado que le dieron los latinos, olvidando que á veces las voces toman una significación muy distinta al pasar de una lengua á otra.

Pero transcurren algunos años y la Academia retrocede. En 1869 publica la undécima edición de su *Diccionario*, empeorándolo, y cobra la Corporación nuevos bríos (inútiles desde luego) con respecto al significado de la voz *nimiedad*, diciéndonos:

« ..... fam. Poquedad ó cortedad, y se debe corregir, pues significa esta voz totalmente lo contrario. »

De manera que en dicha fecha quería la Academia que corrigiéramos el uso familiar de la palabra *nimiedad*, cuando ya no vemos más que un solo empleo de la misma, que es el de « poquedad ó cortedad » de que se nos habla.

D. Nicolás María Serrano, en su excelente y completa *Enciclopedia ó Diccionario universal de la lengua castellana*, tomo IX (Madrid, 1878), acabó de definir el moderno significado de la palabra en cuestión, sin proscribir por eso el significado que antiguamente tenía. Dice:



**NIMIEDAD:** s. f. Exceso ó demasía.—Extremada prolijidad.—Pequeñez é insuficiencia moral.—Fruslería, bagatela; dicho ó cosa de poca importancia.

Que es como la interpretamos y empleamos todos los españoles y americanos.

El antiguo significado de « exceso y demasía » de la palabra *nimiedad* ha decaído tanto, que hoy nadie es capaz de emplearla en este sentido, sin que excite la hilaridad de los más doctos en el uso de nuestra lengua oficial; y sin embargo la Academia Española, erre que erre, como en tantas otras cosas, continúa insertando aún, como vigente, el significado más que anticuado de la citada palabra.

La Academia Española ó no ha advertido todavía el cambio que mencionamos con respecto á la voz *nimiedad*, ó se empeña en querer ir contra la corriente con respecto al, hoy, único uso de dicha voz.

Sin embargo, en vista de que nadie en estos tiempos emplea ya la voz *nimiedad* en el sentido de « exceso ó demasía », que tanto nos ha recomendado la Real Academia Española desde su fundación, y sí sólo en el sentido contrario ó sea de « poquedad ó cortedad », que es precisamente el que ella nos tiene próscrito, se ha decidido, por fin, en las dos últimas ediciones de su *Diccionario*, á suprimir la consabida advertencia, pero dando aún como vigente y primera acepción el significado más que arcaico de la voz *nimiedad*. Así dice en la dozava edición, ó sea la de 1884, que copia textualmente en la siguiente y última de la serie, publicada en 1899:

**NIMIEDAD.** (Del latín *nimietas*.) f. Exceso ó demasía..

|| Prolijidad. || fam. Poquedad ó cortedad.

Sin dar señales de haber comprendido aún la « total » evolución que ha sufrido el empleo de la palabra mencionada, en el transcurso del siglo que acaba de expirar en medio de sus grandezas y adelantos.

Cuando una lengua está formada, las voces tienen ya su significación propia, que es la que les da el pueblo culto, y de



ningún modo la que pretenden darles las Academias y los lexicógrafos.

Tiene, pues, mucha razón el modesto sujeto que, desde el pie de la esbelta Giralda y ocultando su nombre con las iniciales J. C. F., hace la pregunta que dejamos contestada, al decirnos, hablando de la voz *nimiedad*, que « en toda España » se aplica como sinónimo de « menudencia, pequeñez, poca cosa », y sin embargo la Academia Española en su *Diccionario* le da el significado de « exceso y demasía », según acabamos de ver.

EL CURIOSO BARCELONÉS.

---



# LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA <sup>(1)</sup>

---

No hay en esto exageración: al principio del pasado siglo el procedimiento era *intuitivo*, ahora el *memorista*; en el siglo XIX el método *topográfico*, ahora el *sintético* (entonces se comenzaba describiendo Madrid, ahora el Mapa-mundi y Europa); en aquel tiempo se separaba la Geografía de la Historia, hoy se confunden; hace cien años estaba el fin de la Geografía *en la felicidad pública y en la mayor utilidad de la patria*, hoy la Geografía es mera curiosidad; Antillón se interesaba por la riqueza del suelo y del subsuelo, y nuestros trataditos de Geografía se interesan por los escombros de Numancia y por el emplazamiento... *probable* de la famosa Munda.

Sin embargo, no hay que extrañar semejante retroceso: el siglo XIX fué un siglo desgraciado para España: mientras otras naciones adelantaron en progresión geométrica, nosotros avanzamos en progresión aritmética y en algunos ramos (la Geografía) retrocedimos.

Y es que la ciencia geográfica, por lo mismo que era aquí espontánea y potentísima, no vivía de programas ni cátedras oficiales: chorreaba de las espadas ensangrentadas de nuestros conquistadores; colgaba del rosario del misionero; se filtraba en las arcas de caudales que aquí llegaban del ocaso y oriente; formaba el conocimiento popular de un pueblo de aventureros, emigrantes, marineros, misioneros y soldados.

En la época de Antillón los filántropos, los amigos del

---

(1) Véase la página 23 de este tomo.



pueblo, fundaron, como se funda hoy (1), la Sociología en la Geografía y mostraron gran conocimiento de la Tierra con relación al hombre, conocimiento que es característico en los escritores y políticos de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Pero en breve llegaron días funestos para la ciencia geográfica española: en Trafalgar no sólo pereció nuestra marina, sino que murieron insignes matemáticos, astrónomos y geógrafos; América se hizo independiente, y además de independiente hostil, restando á nuestra política y á nuestra ciencia casi un hemisferio; Fernando VII cerró las Universidades y persiguió á los hombres más sabios, muriendo en esta persecución el mismo Antillón, y desde entonces (salvo gloriosas individuales excepciones) no han resurgido los estudios geográficos entre nosotros. Es natural, los acontecimientos privaron á esta ciencia de la base que espontáneamente la sustentaba, y los Gobiernos, en continuas luchas, no atendieron á la restauración de una ciencia tan vital y tan enlazada con los mismos problemas de gobierno y de administración.

De aquí la decadencia inconcebible á que llegaron la enseñanza en general y la Geografía en particular durante *la ominosa década* y los años que inmediatamente siguieron. Alarcón describe con minuciosidad y con el relieve y la vida propios de su estilo inimitable lo que era la enseñanza de la Geografía en una escuela andaluza, á la que asistió como alumno el que después escribió *El sombrero de tres picos*.

Dice así aquel escritor inmortal (2):

«Réstame hablar un poco de la asignatura de Geografía.

»Dos textos, guardados como oro en paño, tenía D. Car-

(1) Véase al final de este trabajo cómo explicamos la existencia de Austria-Hungría, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Portugal, etc. Algunas de nuestras observaciones son del geógrafo Foncin.

(2) Esta descripción, de cuya triste exactitud no dudamos, se publicó en *La Escuela Moderna* en 1.º de Enero de 1901. Dirige esta publicación el eminente pedagogo D. Pedro Alcántara García, lo cual acredita cuánto valor tiene el relato, semiautobiográfico, seminovelesco, de D. Pedro Antonio de Alarcón.



»melo para instruirnos en esta ciencia, y éranse dos listas  
 »*manuscristas*, no sé por quién ni cuándo, que se nos leían  
 »todos los viernes para que las aprendiésemos de me-  
 »moria.

»Comenzaba la una diciendo:

«*Tiene este reino de España ciento cuarenta CIUDADES, que*  
 »*son: en el Reino de CASTILLA LA NUEVA, tal y cual; en el REINO*  
 »*DE NAVARRA, esta y la otra*», etc., etc., y que concluía (lo  
 »recuerdo perfectamente) por este rabillo: «*En el SEÑORÍO DE*  
 »*VIZCAYA, Orduña.*»

»¡Y nada acerca de ríos, ni de montañas, ni de límites, ni  
 »de ninguna otra particularidad física del territorio español!  
 »¡Nada tampoco de la actual división por provincias ya rea-  
 »lizada entonces! ¡Ni tan siquiera se nombraba á Madrid!  
 »¿Para qué, si no era *ciudad*? En cambio, justo es decirlo,  
 »los que allí estudiamos sabemos hoy perfectamente y pode-  
 »mos lucirnos en cualquier tertulia, diciendo de golpe qué  
 »poblaciones de España son ciudades y cuáles no. ¡Hemos  
 »cantado la lista tantas veces!

»Pero vamos al segundo texto geográfico de D. Carmelo.

»Decía así literalmente, y creo que no era poco decir:

«*Lista de las CORTES de los más principales reinos y sobera-*  
 »*nos europeos:*

»MADRID, *de España.*—PARÍS, *de Francia.*—LISBOA, *de Portu-*  
 »*gal.*—LONDRES, *de Inglaterra.*—VIENA, *de Alemania.*—ROMA,  
 »*de Italia.*—NÁPOLES, *de Nápoles.*—VARSOVIA, *de Polonia.*—  
 »BERLÍN, *de Prusia.*—CONSTANTINOPLA, *de Turquía.*—COPEN-  
 »HAGUE, *de Dinamarca.*—ESTOKOLMO, *de Suecia.*—SAN PETERS-  
 »BURGO, *de Rusia.*—PRAGA, *de Bohemia.*—HAYA, *de Holan-*  
 »*da.*—BUDA, *de Hungría.*»

»Tal era la división política de Europa que se enseñaba  
 »en aquella escuela el año de gracia de 1838, y que, según  
 »mis noticias, siguió enseñándose otra docena de años.

.....  
 .....  
 »Figuraos, por consiguiente, mi asombro y también mi  
 »admiración al *tupé* moral del buen D. Carmelo cada vez que  
 »oyese decir y sostener y probar hasta la evidencia á tal ó



»cual lectorcillo de *El Eco del Comercio* las siguientes ver-  
 »dades: 1.<sup>a</sup>, que desde 1806 Viena no era la capital de Ale-  
 »mania; 2.<sup>a</sup>, que existía en Europa un imperio de Austria,  
 »del cual yo no tenía noticia; 3.<sup>a</sup>, que ni en Roma vivía el  
 »soberano de Italia, ni había tal *Italia* en el mundo político,  
 »como lo demostraba aquello mismo de NÁPOLES, *de Nápoles*;  
 »4.<sup>a</sup>, que Polonia fué despedazada en 1792 y 1793, y dejó  
 »de existir en 1795, sin que la hiciese resucitar como Esta-  
 »do su heroica lucha en 1830; 5.<sup>a</sup>, que Bohemia, desde 1556,  
 »no pasaba de ser una de tantas provincias austriacas, y  
 »que, por consecuencia, todo lo relativo á tal reino, á su  
 »corte y á su soberano caía por su base; 6.<sup>a</sup>, que no otra  
 »cosa pasaba con la pobre Hungría, sierva también entonces  
 »del emperador austriaco, á pesar de todos los magyares an-  
 »tiguos y modernos... y 7.<sup>a</sup>, que en cambio existían en Eu-  
 »ropa, aunque no en la *lista* del sargento Clavijo, un reino  
 »de Piamonte, otro de Grecia y otro de Bélgica, dignos cier-  
 »tamente de ser mencionados en las clases de Geografía de  
 »las escuelas públicas!

»Pero ¡aún hay más! Á modo de posdata de aquella ga-  
 »lería de nacionalidades muertas y ensangrentadas, léiase  
 »este singularísimo apunte, que mucho me dió que pensar  
 »por entonces:

«NOTA.—Se ha descubierto una nueva *Parte del mundo*, á  
 »la que se ha puesto el nombre de OCEANÍA.»

»¡Qué enormidad de apéndice! ¡Qué majestad en la incon-  
 »gruencia! ¡Qué lisura, qué desenfado y qué embuste tan de-  
 »licioso!

»Porque lo cierto es, como sabrán todos los que hayan es-  
 »tudiado en escuelas menos peregrinas, que ni en 1838 aca-  
 »baba de descubrirse ninguna *Parte del mundo*, ni tampoco  
 »fué entonces cuando se puso el nombre colectivo de OCEA-  
 »NÍA á las islas del Gran Océano, que no cabía asignar al  
 »Asia ó á la América. Inventaron el *nombre* los geógrafos á  
 »principios del siglo actual, y entre las tales islas figuraban  
 »muchísimas descubiertas por Magallanes, Van-Diemen y  
 »otros navegantes de los siglos XVI, XVII y XVIII.

»Pero, aun así y todo, ¡qué naturalidad, qué frescura sal-



»vaje, qué gracia bucólica había en aquella errónea y  
 »trasnochada *posdata* referente á toda una parte del mun-  
 »do!...» (1)

Es lamentable el atraso que revela esta descripción de una escuela en 1838 y hoy casi nos parece inverosímil; sin embargo, cuando nosotros recordamos que nos educaron todavía bajo el régimen de la palmeta, escribiendo con pluma de ave y luchando en las bandas de cartagineses y romanos (2), comprendemos perfectamente que los escolares que estudiaron medio siglo antes que nosotros tuvieran que someterse á los cuadernos geográficos *manuscritos* por el bueno de D. Carmelo. Y es que al tratar del problema de la enseñanza geográfica no hay que olvidar que nuestro atraso pedagógico afecta á todas las disciplinas del entendimiento.

Nuestro más eminente sociólogo, Sanz Escartín, dice textualmente: «Yo recuerdo siempre con cierta opresión los  
 »días que pasé en la escuela primaria. El maestro se imponía  
 »principalmente por el miedo; apenas comprendíamos lo que  
 »se nos obligaba á repetir...» (3)

Ésta es la situación de la mayoría de las escuelas y especialmente de las de segunda enseñanza, así oficiales como

(1) Véase la exactitud del relato alarconiano: para los alumnos conquenses aún no se había descubierto la Oceanía en 1901. Por otra parte, no es posible que Alarcón exagere al tratarse de estas cosas: su nobleza é hidalguía no le permitirían mofarse de la siempre venerable figura de un maestro, á no estar muy cargado de razón. El texto de Sanz Escartín que copiamos más adelante prueba el dolor que en las almas generosas, amantes de la sabiduría, produce nuestro atraso pedagógico.

(2) Hay que confesar, sin embargo, que estas bandas de cartagineses y romanos eran lo más educativo que tenían las escuelas hasta mediado del siglo XIX. Distraían de la aridez de aquel régimen escolar, acostumbraban al amor á una bandera y á la solidaridad con los del mismo bando. ¿No habrá influido esto en el espíritu de partido que destrozó á España en la pasada centuria? ¡Quién sabe! El cuerpo del niño se forma en el seno de la madre: el alma del niño, en el seno de la escuela.

(3) EDUARDO SANZ Y ESCARTÍN, *El individuo y la reforma social*. —Tercera edición.—Barcelona, librería de Francisco Puig y Alfonso, 1900, pág. 217.



privadas (en la instrucción primaria se ha adelantado mucho en las poblaciones de importancia): *apenas comprenden los alumnos lo que se les obliga á repetir.*

Y esto sucede con la Geografía, con la Historia, con la Gramática, con la Literatura, con la Psicología, con la Historia Natural... con todas las asignaturas.

Pero en Geografía no sólo se carece de método adecuado, no sólo imperan todos los vicios de una pedagogía absurda, sino que se ignora el verdadero sentido, la trascendencia y finalidad de los estudios geográficos.

Hoy, como en el año 1838, consiste la Geografía en largas enumeraciones de nombres aprendidos de memoria, ó cantados (en las escuelas) para que el sonsonete facilite el trabajo mnemotécnico.

El profesor Rafael Ballester, antes citado, muestra de una manera palmaria cuán grande es el error en que se incurre con este sistema:

«No se enseña, dice, la Geografía, sino los nombres que  
 »sirven para su estudio. Á nadie le ocurrirá, v. gr., enseñar la  
 »Historia de España diciendo: desde la época á que nos per-  
 »mite llegar el testimonio histórico ha habido en España no-  
 »venta reyes, cuyos nombres son: ..... se han librado treinta  
 »batallas, ocho principales y veintidós secundarias, etc.....;  
 »sino que, á medida que se vaya contando la Historia, ten-  
 »drán oportuna cabida los nombres de las ciudades, reyes,  
 »ministros, batallas y demás acontecimientos que sirven para  
 »tejer la urdimbre de nuestra complicada vida pública. ¿Por  
 »qué, pues, en Geografía no ha de saberse lo que son las  
 »montañas, cómo se agrupan los hombres, qué sucede en  
 »los mares, cuál es el carácter de cada una de las partes del  
 »mundo?»

Este método enunciativo que censuramos no es el único mal que afecta á la enseñanza de la Geografía en España: es que hay desconocimiento no sólo del método, sino de la naturaleza y finalidad de los estudios geográficos.

Existe muy extendido el error de que la Geografía es «la ciencia de la descripción de la Tierra», sin embargo de que doctos maestros propagan el verdadero concepto de la cien-



cia geográfica en nuestros días; he aquí las palabras de un experto é ilustrado catedrático de Instituto (1):

«En el siglo actual se ha formado, bajo la poderosa inspiración de Humboldt, una nueva escuela de Geografía, que tiene por maestro al berlinés *Carlos Ritter*, cuya magna obra *Erkunde* (Diccionario geográfico) ha sido saludada como código y evangelio de dicha ciencia; y, en su virtud, la descripción de un país no debe ser árida nomenclatura de ríos, montes y pueblos, sino que ha de comprender el cuadro completo de la vida en aquella región, mostrando las relaciones que existen entre la Tierra y el hombre, y la influencia que el medio natural ejerce en el desarrollo, carácter y destino de individuos y pueblos. Tal es el espíritu que informa hoy todas las obras de Geografía, distinguiéndose entre las magistrales la tan conocida del danés Malte Brun (*Geografía Universal*) y la más reciente y completa del francés *Reclus* (*La Tierra y el hombre*), que es en la actualidad la más consultada.»

Es decir, que la Geografía se considera en la actualidad como una ciencia social que sólo en el método se diferencia de la Historia; la Geografía estudia la especie humana con relación al espacio, y la Historia estudia al hombre con relación al tiempo, siendo tanto más superior y fecunda la Geografía que la Historia cuanto es más interesante, más

---

(1) ALFONSO MORENO ESPINOSA, *Nociones de Geografía* (7.<sup>a</sup> edición página 408). Vea el Sr. Ballester por este texto, á que en un comienzo aludíamos, cómo los profesores tienen verdadero concepto de la Geografía. Hay que advertir que el libro del Sr. Moreno Espinosa está de texto en la cuarta parte de los Institutos de España (según la última estadística publicada por el Ministerio). Existe un pequeño error, sin embargo, en el texto de nuestro respetable amigo, el señor Moreno Espinosa: la palabra *Erkunde* no significa *Diccionario Geográfico*, sino *Geografía*.

Por otra parte y contestando á los que injustamente atacan al profesorado español por el atraso de la Geografía, hemos de manifestar que D. Eduardo Moreno López, hijo y discípulo del Sr. Moreno Espinosa, es ardiente partidario de las ideas que aquí propagamos, según manifestó en brillantes oposiciones. Moreno López es Catedrático numerario del Instituto de Orense.



transcendental y más cognoscible el hecho actual que el hecho pretérito.

Pero en España sigue imperando el falso concepto según el cual la Geografía es la descripción de la Tierra, y de aquí que su enseñanza sea una árida nomenclatura y que no se estime en ella más finalidad que la de ser ciencia auxiliar y compañera de la Historia.

De aquí también que ignoren hasta los más conspicuos de nuestros intelectuales lo que pasa más allá de nuestras fronteras; de aquí la política de aislamiento, el desconocimiento que hemos tenido de lo que eran y valían nuestras riquezas coloniales y la falta de un ideal de política exterior, falta de idea! que contribuye á aumentar en el interior las ambiciones y la discordia.

En España se puede ser literato y académico ignorando los rudimentos de la Geografía. El inmortal poeta Zorrilla escribió

«LA TRIPLE ISLA DE LA GRAN BRETAÑA»,

y en efecto, hubo quien creyó desde entonces que Inglaterra estaba en una isla y Escocia en otra, que formaban con Irlanda tres islas, la *isla triple* de que habla el autor del *Tenorio*.

Espronceda, en su elegía *Al Dos de Mayo* desliza este verso

«Los que el rápido Volga ensangrentaron»,

cuando lo cierto es que ni los franceses de 1808 habían ido á Rusia, ni el Volga es *rápido*, porque corre por pendiente suave y porque presenta en su curso inmensa curvatura; ni los franceses llegaron á orillas del gran río, porque éste corre al Norte y al Oriente de Moscou, límite del avance de Napoleón. Es verdaderamente extraordinario que Espronceda no supiese lo que es el Volga, á pesar de la atención que le merecían las cosas de Rusia, contra la cual peleó en favor de los polacos... ¡Así anda la Geografía en España!

Pero lo verdaderamente insólito é incomprensible es el famoso verso de Rodríguez Rubí:

«Desde el *ardiente* hasta el nevado polo».



Sólo en nuestra desventurada nación puede ocurrírsele á un literato de prestigio que haya un polo situado en la zona tórrida.

La causa de tanta ignorancia es el falso concepto de la Geografía, de su importancia en la general cultura y del mucho tiempo que hay que invertir en su enseñanza; ignorancia que engendra como consecuencia la falta de material, de métodos y... de profesores.

Los planes que han venido rigiendo en la enseñanza durante el siglo XIX condenan la Geografía casi al ostracismo y sólo por compromiso la hacen figurar como asignatura obligatoria.

### **Plan del año de 1825.**

No figura la Geografía en las escuelas de latinidad.

Se exige en los colegios de Humanidades, mezclada con la Historia y la Cronología.

### **Plan de 1836.**

La segunda enseñanza se divide en elemental y superior la Geografía se estudia en el grado elemental, pero mezclada con la Historia y la Cronología. En el grado superior no hay Geografía; en cambio se estudian cosas tan *prácticas* para la educación popular como la *Economía política*, *Derecho natural*, *Griego*, *Árabe ó Hebreo* (una de las tres lenguas); menos mal que suprimieron la *Mitología*, obligatoria en 1825.

### **Plan de 1845.**

Se divide la enseñanza en dos grados: elemental en cinco años, y de ampliación, dividido en dos secciones: *Litras y Ciencias*.

Se estudian *Elementos de Geografía* en primer año; y considerando erradamente que la Geografía es ciencia física, no



se amplía en el grado superior de Letras y se lleva á la ampliación de Ciencias la *Astronomía física* (sic), sin duda como ampliación de la Geografía.

### **Plan de 1847.**

Son obligatorias trece asignaturas estudiadas en cinco años: continúan los *Elementos de Geografía*; pero desaparece la *Astronomía física*.

### **Plan de 1850.**

Sigue en menguante la Geografía y se estudian los elementos (¡siempre elementos!) en unión de la Historia.

### **Plan de 1852.**

La segunda enseñanza se divide en dos períodos, cada uno de tres años; primero: Latinidad y Humanidades; segundo: Estudios elementales de Filosofía. La Geografía sigue reducida á media asignatura, porque se estudia en unión de la Historia. En cambio, se estudian tres cursos de Gramática latina y otros tres de Clásicos latinos y castellanos. Además se exigía una asignatura de Mitología y Ritos romanos; no importaba que los alumnos no supiesen dónde estaban Cuba y Filipinas: lo esencial era que tuviesen noticia de las bacanales y lupercales. Así salió ello... ¡Cuarenta y seis años más tarde llegaba la hora del desastre! ¿Qué había de hacer una generación así educada? Agitarse en estériles luchas y hundirnos con el bizantinismo de una educación inútil para la acción, hueca y memorista.

### **Plan de 1857.**

La Geografía se hace independiente de la Historia: es un progreso, pero no obedece seguramente á consideración tributada á la ciencia geográfica, sino á deseo de dar más am-



plitud á la Historia, que aparece con la denominación de Historia universal y particular de España. El plan del siguiente año 1858 no modifica la enseñanza de la Geografía.

### **Plan de 1861.**

En este plan, que tuvo la suerte de regir cinco años, se nota un positivo progreso: aparece reconocido el carácter social de los estudios geográficos; la Geografía se estudia en segundo año con la denominación oficial de «Nociones de Geografía descriptiva».

### **Plan de 1866.**

Es de retroceso, lo mismo que el de 1867; en ambos se vuelve á mezclar la Geografía con la Historia.

### **Plan de 1868.**

La Geografía vuelve á aparecer como asignatura independiente; pero no se prescribe que se limite á la *verdadera Geografía*, es decir, á la descriptiva.

### **Plan de 1873 (mes de Junio).**

Afirma por una parte la individualidad de la Geografía, separándola de la Historia; conserva á la Geografía su carácter antropológico y sociológico, titulando á la asignatura *Geografía y Etnografía*, y completa los conocimientos geográficos con *Uranografía y Geología* en quinto grupo.

### **Proyecto de Plan de Agosto de 1873.**

No cambia en nada las disposiciones referentes á la Geografía.

### **Plan de 1880.**

Sustituye con buen acierto los estudios de Etnografía que acompañaban á la Geografía general por la Geografía especial de España.

El plan de 1880 duró catorce años: fué el más permanen-



te de todos, y á pesar del proyecto de plan de 1885, rigió lo decretado en 1880 hasta el de 1894.

En Septiembre de este último año se dió un nuevo plan, en el que se reconoce la importancia de la Geografía, concediendo dos cursos á su estudio, si bien conservando un concepto arcaico de la Geografía; se reconoce la transcendencia del estudio geográfico y la necesidad de consagrarle más horas; pero se yerra el concepto de la Geografía y el método que debe seguirse para su estudio; el plan de 1894 señala un curso de *Geografía astronómica y física* en primer año y otro de *Geografía político-descriptiva* en el año segundo.

En 1895 se reduce la Geografía á un solo curso, y en 1898 se separa la Geografía de la Cosmografía y Física del Globo (13 de Septiembre de 1898), y se fija un cuestionario bastante amplio para el estudio de la asignatura. En 1899 se exagera de una manera monstruosa la importancia del Latín á expensas de las otras asignaturas, publicando la *Gaceta* un minúsculo interrogatorio de vulgaridades referentes á elementos sumarisimos de Geografía. En 1900 se retrocede á la arcaica mezcla de Geografía é Historia.

Finalmente, en 1901 el Sr. Conde de Romanones concede más importancia que hasta entonces se había concedido á los estudios geográficos, y establece:

- 1.º Un curso de Geografía general y de Europa.
- 2.º Un curso de Geografía de España.
- 3.º Un curso de Geografía comercial.
- 4.º Un curso de Cosmografía y Física del Globo.

El plan vigente (Septiembre del corriente año) suprime la Geografía comercial y la Cosmografía, dejando reducidos los estudios geográficos á dos cursos.

Ante este nuevo retroceso en la enseñanza de la Geografía en los Institutos, y cuando estos estudios están abandonados en las escuelas y no se cultivan en las Facultades, debemos dar la voz de alarma para que no se interrumpa el fomento de la enseñanza geográfica y lleguemos á la altura que los pueblos ilustrados alcanzan en Geografía.

Los datos que poseemos acerca de la enseñanza de la Geografía en los pueblos más adelantados se refieren



á 1894 (1), y demuestran que en estos países se hace de la Geografía el eje de la educación.

En Suiza la enseñanza varía según los cantones; tenemos á la vista dos planes de las escuelas secundarias suizas: en el de Ginebra se establecen *siete cursos* de Geografía, en el de Tesino *seis*.

En Francia se estudia:

- 1.º Geografía.—En la clase preparatoria (primer curso).
- 2.º Geografía general del mundo.—En la clase sexta (segundo curso).
- 3.º Geografía de Francia.—En la clase quinta (tercer curso).
- 4.º Geografía general y de América.—En la clase cuarta (cuarto curso).
- 5.º Geografía de África, Asia y Oceanía.—En la clase tercera (quinto curso).
- 6.º Geografía de Europa.—En la clase segunda (sexto curso).
- 7.º Segundo curso de Geografía de Francia.—En la clase de Retórica (séptimo curso).

En Italia se enseña Geografía descriptiva y política (tres años) en el grado inferior, Geografía antigua en el grado superior y Geografía medioeval y moderna en los Liceos.

En Alemania no hay ley uniforme de Instrucción pública; el tipo más extendido es el prusiano, que establece variedad de planes, según las ulteriores aplicaciones de los estudios; el de la Geografía dura nueve cursos.

En la Argentina:

Primer año: Nociones generales de Geografía y Geografía de la República Argentina.

Segundo año: Geografía de la República Argentina.

Tercer año: Geografía de Asia, África y Oceanía.

Cuarto año: Geografía de Europa.

Quinto año: Geografía de América.

---

(1) *Informe del Director del Museo Pedagógico Nacional al ilustrísimo Sr. Director general de Instrucción pública.*—Madrid 8 de Octubre de 1894.



Sexto año: Cosmografía.

En el Japón:

Primer año: Nociones de Geografía del Japón.

Segundo año: Geografía de Asia y de Europa.

Tercer año: Geografía de América, Australia y África.

Cuarto año: Geografía física y política del Japón.

El plan del Uruguay, que no figura en la fuente que consultamos, es análogo á éstos y fué dictado por el eximio literato y hábil diplomático Sr. Zorrilla de San Martín, quien nos decía á este propósito: «Soy Ministro del Uruguay en Madrid y en París; residiría con mucho gusto en España, pero he de permanecer más tiempo en París, porque necesito educar á mis hijos; y en España, entre otras cosas, no se enseña Geografía ni Historia».

Y son estos conocimientos tan esenciales que constituyen por sí sólo un orden de la educación, la educación cívica. Véase el plan italiano: allí se consagra especial atención á la Geografía histórica, porque la tradición y la sangrienta historia de Italia educan al alumno en el amor á la recién nacida unidad italiana que constituye una potencia de primer orden. En el Japón se antepone la Geografía de Asia á la de Europa, y en la Argentina se consagra un curso á la Geografía de América.

Se trata verdaderamente de planes de estudio muy meditados y muy en consonancia con las necesidades de los pueblos para los cuales se escribieron.

Ante ellos sentimos vergüenza por nuestra incultura al considerar la excepcional importancia que se da entre los pueblos que estudian á la ciencia geográfica, y al recordar que aquí se empieza, no por la Geografía nacional, como la ciencia exige, sino por una síntesis imposible. Hacemos punto final en lo que se refiere al actual estudio de la Geografía y pasamos á demostrar cómo debe ser enseñada esta ciencia.

R. ÁLVAREZ SEREIX.      LEOPOLDO PEDREIRA TAIBO.

(Concluirá.)



# REVISTA DE REVISTAS

---

Del *Diario íntimo*, que Tolstoï publica en una revista francesa, extractamos los siguientes pensamientos:

—La vida no es verdaderamente tal hasta el momento en que la conciencia aparece. La conciencia lo es todo. Cree uno que se oculta cuando no la ve manifestarse en los demás seres vivientes. Mas cuando la buscamos en nosotros, obsérvase que es permanente, que no tiene ni comienzo ni fin.

—El hombre concibe la vida como material, y así se mueve en el espacio y en el tiempo. Y ve el fin de su vida en el fin del movimiento de esta materia limitada.

—Los hombres atribuyen á la palabra vida dos significaciones distintas. Según una, el hombre es considerado como una porción de materia en movimiento, y según otra, como un ser espiritual, inmutable, de un valor siempre idéntico.

—La concepción de una vida material y de una existencia efímera del hombre es un error del pensamiento; es tomar la parte por el todo, el efecto por la causa. Este error puede compararse al que se cometía atribuyendo la fuerza de impulsión á las ondas que hacen rodar las piedras de un molino, y no al movimiento de toda la corriente de agua.

—Todos los jefes de religiones han atribuído siempre á la vida la significación de un principio eterno y espiritual, y no el carácter de finalidad bajo el cual ella se manifiesta. La doctrina evangélica está fundada en esta explicación de la diferencia entre las dos concepciones de la vida: la de la vida verdadera—vida espiritual—y la de la vida miserable, corporal y efímera.

—El hombre que ha comprendido su vida (creo que fué Pascal quien lo dijo) es semejante al esclavo que de pronto sabe que es rey.



—El hombre cuya conciencia no ha despertado, cree que el gobierno es una institución sagrada, un organismo esencial del cuerpo viviente, la condición absoluta de toda sociedad. El hombre cuya conciencia ha despertado, sabe bien que el gobierno está compuesto de hombres venales, que se atribuyen una importancia irrisoria y fantástica sin justificación alguna racional, y que por procedimientos de violencia hacen cumplir sus deseos. El hombre que tiene plena conciencia de las cosas, sabe que todas las asambleas, senados, sínodos, etc., así como las autoridades administrativas y los tribunales, formados en su mayor parte por gente corrompida, cometen violencias exactamente comparables a las de los salteadores en los caminos. La antigüedad de estas violencias, su extensión y organización no desmienten su verdadera significación. La institución que llamamos Estado no existiría por sí misma y no podría justificar las violencias que en su nombre se cometen. Las violencias cometidas por el Estado desaparecerían, no por medios formales y exteriores, sino por el despertar de la conciencia de cada cual.



No he encontrado, dice Camilo Mauclair en un artículo que con el título de *Les grands oubliés* publica la *Revue Bleue*, no he encontrado el nombre de Fortuny ni en las revistas de arte ni en los escritos de los hombres de mi generación. Este olvido motiva mi artículo. Fortuny era, no obstante, un pintor adorable, cuyas acuarelas marroquíes desesperaban á Regnaul cuando pintaba sus estudios mauritanos, en donde se encuentra un radioso sentido del color. Los tipos de soldados y de mendigos marroquíes que pintó el prestigioso español están dibujados con una fuerza increíble, y nadie como él para dar el tono de una muralla en la sombra ó para hacer circular el aire entre las cosas. Ningún orientalista ha sido más verdadero ni más suntuoso.

Sus aguas fuertes recuerdan las de Rembrandt ó las de Goya. Era un gran artista romántico, un gran maestro. Algún día su obra será de nuevo visible y se aclamará. Recientemente se



ha hecho en Londres una Exposición-Fortuny, de la que nuestros críticos apenas han hablado. Verdaderamente el cambio de las ideas internacionales es lento entre nosotros. Me parece monstruoso imputar á Fortuny haber copiado el mediocre fotografismo de Meissonier. Fortuny ha sido un hombre único, extraordinario, genial, que tenía el sentimiento, la originalidad de visión, la claridad de espíritu de uno de los más grandes artistas europeos y es, á no dudar, el precursor de un renacimiento de la pintura heroico-romántica con el sentido modernista del color.



En *La Revue*, Jorge Pellissier analiza la última obra de Melchor de Vogüé, *Le Maître de la mer*, especie de novela social. Este hombre verdaderamente admirable, que ha sido sucesiva y alternativamente novelista, crítico literario, historiador, moralista, hasta profeta... este hombre tan extraño y multiforme puede, sin embargo, tomar por suyo aquel dicho de Pascal: «Hay que decirlo: ni es matemático, ni predicador, ni... etc..., pero es hombre honrado». A condición, añade Pellissier, que la frase no se tome en el sentido despectivo que actualmente se le suele aplicar, y que viene á ser sinónimo de burgués y filisteo.

Pues bien, este hombre que parece universal y que, á pesar de su inmenso talento, acaso no merezca puesto alguno en la historia del siglo XIX; este hombre ha fracasado como novelista una y dos veces. *Juan d'Agrève*, que pretendía pasar por lo que se llama *novela novelesca*, no reunió las condiciones que á las obras de este género inexorablemente se exigen.

En la nueva novela, el conde de Vogüé ha querido presentar dos tipos antagónicos, como son el francés, impregnado de espíritu caballeresco de la antigua Galia, glorioso continuador de la leyenda de sus antepasados, *libérateurs du Saint-Tombeau ou libérateurs du genre humain*, y el yankee, espíritu positivo, únicamente preocupado de conquistar el mundo para amontonar dollars, pero que en el fondo, como hace notar Pellissier, no es menos idealista que el francés. Estos dos per-



sonajes opuestos, que son el eje de la novela, están extraordinariamente desfigurados por el autor de *La novela en Rusia*. El yankee, á quien el novelista llama Robinson, es un falso representante del positivismo, pues que persigue la realización de un sueño colosal que da sentido á su vida. Se trata de relizar la gran idea del imperialismo, que ha de unir en un vasto abrazo á todos los pueblos de raza sajona. Por donde se ve que el autor, *malgré lui*, pone un nimbo de gloria sobre el aborrecido yankee. En cuanto al francés, no es posible que simpaticemos con él. En verdad que no tiene nada de común con los héroes de las Cruzadas ó de la revolución. Sólo conocemos de él su indigna y pedigüeña peregrinación á través de todos los ministerios. El autor sólo nos hace conocer sus incertidumbres, sus vacilaciones, sus desalientos. Luego, el novelista, desde las primeras páginas, en vez de tener sujeta la atención del lector á las malandanzas del norteamericano aventurero, intercala una historia de amor. Los tipos de las dos razas que el autor nos pintaba para exaltar al representante de una ó deprimir al de otra, acaban por convertirse en héroes vulgares de una rivalidad amorosa. En vez de disputarse la posesión de un imperio, terminan disputándose la de una mujer. A decir verdad, Tournoël, que es el francés y el destinado desde un principio á simpatizar con nosotros, no se pertenece á sí mismo: pertenece á los muertos, cuyas tradiciones lejanas gobiernan su vida.

«Es, concluye Pellissier, la obra malograda de un brillante escritor.»

\* \* \*

En la revista alemana *Nord und Sud*, Pablo Bornstein examina las diversas representaciones de la bohemia en la literatura moderna.

En realidad, esa bohemia triste y andrajosa que hizo morir como un miserable á Mürger, ahorcarse de un farol á Gerardo de Nerval y pasear sus embriagueces de vagabundo por todos los caminos á Verlaine, feneció hace tiempo. El mismo Mürger cantóle su responso final en las admirables *Scènes*. Quedó



la bohemia dorada, como patrimonio al parecer de todo literato bien nacido; la bohemia de los cafés y de las tertulias artísticas; una bohemia más llevadera, pero no menos tediosa. Hoy la juventud tiende á emanciparse de esta mínima cantidad de bohemia. El arte debe ser burgués, proclamó Flaubert, y los artistas siguieron en su mayoría el consejo dei maestro. Después de Mürger, resume Bornstein, Zola escribió la novela de la bohemia en *L'œuvre*, luego Conrad Alberti en *Los viejos y los jóvenes*, B eibten en *La ilusión*, y por último, Knut Hamsun en *La nueva tierra*. Pero el tipo inmortal y sarcástico que ocupara en la posteridad un puesto de honor junto al Rodolfo de Mürger es el Crampton del *Colegio Crampton*, una de las mejores obras de Gerard Hauptmann, el eximio autor de *Los tejedores* y *Almas solitarias*. Este Crampton es un tipo de relieve, altivo y olímpico, que inmortaliza la obra. Bohemio vagabundo é imprudente, acaba en padre de familia y esposo, por una suprema ironía del destino.

«En el fondo, concluye Bornstein, la pintura de la bohemia implica el problema del individuo en el ejercicio de su derecho á salirse de los límites habituales que marca la sociedad. *Don Quijote* entra en este género literario.»

Miguel de Cervantes, pues, es, según este apreciableísimo germano, el precursor de Enrique Mürger.

\* \* \*

Una revista inglesa habla del artículo que Lemaitre dedicó á Mallarmé, con motivo de las traducciones de Pöe. Helo aquí: «Esteban Mallarmé tradujo los poemas de Eduardo Pöe y puso al frente de la traducción este soneto preliminar:

LE TOMBEAU D'EDGAR PÖE.

Tel qu'en Lui même enfin l'éternité le change  
 le Poete suscite avec un glaive nu  
 son siècle epouvanté de n'avoir pas connu  
 que la Mort triomphait dans cette voix étrange  
 Eux comme un vil sursaut d'hydre oyant jadis l'ange  
 donez un sens plus pur aux mots de la tribu  
 proclamerent très-haut le sortilege bu  
 dans le flot sans honneur de quelque noir melange



du sol et de la nue hostiles ó grief  
 si notre idée avec ne sculpte un bas relief  
 dont la tombe de Pöe eblouissante s'ome  
 calme bloc ici-bas chu d'un desastre obscur  
 que ce granit du moins montre à jamais sa bome  
 aux noirs vols du Blaspheme epars dans le futur

—¿Qué quiere decir esto?—se me preguntará.

Yo responderé:

—Señores: Esteban Mallarmé es un hombre originalísimo, que comenzó haciendo versos bastante inteligibles, á pesar de algunas singularidades. Estos versos se pueden encontrar en *Le Parnasse contemporain*, en *Les poètes maudites*, de Pablo Verlaine (la *Fênetre*, *Placet*, *Automne*, y sobre todo en *Guignon*, que es una maravilla). Después Esteban Mallarmé se convirtió decididamente en lo que llamó Cátulo Mendes «un autor difícil». Yo, por lo menos, no comprendo sus versos. Si tenéis paciencia, y sobre todo tiempo para ocuparos de cosas inútiles, haced el favor de ayudarme á traducir el soneto como si fuese un texto de Lycophron. He copiado el soneto tal como está en el libro, sin puntuación de ninguna clase. No sería malo ponérsela. Creo que debe haber una coma después de *change*, un punto después de *étrange*, una coma después de *eux*, otra después de *tribu*, un punto después de *melange*, una exclamación después de *grief*, otra después de *obscur*, y por último, creo que debía haber punto final. He aquí ahora la traducción:

«Vuelto á ser lo que antes era, tal como la eternidad nos lo presenta, el poeta al resplandor de su cuchillo afilado despierta y ve á su siglo espantado por no haber reconocido que su voz extraña era la gran voz de la Muerte.

La multitud, que primero se había horrorizado como una hidra, oyendo á este ángel dar un sentido nuevo y más puro á las palabras del lenguaje vulgar, proclamó en voz muy alta que el sortilegio á que con esto daba lugar lo había cometido estando bajo el influjo de la borrachera ignominiosa del ajenjo.

¡Oh crimen de la tierra y del cielo! Si con las imágenes que nos has sugerido podemos esculpir un bajo relieve que adorne su tumba magnífica, que al menos este bloque frío,



semejante al del aerolito que presagia á la tierra un desastre misterioso señale los límites en que los blasfemos futuros, enemigos del poeta, vengan á rasgar su velo negro.»

Está muy mal traducido y conste que lo hice lo mejor que pude. No tengo la completa seguridad de haber entendido el cuarto verso, ni el quinto, ni el sexto, ni el noveno, ni el duodécimo, ni el último. Al parecer, Mallarmé veía lo que nosotros no vemos en seguida, esto es, la relación entre las imágenes y las ideas, entre los signos y las cosas significadas. Creía en una especie de universal armonía preestablecida, en virtud de la que las mismas ideas abstractas deben suscitar en centros bien informados los mismos símbolos. Es un *leibnitziano* convencido de las justas correspondencias entre el mundo físico y el del pensamiento. Y cree que todo esto ha sido establecido desde la eternidad, y que la inteligencia divina lleva en sí la tabla sinóptica de todos estos paralelismos, de todas estas relaciones necesarias y únicas entre lo visible y lo invisible. Positivamente, nosotros no estamos en los secretos divinos.

Los poemas de Pöe están, por otra parte, traducidos con una hermosa y atrevida literalidad. En *El cuervo*, el símbolo es claro, triste, sorprendente, y el *never more* se convierte en un tañido doloroso. Los demás poemas son vagos, armoniosos, místicos desvaríos sobre el amor y la muerte, poesía lunar y nocturna.

«El cielo estaba plúmbeo. Era una noche del solitario Octubre, de un año memorable. Á través de unas avenidas de cipreses, caminaba errante acompañado de Psiquis, de mi alma.....»

«Es la media noche. Estamos en Junio. Brilla una luna mística. Un vapor opaco, húmedo y oscuro se exhala de la atmósfera dulcemente, destilándose, gota á gota, sobre la cumbre de las montañas, cae con un ruido sonoro en el valle.... El romero saluda á las tumbas.....»  
El lirio flota sobre las olas.....»

La poesía de Pöe es semejante á estos pasajes. Toda ella está empañada por un vapor opaco. Hay poemas que recuerdan versos, más reposados ó sencillos, de Baudelaire ó de Sully Prudhomme.



«Y tú, fantasma que vagas por los sepulcros, entre los árboles, y te deslizas á lo lejos. Tus ojos quedan aquí. No quisieron partir. Nunca. han partido.....»

El poeta de la *Vida interior* dice:

O morte mal ensevelie  
ils ne t'ont pas fermé les yeux.

\*  
\* \*

Sobre *el cinismo* publica Tardieu un estudio psicológico interesantísimo en la *Revue Philosophique*. El cinismo es, al decir de Tardieu, una especie de exaltación egoísta, la aprobación dada á nuestros instintos inmorales, el constante menosprecio de nuestra naturaleza. El cinismo parte del egotismo y en él tiene sus raíces; es más bién el egoísmo plenamente consciente que en sí se deleita, á sí mismo se aprueba y glorifica; en una palabra, el egoísmo crudo y desnudo sin pudor y sin freno, monstruoso y colosal, elevado á la enésima potencia. El cínico es aquel que se sustenta de su propia infamia y que no sabe de qué reirse; un Mefistófeles divertido con el alma repleta de sentimientos sórdidos, que rodase con aire fanfarrón y orgulloso por los vicios más degradantes. El cinismo va acompañado de alegría, alegría extraña, rica en consecuencias. Como conciencia que es de un estado nuevo, la humanidad tiene para el cínico tan deplorable aspecto que no duda en declararla desquiciada, y á los semejantes seres innobles, afrentosos y ladrones. Los prejuicios, los escrúpulos de que hasta entonces estaba forjada su moralidad se disipan como las últimas luces del crepúsculo y una fuerza desconocida surge para conducirlo á través de la vida. El cinismo tiene sus gradaciones como todo lo humano. Cuando es razonado y alega sus motivos constituye un sistema, una filosofía. Como procede de la negación de todo, profesa el desprecio más completo hacia nuestra naturaleza. Es decir, que la virtud de sacrificarse por los demás parece dentro del cínico cuando llega á ese estado. Conocer á fondo y tal como es á un ser humano y amarlo, decía Mme du Deffand, es cosa imposible.



Cada uno de nosotros tiene su naturaleza, añade Goethe en alguna parte, algo de lo que si se sincerase no dejaría de excitar la repugnancia. Y Flaubert escribía en su *Correspondance*: «En el fondo siempre persiste esta canallería vieja, inmutable é inquebrantable. Es la base». No hay amor que dure, ni amistad á la que no sea el cínico infiel á pesar de las protestas del sentimiento y de las apariencias de probidad. El cinismo, ya lo hemos dicho, estimula el propio desprecio y vence la dignidad de carácter, la bondad interior, la educación honesta, por ser estas voces de un atavismo ciego, voces de otros en nosotros. Despreciarse, trabajar con fervor en el propio envilecimiento, he ahí la labor del cínico. *Omnia serviliter pro dominatione, pro voluptate* y lo que sigue. El cinismo, sin embargo, no es una entidad definitiva; parecido al egoísmo, que se confunde con la propia sangre y reviste caracteres de infinita plasticidad, encontrándose mezclado á todos los movimientos del espíritu, insidioso, imperceptible, imponderable. Generalmente adopta dos formas. Es positivo cuando tiene por representantes á la ambición sin límites, á la fuerza que se impone, á la voluntad de dominio, á las explosiones sádicas. Y negativo cuando está representado por la prudencia que se abstiene, por la indiferencia que no interroga, por el escepticismo sin amargura. Sin expresión peculiar, se le reconoce, no obstante, en la fisonomía baja y abyecta del hombre vulgar, en la palabra libre, grosera, indecente; en que sus vicios espirituales son la mentira, el charlatanismo, el diletantismo, y en sus actitudes frecuentes la risa sorda, la ironía fascinante, el tono brutal, el aire satánico y el desprecio desbordándose. El cinismo permanece ocasionalmente especulativo, teórico, verbal, disimulado en los repliegues más profundos del pensamiento. Puede manifestarse el cinismo de una manera difusa, floreciendo, en una existencia plagada de vicios, en la vida impúdica, ó en la ambición sin escrúpulos del perezoso ó del hipócrita. Ligeramente cínico, por ejemplo, fué Stendhal. «Fué egoísta y seco», dice de él un biógrafo. «Yo no guardo memoria, escribe el autor de *Rouge et noir*, de lo que no me interesa.» «Tuvo y conservó amigos. Y hasta el último día y más allá de la muerte fué fiel á sus afecciones, á Crozet y á



Colomb. Pero es indudable que recibió más favores de los que hizo, y que olvidaba la amistad para correr á los placeres» (1). Entre los cínicos que pertenecen á la historia son modelos inimitables Talleyrand y Fouché.

El cinismo tiene ciertos teóricos que lo han justificado reconociendo su legitimidad. La especie humana, arguyen ellos, en sus bajos fondos es perversa, feroz, abominable, y no es malo estar advertido para defenderse enérgicamente contra estos peligros. La Rochefoucauld en sus máximas considera al amor propio como el resorte universal. «El mal que hacemos nos atrae menos persecuciones y odios que nuestras buenas cualidades. Es menos peligroso hacer el mal á los hombres que hacerles el bien. Hay gentes de las cuales no puede creerse el mal hasta haberlo visto; mas llega un momento en que nos sorprendemos viéndolo.» Schopenhauer erige como norma el desprecio á la humanidad y nos da esta sabrosa máxima: «Estudiad para adquirir una vida exacta y bien acordada con la naturaleza, mas enteramente llena de desprecio por la humanidad». «El Estado, esa obra magna del egoísmo inteligente razonado, total de todos los egoísmos individuales, ha puesto los derechos de cada uno en manos de un poder infinitamente superior al poder del individuo... De este modo son relegadas á la sombra la ferocidad de unos, el egoísmo desmesurado de casi todos, la maldad de muchos... Estos millares de seres que nos rodean se obligan mutuamente á respetar la paz y en el fondo son tigres y lobos á quienes un fuerte bozal impide morderse.» «...El hombre no tiene más que un deseo absoluto, conservar la existencia, evadirse de todo dolor, de toda privación, y lo que desea es la mayor suma posible de bienestar, la posesión de todas las alegrías que es capaz de imaginarse y que sin cesar varía. Todo para mí, nada para los otros; tal es la divisa. El egoísmo es colosal, y el universo apenas si puede contenerlo. Si se nos diese á escoger entre el aniquilamiento del mundo y nuestro propio aniquilamiento, nadie respondería por sí. Cada cual se hace el centro del mundo y todo lo relaciona consigo.» Renan, el maravilloso acró-

(1) A. Chuquet, *Stendhal-Beyle*, pág. 452.—París, 1902.



bata del escepticismo, dice en alguna parte: «Si el mundo, en efecto, no es cosa seria, es que son gentes dogmáticas, las que hubieran sido frívolas, y las gentes del mundo, las que los teólogos llaman aturdidas, las que hubieren sido verdaderamente sabias... Es una sabiduría de dos ramas que se presta igualmente á dos eventualidades del dilema; una vía media en la que de un modo ó de otro no puede decirse más que: *Ergo erravimus in utrumque paratus*. Ser propicio á todo, he aquí acaso la verdadera sabiduría. Abandonarse según las horas al escepticismo, á la confianza, al optimismo, á la ironía, he aquí el medio de ser seguro, al menos en los momentos en que se ha sido verdadero». Acaso, según Renán mismo, el libertino sea el único que tiene razón y que practica la verdadera filosofía de la vida. Para Stendhal, la vida se resume en buscar la mayor cantidad de dicha. «La virtud es aumentar la dicha; el vicio aumenta tan sólo la desgracia, lo demás es una hipocresía burguesa intolerable.» «Cada uno mire para sí en este desierto que se llama vida», tal es su fórmula egotista. Merimée se expresa de esta suerie: «Despojaos de vuestro optimismo y figuraos que en este mundo se vive en perpetua lucha. Sabed también que no hay nada más común que hacer el mal por puro placer de hacerlo». Max Stirner se hace profesor de egoísmo, exalta el individualismo absoluto: cada uno de nosotros es el único. Enemigo irreductible de todo lo que tiende á imponerse como principio directo de la conciencia, el sentimiento de lo divino, el sentimiento de lo sagrado, el respeto, exclama: «hombre, la cabeza erguida, tú imaginas grandes cosas, tú pintas todo un mundo de dioses que existen para ti, un reino de espíritus al cual eres llamado, un ideal que te hace señas.»

«Tú tienes una idea fija. No creas que hablo figuradamente cuando digo que los hombres que buscan alguna cosa superior son locos de atar, verdaderos locos...» El inmoralista Nietzsche nos trae también su nuevo evangelio: «En el fondo todas las grandes pasiones son buenas». «La voluptuosidad, el deseo de dominación y el egoísmo son los bienes por excelencia.» Los pecados capitales del cristiano son para el *anti-cristo* virtudes capitales. «Si se me demuestra que la dureza



del corazón, la crueldad, la audacia temeraria, el ansia de batallar tienden por naturaleza á aumentar la vitalidad del hombre, yo diré *sí* al pecado y al mal. Y si descubro que la verdad, la virtud, el bien, en una palabra, todos los valores venerados y respetados hasta el presente por los hombres son inútiles á la vida, yo diré que *no* á la ciencia y á la moral.» El superhombre de Nietzsche gozará de la mayor intensidad de vida posible. «El hombre debe ser cada vez mejor y más malvado—esto es lo que yo enseño, *yo*.—El mayor mal es necesario para el mayor bien del superhombre.»

Metafísicamente el cinismo tiene por fundamento la inmoralidad de la naturaleza y de la vida, la necesidad inexorable del egoísmo. La naturaleza es inmoral. Ignora lo justo y lo injusto y no nos hace presentir ni recompensa ni castigo. El sol no pierde su luz porque sobre la tierra se cometan crímenes horribles y la lluvia fertilizante cae sobre los campos de los buenos y de los malos. Nuestra vida misma es inmoral. Se nos ha dado por un acto ciego, sin que previamente hayamos sido consultados. Es incierta, efímera, vaga. Toda bestia, sin embargo, se defiende; el hombre más vil no se condena enteramente, el imbécil más averiado no reniega de sí mismo. Y en el fondo de todo lo que vive—animal ó planta—hay un ciego, obstinado é infatigable querer vivir. Este cinismo inmanente, este egoísmo, es la ley de los seres. «Es preciso que el corazón se quiebre ó se endurezca.» Ni la amistad, que es un cambio de servicios, un comercio disimulado, incapaz de perdurar más allá de este límite; ni el amor, esa locura entrañable, más vaga que humo; ni la familia, que desaparece y que deja en nuestro corazón tan hondas raíces, son parte á alterar la indiferencia de nuestra naturaleza secularmente egoísta.

Qui sait combien de morts à chaque heure on oublie,  
Des plus chers, des plus beaux?

Qui peut savoir combien toute douleur s'emousse,  
— Et combien sur la terre un jour d'herbe qui pousse  
Efface de tombeaux!

De los veinte á los treinta años, dice Taine (1), el hombre,

(1) *Thomas Graindorge*, pág. 307.



con harto sentimiento, extraña su ideal, pues vive ó cree vivir tranquilo: mas es la tranquilidad de una mozueta-madre que hubiese asesinado á su primer hijo.

El cinismo, ó es signo de los fuertes, ó desquite de los vencidos.

Cada instante, dice Nietzsche, devora al precedente, cada nacimiento es la muerte de seres innumerables: engendrar, vivir y asesinar son una misma cosa. Por esto podemos comparar la cultura triunfante á un vencedor disgustado de tanta sangre, que trae consigo, tras de su cortejo triunfal, un rebaño de vencidos, de esclavos... Y Sully-Prudhomme escribe en alguna parte.

*Tout vivant qui jouit en martyrise un autre.*

El cinismo acompaña también á los sensuales, á los apasionados, puesto que la pasión es un deseo hipertrofiado, frenético, violento, parcial y, por tanto, egoísta. Y en ambos casos el cinismo puede ser también innato, hereditario. Una naturaleza incapaz por su constitución moral, dice Jorge Elliot, de cometer un crimen, puede sentir, sin embargo, movimientos criminales. Tales palabras bien pueden aplicarse á nuestro propósito con escasas modificaciones. Todo hombre inclinado por educación al altruismo puede sentir dentro de sí movimientos egoístas. Y un egoísta es un cínico que no se atreve á serlo.

PEDRO G.-BLANCO.

Febrero 1904.







# LA CRIMINALIDAD

---

EL CRIMEN Y EL CRIMINAL SEGÚN LAS ESCUELAS  
MODERNAS DE CRIMINOLOGÍA

---

## CAPÍTULO I

### **La criminalidad considerada en general.**

#### I

Prosiguiendo la serie de nuestros estudios criminológicos, en los que hemos procurado exponer y analizar las doctrinas de las diferentes escuelas que pugnan en el campo de la ciencia por conseguir la victoria, y aspiran á implantar sus conclusiones en el legislativo, expulsando de él al ya insostenible *clasicismo*, vamos á tratar en el á que damos comienzo, varios extremos ó particulares interesantísimos, objeto de empeñados debates, que, como era de esperar, no han sido infructuosos, pues se han estrechado las distancias, se han establecido principios que pueden decirse comunes, se ha llegado á soluciones que la generalidad de los criminólogos aceptan, se ha procurado con especial atención el conocimiento, lo más completo posible, del *sujeto del delito*, del delincuente, y se ha evidenciado la superioridad para tales estudios del método inductivo-deductivo, de observación y experimentación, que mira á la vida real, sobre el *apriorístico*, que no presentaba sino abstracciones é ideologismos. Muchos son los problemas que encierra la criminalidad, y no menos los particulares de que ha debido ocuparse, y con efecto se ocupa la ciencia jurídica, es-



pecialmente las ramas de la misma comprendidas en las denominaciones de antropología y sociología criminal. De algunas de ellas es de las que pensamos tratar, contando con la benevolencia de nuestros lectores.

Uno de esos particulares lo es el referente á los caracteres y marcha de la criminalidad, marcha ascendente y no interrumpida, no obstante las esperanzas que los defensores y mantenedores del *clasicismo* penalista hicieron concebir, y que la experiencia de tantos años ha desvanecido. Este desarrollo de la criminalidad se manifiesta de un modo clarísimo en los delitos y atentados contra la propiedad, desde las raterías infantiles y los pequeños hurtos de los *liladors* catalanes y los *randas* madrileños, hasta los robos con fuerza en las cosas ó violencia en las personas, desde los vulgares *timos* del *tirador de los ochavos*, del *camará*, del *jugador de las tres bolitas*, del vendedor de la *ful* y del *taruguista*, hasta las colosales, y con frecuencia impunes estafas de ciertos grandes especuladores y de los *panamistas* de todos los pueblos, que en la misma índole y extensión de los negocios y en los pingues rendimientos de los mismos encuentran el seguro asilo que en otros tiempos el criminal encontraba en los monasterios, en las iglesias, en los castillos señoriales, en las ciudades privilegiadas y en los palacios de los reyes.

Uno de los escritores que han procurado determinar el carácter general de la criminalidad moderna ha sido el eminente sociólogo Von Liszt (*El crimen como fenómeno patológico social*), acomodando, como era consiguiente, sus apreciaciones á las ideas que patrocina y desarrolla en notables y conocidísimos trabajos. M. Liszt entiende, y á juicio nuestro con bastante fundamento, que el crimen, y por lo tanto la criminalidad, constituyen un fenómeno social, «producto, por una parte, del temperamento propio del malhechor», de su organización fisio-psíquica, y por otra parte, «de las condiciones sociales en que está colocado dicho criminal»; y entiende también que de estas dos clases de factores, que concurren siempre en mayor ó menor grado á la formación del malhechor y á la producción de los actos delictuosos, la segunda clase, ó sea la de los sociales, «tiene más importancia que la



primera, ó que los biológicos individuales». De este mayor predominio, por algunos positivistas de la escuela italiana negado, saca la consecuencia «de que la criminalidad es sobre todo un fenómeno social», fenómeno que por su misma naturaleza «no es en sí *patológico*, carácter que tan sólo pueden tener las variantes en el número de hechos de la criminalidad».

Haciéndose cargo de estas ideas, ya en sí bastante precisas, y de algunas de las consideraciones por el autor aducidas en su apoyo, se lee en el juicio crítico del *Anuario sociológico* (1899) lo siguiente: «M. Liszt, estima que el desenvolvimiento de la criminalidad en el imperio alemán desde el 1892 ofrece en el más alto grado este carácter social. De sus demostraciones resulta que la *política social*, única que puede modificar las causas sociales del crimen, ocupa un puesto de bastante mayor importancia que la *política criminal* propiamente dicha, la cual únicamente puede obrar por la pena sobre los individuos criminales. El actual sistema penal, en el que las legislaciones ponen toda su confianza, no tan sólo es impotente, sino absolutamente funesto: con él hay actualmente más probabilidades de que un individuo cometa un crimen, cuanto éste haya sido castigado con más frecuencia. Así, pues, M. Liszt reclama: 1.º, medidas de política social, y en particular la mejora de la situación económica de la clase obrera; 2.º, la protección y la educación de la infancia abandonada, y 3.º, la transformación del sistema penitenciario».

Estas ideas de M. Liszt, en las que se condensa todo su plan ó sistema criminológico, y que se diferencian bastante radicalmente de las que han imperado y todavía entre nosotros imperan, encuentran una confirmación en los apreciabilísimos trabajos de los sociólogos criminalistas, basados en el empleo del método inductivo-deductivo de observación y de experimentación, y en el abandono del *apriorismo clásico*. Está muy en lo cierto M. Liszt al calificar de fenómeno social á la criminalidad, al señalar como predominante, como el de mayor influjo al factor social, al hacer ver la impotencia de los actuales sistemas penales, y al proponer como el más eficaz remedio la adopción de las que denomina medidas de *política social*, y que en realidad son las por Enrique y Ferri llamadas



*intituzioni penali*. La criminalidad en su esencia, y muy principalmente la que de *profesional* se califica, y sobre todo la que se dirige contra la propiedad, ha respondido siempre á las condiciones y circunstancias de las sociedades, se ha compe-  
netrado con ellas, por decirlo así, ha crecido conforme á su vez se fortificaban, ha disminuído ó se ha atenuado á medida que aquéllas iban modificándose, y ha tomado nuevas formas en correspondencia con las mismas. Así lo demuestran, por ejemplo, las piraterías de los pueblos antiguos, los ladrones de ganados y salteadores de caminos de la Edad Media, los brigantes y bandidos de épocas posteriores, las bandas de forajidos de los comienzos del siglo XIX, los *trabucaires*, secuestradores, *roders*, etc. que les sucedieron y en parte coincidieron con ellos, y los *dronistas* y *atracadores* de nuestros días, que vienen á constituir las manifestaciones sucesivas de una misma especie de criminalidad, de una de las formas de ésta, y que pasaron y siguen pasando por las mismas fases de las sociedades y épocas á que han correspondido. El ambiente social determina el carácter general de los hechos delictuosos, debiéndose á ello el que los que en una época revistieron ciertas formas, en otras las modifiquen ó las pierdan, sustituyéndolas con muy distintas. Por tal razón, más que penas, son necesarias medidas cuales las por M. Liszt preconizadas.

## II

Aun cuando incidentalmente, ha dedicado M. Gaston Richard al estudio de la criminalidad, considerándola casi bajo el punto de vista que M. Liszt, algunas páginas de su apreciable libro *El socialismo y la ciencia social* (1899). Igualmente la atribuye carácter social, y del mismo modo designa á los factores de este orden como los principales, fijándose para demostrarlo en la delincuencia profesional y en algunos de sus componentes. «Es sabido, dice, que las observaciones hechas sobre la población de las prisiones han coincidido con los trabajos de los estadistas en establecer que la forma de criminalidad propia de las sociedades de la Europa Occidental y Cen-



tral—criminalidad llamada *astuta* por los sociólogos, que principalmente han atendido á los procedimientos de los que la practican,—es una criminalidad en cierto modo *profesional*, atestiguada por la cifra creciente de la reincidencia, y una criminalidad *infantil*, comprobada por el número también creciente de los penados jóvenes».

Después de estas indicaciones que consideramos exactísimas, pues la criminalidad profesional es la que verdaderamente caracteriza á la de nuestros días, predominando de un modo extraordinario sobre la de *ocasión* y sobre la *pasional*, añade: «El criminal de profesión ó de hábito casi siempre ha sufrido más ó menos condenas antes de llegar á la mayoría de edad. Sintetizando, puede afirmarse que la reincidencia y la criminalidad infantil no son sino dos hechos conexos, sino dos aspectos de un mismo hecho social. Los estudios hechos acerca de los jóvenes detenidos por Raux y Allanet en Francia, por Lino Ferrani en Italia, por Douglas Merrison en Inglaterra y por Hugo Heine en Alemania, conducen á la misma conclusión. El malhechor joven es, ó el hijo de un penado, ó un niño abandonado, ya por ser huérfano, ya porque sus padres están separados ó entregados al alcoholismo. Más aún: el joven malhechor debe con frecuencia su primera condena á ciertas excitaciones. En resumen, el *abandono de la infancia*, el *alcoholismo* y la *vagancia* son los tres grandes factores de la criminalidad contemporánea».

Tenemos, pues, que, á juicio de Mr. Richard, esta criminalidad ofrece los caracteres de ser eminentemente *social*, *profesional é infautil*, determinándola principalmente el *abandono de la infancia*, el *alcoholismo* y la *vagancia*. Aclaración de sus ideas puede decirse que lo son las consideraciones encerradas en el siguiente pasaje que, á la par, completa su concepto general de la criminalidad: «La prostitución y el suicidio no son hechos criminosos en el sentido estricto de la palabra. Algunos llegan á pretender que neutralizan la criminalidad, y que cuanto más azotada es una nación por ellos, menos sufre por el homicidio y el robo. Esta tesis es con razón muy discutida. Valga lo que valga, no puede dudarse de que el aumento constante y rápido de la prostitución y del



suicidio no es un hecho social mórbido; pero la estadística moral nos muestra que las naciones que más sufren la criminalidad infantil y la reincidencia sufren en igual proporción la prostitución y el suicidio».

No se aparta mucho de las ideas de los anteriores publicistas y sociólogos el concepto que de la criminalidad ha defendido el distinguido médico y antropólogo criminalista doctor Corre, en el discurso preliminar del apreciable libro de Mr. Paul Aubry. *El contagio del homicidio*, al que más de una vez, reconociéndole su indiscutible mérito, habremos de acudir en este estudio. «La criminalidad—escribe el doctor Corre—no puede emanciparse de todas las leyes comunes á los distintos géneros de manifestaciones de las actividades humanas. Cualquiera que sea la manera de comprenderla y definirla, aparece ser una forma de la *impulsividad*, emanada de la doble *solicitud inventiva é imitativa*. Con todo, en sus modos generales, la *invención* se revela con bastante menos frecuencia y energía que la *imitación*. El robo, la violación, el homicidio, etc., que desde hace tantos siglos nacen de los mismos impulsos pasionales ó de los mismos vicios de organización social, se ejecutan con arreglo á procedimientos casi similares; pero estos procedimientos se perfeccionan de un tiempo á otro, cuando un criminal de genio toma, en circunstancias fáciles de encontrar, y en los descubrimientos útiles de la ciencia, medios no entrevistos antes y destinados á asegurar el éxito de sus malas decisiones, al mismo tiempo que la impunidad. Los perfeccionamientos serán imitados según las aptitudes de los profesionales de la delincuencia. Sin embargo, y en ello hay que fijar bien la atención, es el acto criminal en sí,—cuya repetición, bajo una forma cualquiera, imprime en los cerebros predispuestos la imitación delictuosa—es el que tiende á multiplicarse cada vez más. Se roba, mata, etc., siguiendo una progresión cuantitativa, fuera de toda relación con la expansión cualitativa de tal ó cual modalidad del atentado. El vetusto juego ha continuado en auge hasta el punto de que puede aplicarse al crimen el antiguo adagio *no hay nada nuevo bajo el sol*, y de hecho, más se afirma la perversidad por el número de los crímenes que por el relieve de



sus medios especiales de actuación: para demostrarlo no hay necesidad de hacer una excursión demasiado lejana.»

Aún cuando sea algún tanto extensa esta parte del trabajo del Dr. Corre, creemos ser conveniente su reproducción, especialmente por venir en apoyo de varias de las ideas que emitiremos en capítulos sucesivos. «En los romances del siglo XIV, dice, y en las poesías de Vlilon, y de sus discípulos ó acólitos, pueden leerse muchas de las proezas que en aquel tiempo eran dignas de la horca y hoy solamente de la prisión, que se presentan como originales de los bandidos de nuestras poblaciones, grandes ó pequeñas. Panurgo ha servido de intermediario doctrinal á la transmisión. Pero en lo que respecta á la práctica de las lecciones profesionales por celebridades más ó menos legendarias durante el curso de los tiempos modernos, ¡cuántas de sus formas ya existían en edades remotas, vulgarizadas en el mundo de los anémicos! El mismo *argot* tiene orígenes antiguos. El robo por los tomadores de bolsillos existe desde que se conocieron bolsas ó recogidas de los vestidos con destino á guardar algún objeto tan bueno de coger como de conservar. El robo al *pimiento* se renueva desde que los malvados precoces se persuadieron de la facilidad con que un borracho caído en tierra por efecto del vino, sin músculos para defenderse y sin pensamiento para comprender, se deja desvalijar: desnudar á los que habían bebido con exceso, y hacerlo con presteza, era ya un arte muy adelantado en la Edad Media, á juzgase por la aventura de las *alegres comadres*, obligadas á encerrarse en un lugar destinado á la conservación de la cecina... después de haber regado abundantemente un festín tripicallero. El ladrón á la *americana*, es, según la ocasión, el *bordier* ó *bourdeur* parisién del siglo XVIII, tan hábil en descubrir tontos entre los provincianos y extranjeros. La historia de aquel alto señor... del arroyo, tan listo entre los listos *timadores* de París, que, sin un céntimo, después de haber obsequiado á varias mujerzuelas, dejó en prenda á la hostelera un gran saco que dijo estar lleno de papeles importantes, y que el comisario llamado para abrirlo, después de una ausencia prolongada del granuja, encontró cuajado de... tuvo sus imitadores.



»Se practica el *chantage* del adulterio y de las malas costumbres en 1477, refiriendo Juan de Troyes que dos busconas, á excitación de un enemigo de un servidor de *Olivier el gamo*, primer barbero y ayuda de cámara de Luis XI, le acusaron falsamente «de haberlas forzado y cometido con ellas el torpe pecado de sodomía». Se sabían utilizar los brebajes narcóticos para perpetrar atentados contra el pudor y violaciones. En cuanto al homicidio con premeditación y acecho, se remonta á Caín, de odiosa memoria; pero se ha singularmente perfeccionado á medida que las armas de fuego han proporcionado á los malhechores un instrumento más seguro para la ejecución de sus atentados. Los mismos descuartizamientos tienen antepasados bastante lejanos. Tal aconteció con Vadin, que á consecuencia de una cuestión de intereses con Petit Jhean, esperó una noche á su acreedor, le asesinó con ayuda de tres sicarios y le hizo cortar las piernas para desembarazarse más fácilmente del cadáver. (*Crónica de Juan de Troyes, 1477*).»

De todos estos hechos induce el Dr Corre la conclusión de que entre los caracteres generales de la criminalidad debe incluirse el de la persistencia en la esencialidad de sus manifestaciones. Mientras que responda, como responde, á las mismas causas, tiene que manifestarse en parecidas, y aun en iguales formas. En su opinión, depende del organismo, de la que puede decirse psicología del criminal, y de los vicios sociales, y ninguna de estas causas, sobre todo las antropológicas, han sufrido esenciales modificaciones. *Á iguales causas, iguales efectos*, se ha dicho desde los tiempos más remotos, y como las causas han venido siendo las mismas, los efectos necesariamente lo han sido también. De aquí la constante repetición de determinados delitos, de la casi totalidad de los conocidos; únicamente, como consecuencia del cambio de la manera de ser de las sociedades, han desaparecido ó han variado algunos de sus modos de actuación, ó se han atenuado. Los ladrones de hoy son hijos legítimos de los ladrones de ayer, de los que pululaban en la Edad Media y de los que también se conocieron en la antigüedad, y como tendremos ocasión de ver, los robos, hurtos, asaltos de viajeros, escalamientos de casas, atracos, etc., de nuestros días, han tenido nu-



merosos y antiquísimos precedentes. Así pues, la historia de la criminalidad apoya resueltamente la opinión del distinguido antropólogo.

## IV

No es ésta, sin embargo, la del eminente jurisconsulto Mr. Gabriel Tarde. Para él (*Estudios penales y sociales*), «la criminalidad del antiguo régimen, considerada en su conjunto, difiere de la actual en caracteres importantes, pues crímenes ó delitos que en nuestro tiempo tienen mucha resonancia, grandes estafas, abusos de confianza, violaciones de menores, infanticidios, sin hablar del suicidio, apenas existen, ó faltan por completo en la antigüedad; otros han desaparecido hoy, ya porque no se consideran delitos, ya porque no se producen, pero que antes se castigaban, si bien con decreciente severidad, como la blasfemia, el sacrilegio, la brujería, etc.; y aun en aquellos hechos considerados actualmente como delitos ó crímenes, lo mismo que antes, las divergencias son tales desde el punto de vista de la proporción numérica, de los procedimientos de ejecución, ó de las condiciones de los ejecutantes, que en verdad la antropometría de Lombroso, si pudiera aplicarse á los ladrones y asesinos de otros tiempos, no confundiría á aquellos criminales con los nuestros».

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

---







# CREÚSA

---

(Recuerdos de la *Eneida*.)

Si la esposa de Eneas no se pierde  
en el incendio y destrucción de Troya;  
si á su marido en la excursión convoya  
por Cartago infeliz é Italia verde,

¿Cómo Eneas jugara al ganapierde  
con Dido amante, aunque el amor le apoya?

¿Cómo Alecto enmaraña la tramoya  
y á Turno, Eneas, por Lavinia muerde?

Nada quedara en pie de la admirable  
narración de troyanos proculeya  
cual Virgilio Marón trató de urdirla.

Es la mujer tan una y tan mudable,  
que si Helena principia una epopeya,  
se bastara Creúsa á destruirla.

J. L. ESTELRICH.

---







# LA NIÑA GUAPA<sup>(1)</sup>

## LEYENDA VALLISOLETANA

### CAPÍTULO XI

*En el que se refiere lo que pasó en lo que el corregidor llamaba la cueva del lobo.*

Fuera seguían las cosas en el propio ser y estado que las dejamos; los cuadrilleros y demás emboscados, el corregidor y Fontecha con sus grupos de reserva, Azcona y Juan entre las ruinas, y todos inmóviles y silenciosos. De pronto Azcona principió á notar que una piedra colocada sobre la base de una columna se movía. Cogió la mano de Juan, y sin hablar palabra le señaló aquella extraña cosa. Poco después vieron ambos que la piedra se levantaba y caía de lado dejando descubierto un agujero. En el acto salió por él una cabeza de hombre, luego un cuerpo, luego unas piernas. Después salió una cabeza de mujer, la de Isabel, y el cuerpo de ésta. Y por fin, siguiendo á los dos, apareció Galita. En seguida Chupa-lámparas volvió á colocar la piedra movable en su sitio. En el acto se lanzaron los dos, Gil apoyando la punta de una espada en el pecho del bandido y Juan abrazando á Isabel.

—Estás cogido.

—Las he librado.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Juan.

—Apártate, que te hieres—contestó Isabel mostrando el puñal.

Con efecto, Juan en su arretrato se había rozado una mano

---

(1) Véase la pág. 97 de este tomo.



con el filo del arma. Á todo esto desembocaban de la maleza el corregidor y Fontecha, cada uno con su gente.

—¡Quietos todos!—mandó aquél.

Todos callaron, quedando inmóviles.

—Isabel, ¿qué ha ocurrido?

—Que nos hemos librado con ayuda de éste.

—¿Y ése quién es?

—Yo, señor, Chupalámparas.

—¿Le conocéis, Azcona?

—Sí por cierto, un bribón de tomo y lomo.

—Señor corregidor—se atrevió á decir Isabel,—éste nos ha ayudado á salvarnos, y yo le he prometido interesarme por él cuanto pueda, contando con el interés que su señoría tiene por mí y el que seguramente tendrá por D.<sup>a</sup> Gabriela.

—¿Quién es D.<sup>a</sup> Gabriela?

—Ésta.

—Sí, yo soy hija de D.<sup>a</sup> Mencía, sobrina de la Marquesa y hermana de Beatriz.

—Pues bésoos las manos, mi señora, y os felicito por vuestra libertad. Y tú, bribón, ¿has cometido robo sacrílego?

—No, señor.

—¿Has asesinado?

—Tampoco.

—Se hará por ti lo que se pueda. ¿Quiénes quedan ahí dentro?

—Ocho ó diez.

—¿Está Caperuzo?

—Sí, señor.

—Pues guía á donde está, y aunque hayas delinquido mucho, pediré tu perdón al Rey.

—Me matarán en cuanto me vean.

—No te verán; guía.

Chupalámparas no había contado con esto. Un sudor se le iba y otro se le venía, temblaba hasta parecer un azogado. Siguió D. Melchor:

—O guías ó te mando ahorcar aquí mismo. Mira esa encina. Azcona, ¿hay cuerda?

—Sí, señor.



Chupalámparas, con voz encogida concluyó:

—Guiaré.

Durante este interrogatorio, hablaban aparte, formando grupo, Galita, Isabel, Juan y D. Alonso, que con el permiso correspondiente había dejado su puesto en el círculo sitiador. Y decía:

—Prima, ya se acabaron tus trabajos, tus penas y tu miseria; vendrás á casa, encontrarás á tu tía y á tu hermana, las dos te esperan con todo cariño; escribiremos á tu madre, que vendrá á verte en seguida; tendrás cuanto te haga falta, ocuparás tu puesto de noble dama, y yo seré tu caballero y te serviré en todo. ¡Abrázame, prima Gabriela!

Ambos se abrazaron con grande afecto.

—Y tú, Juan, te has ganado en buena ley la perla de Castilla, la Niña Guapa; tu herida lo dice. Nadie se atreverá á disputártela, y élla no lo toleraría. Mírala bien, hombre, mírala cómo te mira, ¿no la ves? Si Dios quiere será tu mujer dentro de poco, y yo el padrino de la boda. ¿Deseas otra cosa? Díla, que D. Alonso Jimeno es tu amigo.

Interrumpió esta conversación el corregidor que, acercándose,

—Esto—dijo—no está acabado. Vos, D. Alonso, tomad seis hombres y marchad con D.<sup>a</sup> Gabriela, Isabel y Juan. Id á vuestra casa, donde os aguardan impacientes vuestra madre, vuestra otra prima y el padre de D.<sup>a</sup> Isabel, que espera á su hija y necesita su ayuda.

—Pero si queda que hacer...

—Estorban las mujeres, solas no han de ir, llevadlas vos; no creo que haya peligro. Ya es de día y seréis ocho, vos, Juan y los seis que os dije. Marchad pronto, que perdemos tiempo.

Hízose lo que mandaba el corregidor, y vuelto éste al otro grupo siguió, dirigiéndose á su alguacil mayor:

—Id; reducid el círculo á veinte hombres; traed los demás, y que venga Perea con vos.

Cumplióse esta orden, y siguió mandando:

—Vos, Perea, quedáis de jefe; que nadie descuide la vigilancia; vuestro puesto particular es aquí, guardando el bocue-



te por donde vamos á entrar; yo iré el primero; vos, D. Álvaro, el último; sois comandante de la retaguardia y sabréis acudir á donde sea menester. Vosotros, todos, la espada en la mano y silencio. Ahora tú, perdulario, guía, y atiende á que voy tras de ti y tengo la mano segura. Perea, cuando este mozo salga, que no se mueva de aquí.

Chupalámparas, encogido, carilargo y mirando de través, se entró por el agujero. Siguióle D. Melchor, á éste los demás y el último Fontecha. Aquello era, efectivamente, buscar al lobo en su cueva. Varios lo juzgaban temerario; pero el valor y autoridad del jefe arrastraban á todos. Descendieron la escalera y llegaron abajo con luz bastante, porque el boquete quedaba abierto. Entraron seguidamente en un pasadizo oscuro, puesto que no le alumbraba más que un farolillo lejano; cruzaron por él con toda precaución y todo silencio, llegaron al farol, le pasaron, continuó el callejón, y á poco columbraron las conclusiones de él y su salida á un espacio mayor, en el que se percibía también escasa luz. Continuó la marcha, oyóse ruido de gente que hablaba y al llegar cerca de la salida dijo muy quedo Chupalámparas:

—Ahí están.

—¿Caperuzo también?

—Es el que habla.

—Márchate.

Chupalámparas se volvió, y deslizándose junto á las paredes llegó al agujero; quedó á la cabeza el corregidor. En aquel momento decía Caperuzo:

—El quiera venir conmigo, que venga; allí encontraremos buenos amigos, buenos refugios y buenas ocasiones.

Por muy calladamente que los otros querían marchar, la oscuridad y la proximidad del peligro ocasionaron movimientos imprevistos, y con ellos algún ruido, aunque pequeño, Caperuzo lo apercibió y

—Parece que oigo algo—dijo.—Latigazo, mira á ver lo que es.

Fué el nombrado al boquete de entrada, al mismo tiempo que el corregidor aparecía en él. Latigazo, aunque sorprendido, se hizo un poco atrás y, con gran rapidez, tiró una esto-



cada, que atravesó el antebrazo izquierdo de D. Melchor. Pero Azcona, que iba tras éste, dirigió por encima de su hombro otra estocada á Latigazo, que le alcanzó en la garganta y penetró bien. En el acto entraron todos y empezó la lucha. Fué silenciosa, empeñada y corta. Las espadas jugaron con fuerza y empeño; chispeaban en la oscuridad, tajaban y pinchaban; pero la ventaja del número y el efecto de la sorpresa imposibilitaron larga resistencia. Algunos heridos hubo en la tropa, pero los bandidos cayeron todos sangrientos y acorralados. Todos menos dos, Caperuzo y Rosillo. El primero, en cuanto vió la invasión y se apercibió de que los invasores eran muchos, cogió al segundo por el brazo y, sin decir palabra, se le llevó á otro boquete, por el que se entraba á otro pasadizo. Era éste el que, según dijimos al principio de este relato, al llegar á cierta distancia se encontraba inundado, creyéndose que comunicaba con el Duero, resultando imposible entrar ni salir por él. Coincidió esta fuga con la entrada de Fontecha que, como sabemos, iba el último. Nuestro alférez vió á los dos que escapaban, y sin andarse en rodeos se tiró tras ellos y penetró en el oscurísimo callejón. Mientras la pelea terminaba en la estancia principal, siguió Fontecha por aquel antro, marchando á tientas, adelantando poco, escuchando atento y procurando acertar. El piso se marcaba algo cuesta abajo, y como á los veinte pasos empezó á mojar se los pies. Siguió andando, le llegó el agua á las rodillas, conoció que era inútil avanzar más y se paró. Entonces oyó una carcajada y una voz burlona, la de Rosillo, que le gritó:

—Queríais truchas y no cogéis mas que ranas.

D. Álvaro, todo mohino, se volvió, desanduvo lo andado y salió trabejosamente al teatro de la lucha.

En él encontró al corregidor herido, á varios otros heridos también, á Latigazo y otro muertos y á los restantes agarrotados y sujetos. Había silencio y orden y se principiaba á sacar los presos, llevándolos al agujero de entrada. Llegóse el alférez al corregidor y díjole todo enojado:

—¡Voto á tal, D. Melchor, que se han escapado dos, y creo que son los principales!

—¿Por dónde?



—Por allí; yo los vi y eché tras ellos; pero el callejón es del todo oscuro y está lleno de agua; he tenido que pararme y volverme; he perdido la pista.

El corregidor se volvió á uno de los presos.

—¿Quién es Caperuzo?

—Ninguno.

—¿Estaba aquí?

—Sí, señor.

—¿Y dónde está?

—No lo sé; se ha escapado con Rosillo.

—¿Por dónde?

—Por allí. Por donde ese hombre dice. Así los descuarticen.

—¿Y á donde sale eso?

—No sabemos; está lleno de agua.

—Se podrá registrar—dijo Azcona.—D. Alvaro y yo nos encargaremos.

—Sí—añadió Fontecha—no me gusta dejar las cosas á medio hacer.

—Pues preparemos la expedición.

Y volviéndose á la gente:

—¿Quién es voluntario para ello?

Salieron seis.

—Creo que bastaremos.

Acto seguido empezaron á reunir faroles y candiles y formar haces de paja para procurarse luz. Hecho esto, prevenidas las espadas y llevando algunas pistolas que aparecieron entre los despojos de los vencidos, entraron los ocho atrevidamente por el antro. Halláronle algo mas alto que la estatura mediana de un hombre, ancho hasta caber tres de frente, con paredes de piedra y suelo entre terroso y pedregoso. El piso, como ya sabemos, era cuesta abajo. Anduvieron por aquellas lobregueces, yendo delante Azcona, los mismos veinte pasos que antes había andado Fontecha, y como le sucedió á éste, empezaron á mojarse los pies. Iban de á uno y cada cual á tres pasos de distancia del que le precedía.

—¡Alto!—dijo el alguacil—el último que se quede en este sitio con una luz.



Hízose así, y los demás siguieron. El agua era cada vez más, el techo seguía de piedra y en el callejón no aparecía ninguna boca lateral. Llegaron á mojarse las rodillas.

—¡Alto!—volvió á decir.—Quédese otro aquí.

Siguieron caminando; el agua les llegó al pecho y continuaba siendo más cada vez.

—Detengámonos, D. Álvaro—concluyó Azcona.—De aquí no sacaremos nada; voy á adelantarme yo solo un poco más, por si acaso.

Hízose así, avanzó y volvió á poco.

—No es posible seguir; he avanzado hasta que el agua me llegó al cuello, adelanté las manos y conocí que poco después llegaba al techo.

—Pues hemos hecho un pan como unas hostias. Volvámolos.

Era cosa curiosa ver aquellos ocho hombres metidos en tal callejón, casi á oscuras, medio sumergidos, expuestos á peligros desconocidos y, sin embargo, tranquilos, ordenados y silenciosos.

—Volvámolos—contestó Azcona,—pero despacio, alzando los faroles y tocando con las manos el techo y las paredes, porque esto debe tener otra ó tal vez otras salidas.

Principió el lento regreso haciéndose lo que Azcona decía. Se escudriñaba todo, se miraban grietas y resquicios, se golpeaba aquí y allá, primero el de cabeza y luego los demás. Á pesar de tanta prolijidad, no se hallaba nada. Ya casi desesperaban, ya menguaba mucho el agua, cuando el primero de la hilera se paró y dijo:

—Aquí se mueve una piedra.

Adelantó Azcona, tocó y añadió:

—Sí, aquí se mueve.

Era en la pared de la derecha y, poco más ó menos, á la altura del hombro. Reuniéronse todos y siguió el alguacil:

—Empujemos, á ver si resulta algo.

Empujaron, la piedra cedió en seguida, cayendo hacia el opuesto lado y dejando una abertura bastante para el paso de un hombre; pero no se oía nada de lo que dentro pudiera haber, ni se escuchaba el menor ruido.



—Hay que entrar.

—Sí, hay que entrar.

—Si les parece, yo entraré—dijo un alguacil;—soy de las montañas de León, donde hay muchas cuevas; las he recorrido y tengo los ojos acostumbrados á la oscuridad.

—Pues entre.

Entró el hombre con poco trabajo, se puso en pie y

—Esto parece grande—dijo.

Anduvo un poco por aquella caverna, volvió á la boca y continuó:

—Denme una luz.

Diéronsela y tornó á explorar; los otros callaban, alargando el cuello á ver qué resultaba. El explorador tornó á aparecer é informó así:

—Es una cueva alta, grande y seca; no hay nada en ella. Al fondo se abre un boquete, en el que principia un pasadizo también alto. He entrado por él, he mirado al suelo y he visto huellas de personas.

—Por ahí se han ido.

—Claro que por ahí.

—Persigámosles.

—Sí por cierto, no nos hemos de quedar á media miel.

Entraron Fontecha, Azcona y tres más, quedándose dos en el pasadizo del agua para cualquier caso imprevisto, y reunidos los cinco con el que entró primero, se hallaron los seis en un covachón que por su irregularidad en techo y paredes más parecía obra de la naturaleza que del arte; allí no había nada, y por mucho que rebuscaron, no encontraron más que tierra y pedruscos desprendidos. Fueron al boquete y en él vieron el pasadizo y las huellas de pie humano.

—Sigamos.

LEANDRO MARISCAL.

(Continuará.)



# POLÍTICA INTERIOR Y EXTERIOR

## I

Enemigos se levantan en todas partes contra la política del Sr. Maura. El nombramiento del P. Nozaleda para el arzobispado de Valencia fué una torpeza. Si los diputados liberales no han probado en el Congreso todas las imputaciones de la prensa contra el ex Arzobispo de Manila, también es cierto que ni el Ministro de Gracia y Justicia ni el Sr. Presidente del Consejo han tenido la fortuna de mostrar que aquéllas fuesen inexactas. Todos se hallan conformes en que el P. Nozaleda no puede presentarse como modelo de patriotismo. Del mismo modo, no merece alabanzas la conducta observada con el anciano Almirante Beránger, destituyéndole del cargo de Presidente de la Junta Consultiva. Se ha disgustado á los marinos y no había motivo para ello. Por último, ¿qué necesidad tenía el Sr. Maura de fustigar á la prensa desdeñando sus juicios y negando su importancia? ¿Merece el Parlamento que el Sr. Romero Robledo le trate con tanto desdén?

\*  
\* \*

Los periódicos franceses, ingleses y alemanes vienen hablando un día y otro día de la situación de nuestro Gobierno, á quien consideran instrumento de los absolutistas y ultramontanos. De esta idea, bastante exagerada, que los extranjeros tienen ó aparentan tener, proviene en gran parte la baja que nuestro crédito ha sufrido y que será mayor si pronto no renace la confianza.

Según la cotización oficial de la Bolsa de Madrid, en el día 8 de este mes, se vendieron los francos á 39,80, con un alza



de 1,80 respecto á la cotización anterior. En la Bolsa de Barcelona se cotizaron los francos á 40,25. El efecto que produjo en todas partes la elevación del precio de los francos fué triste, y, aunque no creemos, como *El Imparcial*, que la inactividad del Gobierno sea la causa de tantos males, opinamos que problema tan complejo debe ser estudiado inmediatamente por el Parlamento.

Resuelto este asunto y antes de discutir el proyecto de administración local, el de reforma de la ley electoral y algunos otros, urge resolver también el problema del servicio militar obligatorio, que es obra del mismo Ministro de la Guerra y que apoyan todos los jefes del ejército que tienen asiento en la Cámara. El servicio militar obligatorio, establecido en casi todas las naciones de Europa, es una reforma de sentido social, base segurísima de la regeneración del ejército.

## II

La ruptura de relaciones entre Rusia y el Japón es un hecho. El Conde de Lansdorff, con fecha del 6 y publicado en *El Mensajero del Gobierno*, ha dirigido á los representantes de Rusia en el extranjero el siguiente despacho:

«El Ministro del Japón, cumpliendo órdenes de su Gobierno, ha entregado al Gobierno imperial una nota, poniendo en conocimiento del mismo la resolución adoptada por el Japón de poner término á las negociaciones y llamar al Ministro de San Petersburgo y á todo el personal de la legación japonesa. La representación imperial en el Japón saldrá también inmediatamente de la capital.

Esta conducta del Gobierno de Tokio, sin aguardar siquiera la llegada de la contestación del Gobierno imperial, recientemente enviada, hace recaer sobre el Japón todas las consecuencias que puedan resultar de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos imperios.»

Por su parte, el Vizconde de Hayashi, Ministro del Japón en Londres, atribuye á Rusia la responsabilidad de la ruptura.

La guerra era inevitable desde el momento que el Gobierno



de Tokio exigió terminantemente á Rusia que garantizase, mediante un tratado, la soberanía de China en la Mandchuria.

¿Cuál será el resultado de la lucha? Opinan algunos que la lucha no es tan desigual como parece á primera vista y que no se puede dar por descontada la victoria á favor de uno de los contendientes. El *Standard*, llegado el 7 á Madrid, publica el siguiente telegrama de Washington:

«El Gobierno de Washington, dice, ha recibido comunicación de sus Cónsules, manifestándole que los japoneses tienen organizado un sistema de espionaje y colocados hombres en número suficiente para destruir todos los puentes en el ferrocarril ruso de la Mandchuria, no bien se rompan las hostilidades. De este modo, é inutilizando al mismo tiempo el servicio de palomas, quedarán las fuerzas rusas privadas de su base de abastecimiento.»

Actualmente se comenta en los círculos militares y marítimos de Inglaterra un estudio notabilísimo, publicado en *Navy League Journal* por uno de los peritos navales más autorizados del Almirantazgo británico, el Almirante Sir Edmund Freemantle.

»La conclusión de Sir Edmund puede resumirse en estos términos: exceptuándose el crucero ruso *Gromboi*, ningún buque de guerra de la escuadra moscovita posee condiciones de combate iguales á las que poseen la mayoría de los buques japoneses, teniendo éstos además, en lo que se refiere á velocidad y armamento, una homogeneidad de la que carece la escuadra moscovita.

El artículo del Almirante inglés y la luminosa argumentación con que apoya sus conclusiones han producido en Londres la satisfacción que es de suponer.»

Aun teniendo en cuenta el espíritu belicoso de los japoneses, la organización de su ejército y la instrucción militar de los jefes y oficiales, aseguran otros, y seguramente con razón, que el triunfo será de Rusia, lo mismo en tierra firme que en el mar. La prudencia no ha inspirado en esta ocasión al Gobierno de Tokio. Como dice el *Times*, para el Japón la lucha que va á sostener es de tal naturaleza que de su resultado depende, ó que pueda ocupar lugar distinguido entre las grandes



potencias, ó que descienda á serlo de cuarto ó quinto orden, y aun á ver comprometida su independencia.

¿Cuál será la conducta de la Gran Bretaña ante la contienda? Se mantendrá fiel á su tratado con el Japón; pero si llegara el caso que una tercera potencia se uniese á Rusia, el Gobierno británico intervendría activamente en favor de su aliado.

PEDRO ANSÚREZ.



# BOLETÍN BIBLIOGRAFICO

---

## **Revista Escolar internacional, por LOS ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID.**

Aspira á ser esta Revista el órgano donde se concreten y armonicen los pensamientos é ideas de la clase escolar. Publicará artículos de sabios profesores y de distinguidos estudiantes. Acabamos de recibir el primer número, y seríamos injustos si no dijéramos que la *Revista Escolar*, tanto por el fondo como por la forma, merece nuestros sinceros aplausos. Verá la luz cada quince días.

Madrid.....	Trimestre.—Pesetas	1
Provincias.....	»	» 1,50
Extranjero.....	»	Francos 2

Redacción y Administración, Juanelo, 29, principal, Madrid.

\* \* \*

## **Influencia de la vacuna en el desarrollo y en la longevidad de los pueblos, por D. ENRIQUE FAJARNÉS Y CUR.—Palma de Mallorca, 1903.**

Interesantísimo es el trabajo del Sr. Fajarnés. El docto individuo de la Real Academia de Medicina de Palma de Mallorca muestra en su discurso, con exactos y elocuentes datos, la influencia de la vacuna en el desarrollo y en la longevidad de los pueblos. Como dice muy bien el Sr. Fajarnés, «en el terreno puramente científico y en el práctico, bajo el punto de vista médico y en su aspecto social, de cualquier modo que se examine, es difícil encontrar un problema más trascendental que el que entraña la profilaxis de la viruela.» Felicitamos cordialmente por su meritísima labor al ilustre académico y al digno Director de la revista balear de *Ciencias médicas*.

\* \* \*

## **La Cruz Roja, número extraordinario conmemorativo de la reorganización de la Cruz Roja y acto de la jura de banderos de la Comisión provincial de Málaga.**

Digno de toda alabanza es el número extraordinario que con fecha 17 de Enero ha publicado el *Boletín de la Cruz Roja* de Málaga, y cuyo director es el Sr. D. Adolfo Fernández Ibáñez. Mag-



níficos son los retratos que adornan el Boletín (los de Alfonso XIII, General Polavieja, Ordax Avecilla, Criado y Domínguez, General Hernández y Calatraveño), y tienen verdadero interés los artículos firmados por el Sr. Fernández García, Borrajo, Benavent, Someña y otros.

PEDRO ANSÚREZ.

\* \* \*

**El fogonero-maquinista y el conductor de automóvil, por MR. COUDERT, ingeniero civil.**—*Consjos prácticos para el montaje, el manejo y la conservación de las calderas de vapor, de motores varios y de los automóviles. Traducido y aumentado con notas sobre las turbinas de vapor y los automóviles, por Miguel Zerolo, ingeniero civil de minas.*—París, Garnier Hermanos, librerros editores.—En 8.º, XII-283 páginas con más de 100 figuras intercaladas en el texto.

El autor se ha propuesto reunir en un volumen los numerosos artificios y procedimientos que se usan para el montaje, manejo y conservación de las calderas de vapor y de los motores; cuida además de dar algunos consejos prácticos que ayuden á vencer los pequeños accidentes que se producen á cada instante en el manejo de los motores ó de sus generadores.

D. Miguel Zerolo, español ilustre que ha terminado con gran brillantez en París la carrera de minas, no se limita á hacer una fiel y correcta traducción del interesante libro de Mr. Coudert, sino que amplía los capítulos referentes á las turbinas de vapor y á los automóviles. Da de éstos una rápida descripción, indica los medios de remediar los accidentes del camino y aun de evitarlos, si es posible. Diez años no más hace que se construyó el primer automóvil propiamente dicho y tanto se han desarrollado que, en 1900, había sólo en Francia 5.606 propietarios de tales coches.

\* \* \*

**Federico Baráibar y Zumárraga.**—*Vocabulario de palabras usadas en Alava y no incluidas en el Diccionario de la Real Academia española (13.ª edición), ó que lo están en otras acepciones ó como anticuadas. (Emblema de la Real Academia Española).*—Madrid, imprenta de Jaime Ratés, sucesor de P. Núñez, plaza de San Javier, núm. 6, 1903.—Un volumen en 4.º mayor de 328 páginas, sin indicación de precio.

De la cepa de los humanistas españoles desciende el Sr. Baráibar, y por tal le acreditan sus excelentes traducciones del griego, encerradas en exquisitos volúmenes de la *Biblioteca Clásica*. Allí ha dado á conocer su nombre á la cultura española, acrecentándola con su esfuerzo. Más encariñado con estudios serios que en los de resonante actualidad y pasatiempo, consagra su esfuerzo en



dejar obras útiles y provechosas y trabaja constantemente en la capital de la provincia de Alava.

La obra que ahora nos ofrece el catedrático de Vitoria no es de literatura clásica, sino romance, prestando un señalado servicio al *romance* castellano. Nombrado el Sr. Baraibar académico correspondiente de la Española, ha cumplido pronto sus deberes reglamentarios, y he aquí los términos en que los estima y agradece la corporación á que pertenece: «Esta obra del Sr. Baraibar supone gran caudal de doctrina y una laboriosidad realmente extraordinaria. Es modelo en su línea, puesto que no solamente se registran en ella las voces provinciales, sino que se indican los lugares ó regiones de la provincia alavesa donde estas voces principalmente se usan, se comparan con otras usadas en las regiones limítrofes, y aun en las más apartadas, y se buscan é indagan con gran copia de erudición sus orígenes y etimologías. Esto hace que la obra del Sr. Baraibar sea muy á propósito para el conocimiento de la lengua castellana en una de sus fases especiales. Al publicarla la Real Academia en sus Memorias, está segura de prestar señalado servicio á las letras españolas.»

Tan lisonjeras frases son la mayor recomendación y forman el mayor elogio de la obra que nos ocupa. Sin estos trabajos parciales siempre nacerá deficiente el léxico nacional, y hasta que aquéllos se hayan realizado en todos los territorios donde se habla el castellano, no podrá formarse, bajo sólida base, el inventario de nuestra lengua, siquiera sea en un momento dado.

El fondo erudito y humanista del Sr. Baraibar, le ha servido para hacer interesante por muchos conceptos esta obra folklórica, pues sabido es que sin un poquito de griego y un muchito de latín, en tal suerte de estudios, se nos hace indigesto hasta el pan que comemos.

\* \* \*

**L'Iride** *Strenna per l'anno 1904. Annata IX.*—CASALE, G. Pane, 1903.—Un foll en 8.º, de 96 pags á 0,40 lira.

La modestísima publicación ofrece en este año, como en todos los anteriores, estrenos á la literatura española. La poetisa italiana María Licer traduce un fragmento del canto IV del *Canigó*, poema de Mosén Jacinto Verdaguer, y es también de la misma traductora la versión de un buen fragmento del poema de Mistral *Nerto*. Con la firma de Teol. Can. Questa, aparecen unos levísimos y rápidos apuntes de *Spagne: Memoria di viaggio* (Burgos y Salamanca). Y el que es alma de la publicación, Párroco Luigi Bussi, que tanto ha mostrado siempre su interés por la moderna literatura catalana, publica un trabajito crítico-biográfico referente al autor de la *Atlantida*.

Por lo dicho ya se comprende que los españoles debemos gratitud á la modesta publicación de Casale.

E.

\* \* \*



**Celeste.** *Poema en tres cantos y un epílogo, por MANUEL JOSÉ GARCÍA.*—Madrid, 1904.

Con loable modestia califica el autor su obra de ensayo poético, y dentro de este punto de vista hay que juzgarla.

Todo es en ella ingenuo, sencillo, candoroso y harto se advierte que es fruto de una imaginación juvenil, impregnada en el más primitivo romanticismo, el que arrebató en 1830, y hoy es mirado con desdén, no siempre justo, por los confeccionadores del *patrón* literario á la moda.

Sin embargo, este romanticismo, por infantil que hoy nos parezca, responde á un estado de las almas en la primera edad y acusa una noble exquisitez del sentimiento. ¡Triste del que no haya pasado por esa fase emocional en los primeros años de su vida!

Pero habituados á las complejidades y *disecciones* que el espíritu analizador de nuestro tiempo, lleva á la poesía, como á todas las manifestaciones del arte, claro es que ha de sorprendernos la psicología rudimentaria, la dirección rectilínea de las figuras que en el poema intervienen y la inocencia del asunto.

Es *Celeste* un idilio patético, de los innumerables que ha inspirado y seguirá inspirando la pasión amorosa, y al que hace simpática su ausencia de artificio, su nota de sinceridad.

La versificación es flúida, fácil, de estilo familiar y llano, sin que el autor aspire á escalar cumbres, desde son peligrosas las caídas.

Creo que el Sr. García posee aptitudes literarias no comunes, de las cuales sabrá dar muestra en obras de mayores vuelos.

J. D. P.

\* \* \*

**Arias tristes,** por JUAN R. JIMÉNEZ.—Madrid, 1903.

El poeta de rimas va á cantar sus arias, sus «Arias tristes». ¡Detente corazón! ¡Que no se pierda ni un matiz de su canto; que no interrumpa tu golpeteo la voz del alma que está diciendo de amores, de besos, de noches con luna, de flores, de novias vestidas con vestidos blancos!

Y de todo esto habla el poeta con voz velada, como quien refiere un sueño y no recuerda bien lo que soñó.

Sí, el libro de Jiménez es un libro de ensueños, ensueños que á veces son tristes, y otras veces tristes también, pero con una sonrisa que es más amarga que el mismo dolor.

«Arias tristes» son los cantos de un corazón que no tiene más alegría que sus canciones, porque son tristes, porque son dolorosas. Para Jiménez, todo ó casi todo tiene su encanto, y más que nada la muerte, porque él á veces sueña con ella, y tengo para mí



que su gran placer sería poder resucitar, cantar su muerte y volver á morir.

Quiere recordar un sueño de amor y canta así:

Río de cristal, dormido  
y encantado, dulce valle,  
dulces riberas de álamos  
blancos y de verdes sauces...

.....  
Mi corazón ha soñado  
con la ribera del valle,  
y ha llegado hasta la orilla  
dormido para embarcarse;  
pero al pasar por la senda  
lloró de amor, con un aire  
viejo, que estaba cantando  
no sé quién por otro valle.

Y así es todo el libro; lleno de ternura, de emoción, con un perfume extraño entre nosotros un perfume de vieja poesía que parece desprenderse de algunas flores nuevas, colocadas, sabe Dios por quién, en la tumba de aquel poeta sevillano que se llamó Gustavo Adolfo.

Otras veces el autor no quiere soñar, no quiere hacer poesía, no quiere sentir, no quiere cantar, y sin embargo canta:

Estoy triste y mis ojos no lloran  
y no quiero los besos de nadie,  
mi mirada serena se pierde  
en el fondo callado del parque.

¿Para qué he de soñar en amores  
si está oscura y lluviosa la tarde  
y no vienen suspiros ni aromas  
en las ondas tranquilas del aire?

.....  
Y mis lágrimas corren... No vienen...  
¿Quién irá por el triste paisaje?  
Sólo suena en el largo silencio  
la campana que tocan los ángeles.

¿Le oísteis?... Pues así canta siempre, poniendo en sus canciones su alma entera, haciendo que sus rimas lleguen al corazón del que las lee, sacudiendo de las cuerdas de su laúd, no flores, sino lágrimas; llevando la emoción, no en frases altisonantes y huecas, no en sollozos fingidos, sino en suspiros que al tropezar con el frío del mundo se truecan en versos.

MIGUEL A. RÓDENAS.







# SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO

## FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

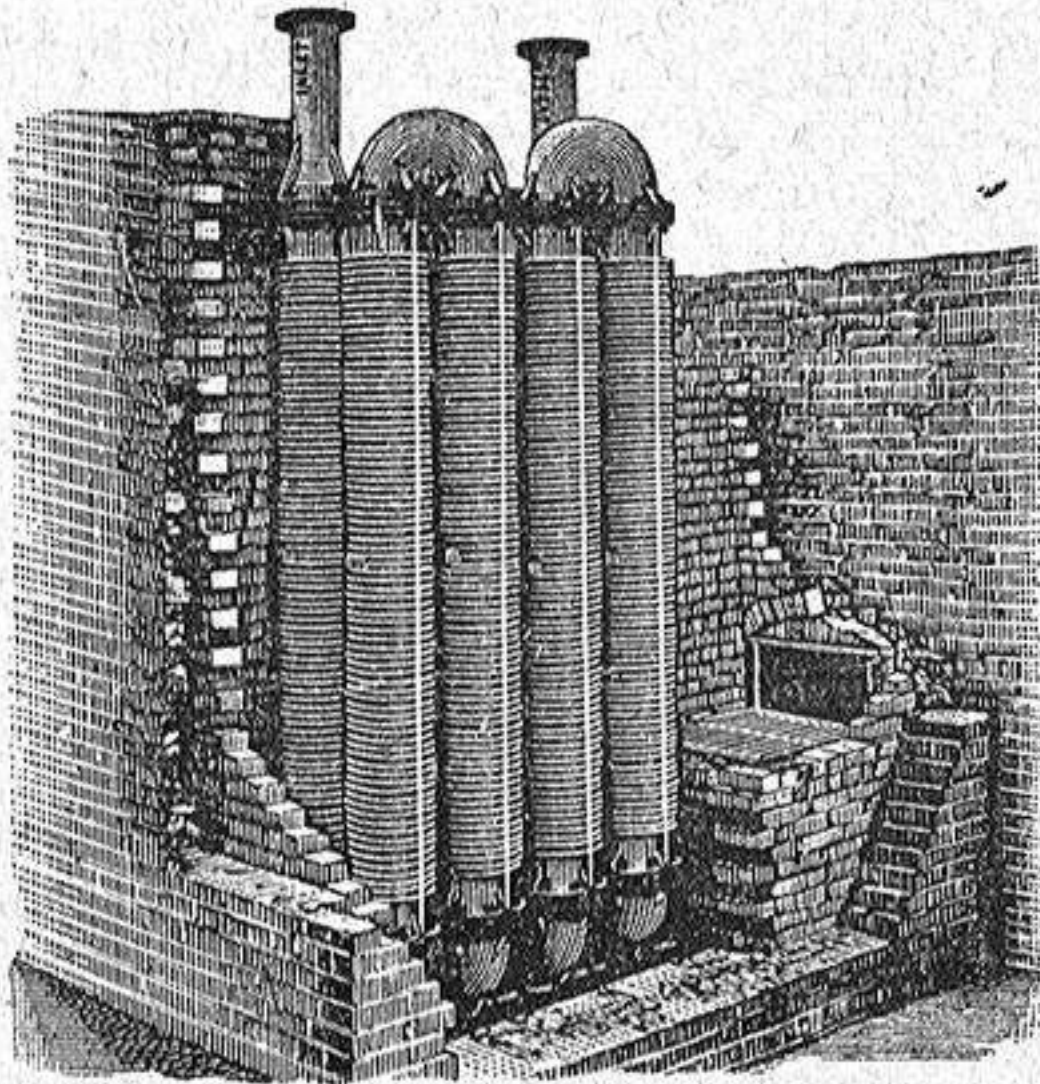
Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en vigería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

*Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.*

## RECALENTADOR (SURCHAUFFEUR) SCHWÖRER

*Con patente de invención en todos los países.*



Se obtiene con él hasta un 30 por 100 de economía. Funcionan actualmente más de 2.000 aparatos. Entre otras casas, lo han adquirido:

Siemens et Halske, de Viena (65 aparatos); Sociedad de *Forges et Aciéries*, de Rothe Erde, cerca de Aix-la-Chapelle (58 aparatos); Sociedad de Hilados de Lana. en Vöslau, junto á Viena (28 aparatos); Sociedad anónima de Alumbrado Eléctrico del Sector de la Plaza Clichy, en París (10 aparatos).— Para más detalles dirigirse al inventor: M. Emilio Schwöerer, ingeniero, á COLMAR (Alsacia).







# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

---

**Línea de Filipinas.**—Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 2 y 30 Enero, 27 Febrero, 26 Marzo, 23 Abril, 21 Mayo, 18 Junio, 16 Julio, 13 Agosto, 10 Septiembre, 8 Octubre, 5 Noviembre y 3 Diciembre, directamente para Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila, sirviendo por trasbordo los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

**Línea de Cuba y Mejico.**—Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21 de cada mes, directamente para Habana y Veracruz. Combinaciones para el litoral de Cuba, Isla de Santo Domingo, Centro América y Norte y Sur del Pacífico.

**Línea de New-York, Cuba y Méjico.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada mes directamente para New-York, Habana, y Veracruz. Combinaciones para distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

**Línea de Venezuela-Colombia.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y la Guayra, admitiendo pasaje y carga para Veracruz con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carupano, y Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

**Línea de Buenos Aires.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada mes, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires.

**Línea de Canarias.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19, de Málaga el 20 y de Cádiz el 22 de cada mes, directamente por Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de la Palma y Santa Cruz de Tenerife, regresando por Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

**Línea de Fernando Poo.**—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30 y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escala en Casablanca, Mazagán y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

**Línea de Tánger.**—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes.  
Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados.

---

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

**Aviso importante.**—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen. Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares



# REVISTA CONTEMPORÁNEA

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

## PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

*Número suelto, 2 pesetas en toda España.*

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

# BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	<b>15.000.000</b>
RESERVAS hasta 31 Diciembre 1901.....	»	<b>14.780.951,34</b>
Capitales asegurados por diferentes conceptos desde la fundación de la Compañía hasta 31 Enero 1904.....	»	<b>432.293.375,58</b>
Pagado á los asegurados hasta igual fecha.....	»	<b>27.548.280,25</b>

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nudas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

**Domicilio social: ANCHA, 64.—BARCELONA**

**La Catalana.** Compañía de seguros contra incendios y explosiones á prima fija. Autorizada por Real decreto de 25 de Agosto de 1865. **38 años de existencia.** Establecida en Barcelona, Dormitorio de San Francisco, 5, principal.

**Capital, primas y reservas: 19.664.748,56.**

Dirección: Sr. D. Fernando de Delás, exdiputado á Cortes, abogado y propietario; Sr. D. José M.<sup>a</sup> de Delás, abogado. Capitales asegurados en 31 de Diciembre de 1902: pesetas **1.496.378.984,76.**

La Compañía ha satisfecho por 6.281 siniestros la importante cantidad de **8.146.949,80 pesetas.**

**PASTILLAS BONALD**  
Las mejores que se conocen para las enfermedades de la boca y garganta.

**Núñez de Arce, 17.**  
(antes Gorguera).